



El lado
peligroso
de Jude

NICOLE WILLIAMS



LELIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Lucy desea a Jude más que a nada en este mundo, pero sabe que el amor es un juego peligroso... y dejarse llevar puede salirle caro.

Jude Ryder atrae siempre todas las miradas. Es guapo, insolente, atrevido... y desde que está con Lucy exhibe una sonrisa que quita el hipo.

Pero, aunque están más enamorados que nunca, ella no lo tiene claro. Por un lado, Jude siempre ha sido un rompecorazones, magnético para todas las chicas. Y por otro, ahora se encuentran a más de cuatro horas de distancia: ella en una exclusiva escuela de danza y él en una buena universidad gracias al fútbol americano.

Y, por si esto no fuera suficiente, Lucy ha descubierto que allí es tradición que cada jugador tenga una «hermana» animadora, y la de Jude alberga intenciones muy poco fraternales...

L=LIBROS

Nicole Williams

**El lado peligroso de Jude
Jude Ryder II**

Dedicado a todos los maravillosos fans, bloggers de libros y amigos autores que han hecho de *El lado explosivo de Jude* lo que es y no descansaron hasta que di a Jude y Lucy otro capítulo en su historia.

Nunca podré mostraros mi agradecimiento por todas las formas en que me habéis ayudado.

Capítulo

1

¿Sabes eso que dicen de que la oscuridad siempre es mayor antes del amanecer? Bueno, yo había vivido cinco años de oscuridad. Había cumplido mi condena —una dura condena— y había roto oficialmente con todo lo oscuro. Estaba lista para mi amanecer y, mientras bailaba por el escenario, me di cuenta de que por fin lo estaba viviendo.

No me permití pensar en el millar de personas que me estaban mirando. Seguí avanzando hacia el difícil final, bailando solo para una de ellas. Aparté de mi mente las luces que me impedían ver a la multitud, la presión de la actuación que me impulsaba a continuar y el vestido disfuncional, que estaba a un hilo de romperse, y bailé para él.

Ejecuté mi gran *allegro* final en el aire, y mis puntas aterrizaron en el preciso instante en que la música terminaba.

Eso era. El momento que me encantaba. La respiración y la quietud y el silencio antes de que me inclinase para hacer una reverencia y la multitud aplaudiera. Una ventana de dos segundos para reflexionar y deleitarme en la sangre, el sudor y las lágrimas que había derramado para llegar a ese punto. «Buen trabajo, Lucy Larson».

Me habría gustado que el momento se prolongase eternamente, pero lo aceptaba como lo que era. Un destello de perfección antes de desvanecerse.

Tomé aire, levanté los brazos y, mientras me inclinaba, alcé los ojos. Justo hacia donde madame Fontaine me había enseñado a dirigirlos al final de una actuación. Hacia delante y al centro. Una sonrisa jugueteaba en las comisuras de mis labios.

Resultaba imposible no sonreír cuando Jude Ryder se hallaba sentado delante y en el centro.

Se puso en pie de un brinco, aplaudiendo como si tratase de llenar la sala entera con sus palmadas, sonriéndome de un modo que hizo que se me encogiera el corazón. La gente ya empezaba a mirar con curiosidad, así que cuando Jude saltó a su asiento y empezó a gritar «bravo» a todo volumen, aquellas miradas curiosas se volvieron más críticas.

Tampoco es que me importase demasiado. Había aprendido hacía tiempo que estar con Jude significaba ir contra la norma. Se trataba de un precio que

merecía la pena pagar por estar con él.

Una reverencia más, me topé de nuevo con su mirada e hice lo impensable. Menos mal que madame Fontaine no estaba allí esa noche, porque su moño permanentemente tieso podría haber estropeado el momento. Le dediqué un guiño a mi chico, que sobresalía entre la multitud, aclamándome como si acabase de salvar el mundo.

Las luces se apagaron y, antes de salir a toda prisa del escenario, oí una nueva ronda de gritos y silbidos de Jude. Estaba rompiendo toda regla tácita acerca de cómo demostrar apreciación por el arte. Me encantó.

Hacíamos las cosas completamente fuera de la norma, nuestra relación incluida.

—¿Crees que podrías intentar, solo por una vez, que tu actuación no fuese perfecta? Ya sabes, para que los demás no quedásemos como segundones —me susurró Thomas, un bailarín compañero de clase, cuando me apresuré tras las cortinas.

—Podría —le susurré a mi vez en el momento en que el último bailarín salía al escenario—. Pero ¿qué gracia tendría eso?

Thomas me sonrió con complicidad al tiempo que me lanzaba una botella de agua. La cogí con una mano, le di las gracias balanceándola y me dirigí al camerino para estirar y cambiarme. Tenía diez minutos antes de que acabara la actuación, y sabía por experiencia que Jude vendría disparado a buscarme entre bastidores si no lo buscaba yo a él primero. No era un hombre paciente precisamente, en especial después de un recital de danza. A mí me ponía verle jugar al fútbol; a él verme bailar.

Me metí en el camerino, me cogí el pie y estiré el cuádriceps mientras daba saltitos hasta mi rincón, desatándome la punta. La banda elástica que me sujetaba el corsé para que mi actuación no se convirtiera en un *peep show* se rompió en el momento en que estiré el cuello a un lado. Mi vestuario no podría haber escogido un momento mejor para «demostrar su disfunción».

Mientras estiraba la otra pierna hacia atrás, mis dedos se afanaban en desatar la otra punta. Arrojé las zapatillas a mi bolsa y saqué los vaqueros, la sudadera y las botas de montar. Era viernes por la noche y, como Jude jugaba en casa al día siguiente, eso significaba que teníamos toda la noche para nosotros. Jude había hecho planes, y me había dicho que me abrigase. Habría preferido vestirme para un tiempo cálido, pero, la verdad, en lo que se refería a estar con Jude, me daba igual qué llevar puesto. De hecho, habría preferido no llevar nada, pero el último santo y virtuoso varón, Jude Ryder, no pensaba aceptar nada de eso hasta que «se aclarara con sus historias».

Nunca había querido que ninguna historia se aclarara más rápido.

Lo cierto es que necesitaba estirar un poco más, pero tenía dos minutos como mucho antes de que Jude entrara como un vendaval por la puerta del camerino.

Retorcí los brazos a mi espalda para deshacerme del corsé. ¿Dónde estaba Eve, nuestra ayudante de vestuario, cuando la necesitaba? Esa chica abrochaba y desabrochaba un traje más rápido de lo que un chulo de playa podía bajarse la cremallera en el asiento de atrás de su deportivo.

Estaba buscando unas tijeras para escapar de aquella camisa de fuerza de seda cuando unas manos cálidas se apoyaron en mis hombros.

—¿Puedo ayudarte? —dijo Thomas, que me sonrió cuando miré por encima del hombro.

—Si tu ayuda viene con rapidez y precisión, entonces sí, por favor —contesté. Su sonrisa se volvió maliciosa.

—En lo que se refiere a quitar prendas femeninas, la rapidez y la precisión son mis principales prioridades.

Le di un codazo cuando se echó a reír.

—Es para hoy, señor Dedos Calientes.

—Sí, señora —dijo, chasqueando los dedos de forma teatral antes de enfrentarse a la parte posterior de mi vestido.

Thomas tenía razón: conocía la maniobra al dedillo. Sin embargo, no había nada remotamente íntimo en el hecho de que un bailarín ayudara a otro a vestirse o desvestirse, ya fuera hombre o mujer. Cuando bailabas lo suficiente, te acostumbrabas a que todos los bailarines en un radio de tres estados te vieran prácticamente desnuda. En el mundo de la danza no había sitio para la mojigatería.

—Casi —murmuró Thomas mientras sus dedos descendían hacia el último remache de mi corsé.

Estaba a punto de espetarle algo ocurrente cuando la puerta del camerino se abrió de par en par.

—¡¿Qué demonios...?! —chilló, con el rostro rojo de ira.

—Jude —empecé.

—¡Eres hombre muerto! —gritó este, lanzándose hacia Thomas.

Me interpose en su camino y apoyé las manos en el muro de ladrillo de su pecho.

—¡Jude! —Esta vez yo también alcé la voz—. ¡Para! —Le rodeé con mis brazos para dar a Thomas la oportunidad de retirarse.

—Claro que paro —replicó Jude; sus ojos reflejaban destellos de ónice—. En cuanto esta marioneta esté bailando por el escenario en silla de ruedas.

No había visto el monstruo de su ira en meses. Me quedé sin palabras. Momentáneamente. Ese era el tipo de ira del que hablaba la gente.

Jude me apartó los brazos con suavidad. Giró a mi alrededor y cargó contra Thomas, que miraba con los ojos como platos, medio confundido, medio aterrorizado, al toro que trataba de aniquilarle. Mi fuerza no era mínimamente igualable a la de Jude, ni siquiera una décima parte, pero yo contaba con otros

poderes para someterlo. A toda velocidad me puse delante de él, salté y le rodeé con brazos y piernas todo lo fuerte que pude.

Él se quedó inmóvil al instante, y su mirada asesina se atenuó. Ligeramente.

—Jude —dije con calma, tratando de que desviara sus ojos hacia mí. Lo hizo—. Para —repetí.

Señalé a Thomas.

—Me estaba ayudando a quitarme el vestido. Se lo he pedido yo. Quería darme prisa y cambiarme para poder estar contigo —enfaticé— y, a menos que quisieras esperarme un año y medio, deberías darle las gracias.

Jude me fulminó con la mirada.

—¿Por qué no me has pedido ayuda a mí, Luce? —preguntó, y apretó la mandíbula.

—Porque no estabas aquí —contesté, con la sensación de que estaba constatando lo evidente, pero si lo evidente era lo que hacía falta para sacar a Jude de su delirio, pues nada.

—Ahora estoy aquí.

Le acaricié las mejillas.

—Sí, estás aquí —dije, y esperé a que sus ojos se iluminaran del todo. Su pecho empezaba a subir y bajar de forma regular de nuevo—. Gracias por la ayuda, Thomas. —Eché la vista atrás a mi compañero, que seguía mirando fijamente a Jude como si fuese a ponerse como un energúmeno con él otra vez—. ¿Nos vemos luego?

Thomas pasó por nuestro lado sin quitarle ojo a Jude.

—Claro, Lucy —respondió—. Te veo luego.

Sonreí agradecida.

—Buenas noches.

—Adiós, Peter Pan —le soltó Jude a su espalda—. Yo también «te veo luego».

Thomas ya estaba fuera del camerino, pero no había duda de que había oído la última amenaza.

Suspiré al tiempo que le acariciaba el rostro con los pulgares.

—Jude Ryder, ¿qué voy a hacer contigo? —le pregunté.

Era, quizá, la pregunta por antonomasia. Nuestra relación no tenía nada de fácil. Bueno, nada salvo que nos habíamos vuelto locos el uno por el otro. Todo lo demás era como nadar a contracorriente. Nunca tenías la sensación de avanzar demasiado, pero el trayecto compensaba la escasa distancia que cubrías.

Jude, que me sostenía por las caderas, volvió a depositarme en el suelo. Me dio la vuelta, y sus dedos liberaron el lazo de satén de los últimos remaches. Sus manos apenas rozaron mi piel, pero ese «apenas» por sí solo envió ráfagas de calor que me alcanzaron en lo más hondo.

—¿Qué voy a hacer yo contigo, Luce? —me devolvió, con la voz

cuidadosamente contenida.

—Ya casi me has quitado la parte de arriba, así que te dejaré llenar el espacio en blanco para responder a esa pregunta —le provoqué, arqueando una ceja.

Sus ojos no eran líquidos como solían ser cuando compartíamos un momento íntimo. Las comisuras de su boca no se curvaban en señal de expectación. Jude se había puesto en plan Señor Severo conmigo.

—No vuelvas a hacer eso, Luce —dijo, doblando el lazo antes de metérselo en el bolsillo.

—¿Qué? —preguté, y me encogí de hombros. Fingí desconcierto, pero estaba empezando a hervirme la sangre. No me gustaba que me hablasen con ese tono, especialmente en el caso de Jude.

—Ya sabes qué.

Fruncí el entrecejo.

—Puesto que es evidente que te he decepcionado, me gustaría evitar volver a hacerlo, así que ¿por qué no me lo explicas mejor?

Me maldije a mí misma. Lo único que podía resultar de luchar contra el fuego con fuego eran unas feas quemaduras de primer grado. Si Jude y yo no necesitábamos que nuestra relación se complicase todavía más, ¿por qué me veía aporreando la puerta de las complicaciones?

Inspiré lentamente, y constaté el esfuerzo que le suponía mantener la calma. Él se estaba esforzando para evitar que aquello se convirtiese en una competición de gritos: ¿por qué no lo hacía yo?

—No vuelvas a dejar que otro hombre, sea un hada con leotardos o no, te ayude a desvestirte —dijo, entrecerrando los ojos—. Si necesitas ayuda, aunque sea para quitarte un calcetín, me llamas, ¿entiendes? Ese es mi trabajo.

Genial. La policía posesiva y controladora estaba de vuelta en la ciudad. Podía negarlo todo lo que quisiera, pero «controladora» implicaba que no confiaba en mí. Que me llamasen tonta, pero la confianza no era solo crucial para una relación, lo era todo.

—¿Entiendes, Luce? —insistió cuando guardé silencio.

Dios, le quería. Demasiado para mi propio bien, pero no pensaba dejar que me mangoneara.

—No, Jude. No lo entiendo —repliqué, a punto de estallar—. Así que ¿por qué no vas a esperar fuera y dejas que se te pase mientras acabo de cambiarme?

—Sola —añadí antes de que él pudiera abrir la boca para objetar algo. Porque, si lo hacía, seguramente no sería capaz de decir que no.

Hizo una pausa, con la indecisión grabada en el rostro. Al final asintió.

—Vale —dijo—. Estaré ahí mismo.

—¿Para poder espantar a cualquier otro tío que pudiera ayudarme con el vestido o solo porque vas a esperar paciente y respetuosamente a tu novia? —le espeté, mientras me dirigía hacia mi bolsa.

El suspiro de Jude fue tan largo como atormentado.

—Ambas cosas —contestó, su voz apenas un susurro antes de cerrar la puerta tras sí.

La sentí en cuanto hubo salido. Culpa. Seguida de una potente dosis de arrepentimiento.

Sabía en qué me estaba metiendo cuando Jude y yo volvimos juntos al comienzo de nuestro primer año de universidad. Lo hice por voluntad propia, con los ojos abiertos, de buen grado. Jude había tenido más problemas de los que nadie debería tener, y eso llevaba consigo ciertas características que podían clasificarse como extremas.

Pero aceptabas lo malo con lo bueno. Y en lo referente a Jude Ryder Jamieson, había un excedente de cosas buenas que no siempre conseguía necesariamente eliminar lo malo, pero sí ofrecía un trato justo. Si pensaba ponerme a señalar con el dedo las mercancías dañadas, ese dedo bien podía volverse hacia mí. Yo estaba lejos de ser perfecta.

Ahí radicaba la belleza de que estuviésemos juntos. Y el problema.

Yo era tan irritable y tenía tantos fantasmas de mi pasado como Jude. Cuando su ira estallaba, la mía respondía del mismo modo, y viceversa. Como en los últimos dos minutos.

Entonces, como siempre, la rabia que sentía hacia Jude se volvía en mi contra. Si me hubiese tomado un momento para ponerme en las Converse del cuarenta y seis de Jude, ¿qué habría dicho o hecho yo de haberme encontrado con una chica ayudándole a él a quitarse la ropa?

Mientras me ponía la sudadera, me di cuenta de que mi reacción no habría sido muy distinta de la suya. De hecho, habría sacado las uñas antes de que él pudiera abrir la boca para explicarse. El viejo Jude y la antigua Lucy habrían dado una paliza primero y preguntado después. El nuevo Jude, aunque seguía sin haberse licenciado en control de ira, había permitido que las palabras distendieran la situación, no los puños.

Progreso. Había hecho un progreso significativo por mí. ¿Y cómo se lo recompensaba yo?

Gritándole y echándole del camerino.

Me puse el resto de la ropa de cualquier manera y metí el vestido en mi bolsa. No me molesté en soltarme el pelo del moño a pesar del dolor de cabeza que me causaba. No me limpié las tres capas de maquillaje que me cubrían la cara.

Tenía que ir con él. No podía ir junto a Jude lo bastante rápido.

Abrí la puerta de un tirón.

El rostro de Jude, que se hallaba apoyado en la pared de enfrente, mostraba todos los matices del tormento. La emoción que reflejaba su rostro era exactamente la misma que me abrasaba a mí.

Levantó una de las comisuras de los labios mientras se frotaba la nuca.

Yo dejé caer la bolsa, corrí hacia él y le rodeé con los brazos con tanta fuerza que pude sentir cada una de sus costillas clavándose en mi pecho. Él me abrazó con la misma urgencia y quizá incluso con más alivio.

—Lo siento —le dije, inhalando al chico que, incluso a través de su aroma, rezumaba un indicio de problemas apenas oculto tras una dulzura renuente.

Me apoyó la barbilla en la cabeza y exhaló.

—Yo también lo siento.

Capítulo

2

—¿Por qué no me dices adónde vamos? —pregunté, apretujada junto a Jude en el asiento de su vieja camioneta de forma que cada centímetro de mi cuerpo se hallaba en contacto con cada centímetro del suyo.

Sonrió hacia la carretera oscura por la que botábamos. A dondequiera que fuésemos, el campo que nos rodeaba sugería que no habría comodidades modernas como agua caliente o cobertura.

—Porque estoy disfrutando demasiado con tus intentos de sonsacármelo —respondió, y me miró por encima del hombro. Sus ojos destellaron con malicia.

Mi corazón hizo aquello de detenerse con un chisporroteo. Justo antes de arrancar a latir de nuevo como si intentase echar a volar.

—Ah, ¿sí?

Jude emitió un sonido de asentimiento mientras se relamía los labios.

Contra todo instinto inculcado en la autoescuela, me solté el cinturón y me deslicé por el asiento hasta apoyarme en la ventanilla del copiloto.

—¿Sigues disfrutando?

Se volvió hacia mí, con el rostro contraído, justo antes de extender el brazo por encima del asiento.

—¿Adónde crees que vas? —me preguntó, tirando de mí en el asiento. Pero no se detuvo ahí. Me cogió del muslo derecho, lo levantó y me movió hasta que mis caderas aterrizaron con éxito sobre su regazo. La camioneta no aminoró, sino que aceleró, de modo que mi cuerpo vibró encima del suyo.

—Supongo que no voy a ninguna parte —susurré, y entrelacé los dedos en su nuca, sintiendo el volante contra mi espalda, sintiendo la firmeza de su cuerpo por todas partes.

Jude mantenía un ojo en la carretera y una mano en el volante, pero el resto de su cuerpo estaba concentrado en mí.

—Maldita sea, claro que no —dijo, y sus labios se curvaron en una sonrisa que desapareció cuando mi boca cubrió la suya.

No fue un gemido exactamente —fue más profundo que eso—, pero el sonido que surgió de su pecho cuando mis labios se entreabrieron y mi lengua se introdujo en su boca era puro Jude. Yo no prestaba demasiada atención a la camioneta, pero me pareció detectar otro incremento en la velocidad.

Jude me devolvió el beso, correspondiendo a cada caricia de mi lengua y movimiento de mis labios con los suyos. Deslizó su mano libre por debajo de mi sudadera y ascendió por mi espalda. Estaba caliente, ligeramente áspera a causa de los días que había pasado trabajando en el taller y en el campo de fútbol.

La camioneta dio con un bache especialmente feo de modo que mi regazo se apretó con fuerza contra él. El calor se extendió desde la zona de entre mis piernas, y esa vez fui yo quien emitió un sonido procedente de lo más hondo de mi interior. No asimilaba del todo la peligrosa realidad de que transitáramos por una oscura carretera rural a cincuenta o sesenta kilómetros por hora cuando mis manos abandonaron su cuello para tirar del dobladillo de mi sudadera. Si no pensaba hacerlo él, lo haría yo. Me quité la sudadera y la arrojé al otro lado del asiento.

—Luce —dijo Jude, su voz reflejó la tensión justa para saber que estaba haciendo lo apropiado—, estoy intentando conducir.

Jude ya había puesto el freno demasiadas veces, metafóricamente hablando... no pensaba dejarle hacerlo de nuevo.

Moviendo los labios junto a su oído, susurré:

—Yo también —dije, justo antes de atrapar el lóbulo de su oreja con mi boca y chuparlo suavemente.

Otro sonido brotó de su garganta, este tan alto que hizo que su pecho se estremeciera contra el mío.

—Al demonio —soltó, sin un atisbo de duda o vacilación en su voz. Fue tan firme y decidida como su cuerpo, que vibraba debajo del mío.

Con un movimiento rápido de los dedos, me soltó el sujetador y lo deslizó por mis brazos hasta que aterrizó en el suelo junto a sus pies. Su boca cubrió de nuevo la mía. Yo no podía respirar. No quería hacerlo si eso significaba no poder besar a Jude como él me estaba besando a mí en ese preciso instante. Resultaba inexplicable que fuera capaz de hacerme sentir su pasión, su amor y su posesión en un solo beso. Pero lo hacía. El cuerpo de Jude expresaba sus sentimientos mejor que sus palabras.

—¿Me ayudas un poco? —jadeó entre besos. Su mano cogió la mía y la levantó hasta el botón superior de su camisa—. A menos que quieras acabar esto en el hospital, tengo que mantener una mano en el volante. —Sus palabras estaban cargadas de tensión, como yo sabía que hubieran estado las mías si hubiese podido hablar en ese momento—. Quiero sentirte contra mí, Luce —dijo, cuando mis dedos olvidaron lo que se suponía que estaban haciendo.

Incluso con ambas manos manejando torpemente el primer botón, tardé un largo beso en desabrocharlo. Yo era una chica grácil, excepto en la intimidad con Jude. Entonces me convertía en un caos de nervios y miembros. Cuando me di cuenta de que cruzaríamos la frontera del estado antes de que lograra terminar, dejé de besarle para poder concentrarme. Un poco más.

El modo en que me miró cuando me aparté me volvió prácticamente una inepta.

—¿Estás seguro de que no es peligroso? —le pregunté, y me obligué a controlar la respiración. Tenía que sustituir y almacenar todo el oxígeno que pudiera antes de volver a Jude—. No es que me importe demasiado, pero estoy segura de que estamos quebrantando todas las normas de tráfico que existen, y más o menos te hice prometer que te portarías bien. —Otros dos botones desabrochados, unos pocos más y listos.

Sonreí; eran las cosas pequeñas lo que me hacían feliz.

Jude me devolvió la sonrisa cuando nuestros ojos se encontraron por un instante.

—Por supuesto que no corres peligro, Luce —me prometió, centrando de nuevo la vista en la carretera—. Nunca haría nada que te perjudicase. No permitiría que te pasase nada —añadió, como si se tratase de un mantra—. Lo sabes, ¿verdad?

Nadie como Jude para coger una sencilla pregunta y retorcerla hasta convertirla en una conversación « seria » .

—Por supuesto que lo sé —contesté, al tiempo que alzaba la vista antes de concentrarme en el siguiente botón. No pensaba dejar que el giro de la conversación me detuviera—. Solo quería comprobarlo. Cruzar un río mientras tratamos de quitarnos la ropa el uno al otro a sesenta kilómetros por hora es algo nuevo para mí. Solo quería obtener el sello de aprobación antes de proceder.

—Más te vale que lo sepas —replicó, y la seriedad de antes se desvaneció—. Y considera tu sello de seguridad puesto. Ya estaba conduciendo antes de cascármela, Luce. Puedo controlar un vehículo mejor que a mí mismo.

—Cariño —dije, al tiempo que desabrochaba el último botón justo antes de sacarle la camisa de los pantalones—, tus palabras siempre consiguen que me sienta entre embelesada y abochornada al mismo tiempo.

Le quité la camisa y deslicé mi pecho contra el suyo. Las partes suaves de mi cuerpo se amoldaron a las partes duras del suyo. Un levisimo velo de sudor le cubría el pecho, mezclándose con el brillo del mío. Otro repunte de la flecha del indicador de velocidad.

—No me gustaría decepcionarte, Luce —adujo, sujetándome la espalda con fuerza con la mano libre.

Eso era lo más lejos que Jude había permitido que llegaran las cosas desde primavera, justo antes de que acabáramos el instituto y descubriéramos que el pasado de nuestras familias se hallaba trágicamente ligado. Mi cuerpo había olvidado cómo respirar, tuve que recordarme a mí misma cómo se hacía.

—Nunca lo haces —susurré con una sonrisa mientras mis manos avanzaban por los músculos bien definidos de su estómago y se detenían en la costura de sus vaqueros. Mis dedos consiguieron liberar ese botón en el tiempo en que Jude

inhalaba sorprendido.

—Luce. —Su voz tenía un dejo de advertencia, pero también de bienvenida.

Escogí oír lo último.

Pellizqué la cremallera entre el pulgar y el índice, y la deslicé hacia abajo, dividida entre el deseo de saborear el momento y dejar que me devorara por completo. Cuando terminé con la cremallera, doblé la tela de sus vaqueros y me deslicé sobre él una vez más, hasta que pude sentir el calor de su cuerpo entre mis piernas.

Jude gimíó, moviéndose debajo de mí, haciéndome ahogar un grito.

—Maldita sea —murmuró al tiempo que me estrechaba con ambos brazos antes de pisar los frenos. Sus brazos me sujetaron con más fuerza de lo que podría haberlo hecho ningún cinturón de seguridad.

—Creí que podías manejarlo —le dije, sonriendo con picardía.

Su pecho subía y bajaba con fuerza contra el mío. Me devolvió la sonrisa.

—Me equivocaba.

Y entonces tuve su boca sobre la mía, sus manos cogiéndome la cara. Su cuerpo empujaba contra el mío, arqueándome la espalda contra el volante.

—¿Sí? —conseguí emitir. Se trataba de una pregunta de una sola palabra, y Jude no necesitó mayor explicación. Llevaba tiempo formulándola. Y él nunca había accedido, hasta esa noche.

Sentí su sonrisa contra mi boca mientras su lengua provocaba a la mía un poco más. Me sostenía el rostro con tanta firmeza como era posible sin dejar de ser dulce; sus labios retrocedieron, y sus ojos encontraron los míos.

—Maldita sea, sí —replicó, aunque su sonrisa transmitía expectación y conflicto.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron a la expectativa. Había llegado el momento. Por fin. El tío que se había acostado con más chicas de lo que yo necesitaba saber por fin iba a permitirse a sí mismo acostarse con su novia.

—¿Estás segura? —me preguntó, con el aspecto de que me lo reprocharía si contestaba que no.

—Estoy tan segura que empecé a tomar la píldora una semana después de que volviéramos juntos —respondí, deslizándome arriba y abajo encima de él. Volví a gemir, dejando caer la cabeza sobre el respaldo del asiento—. ¿Estás seguro tú? —Me moví un poco más rápido para influir en su respuesta.

—Luce, estoy tan seguro que fui a hacerme pruebas y llevo dando vueltas con el mismo condón desde el día que volvimos juntos —replicó él, exhibiendo esa sonrisa torturada suya.

Le cogí el rostro entre las manos y le acaricié la cicatriz de la mejilla con el pulgar. Jude era todo lo que yo quería —en todos los sentidos— y al fin podía tenerlo en la única forma en la que no lo había tenido.

—Te quiero, Jude —dije. Porque eso era lo único que quedaba por decir.

—Y eso me convierte en el capullo con más suerte del mundo.

Le sonreí.

—Ven aquí. —Bajé mis labios hacia los suyos—. Quiero saber cómo hace el amor el capullo con más suerte del mundo.

—Sí, señora —repuso antes de encajar sus labios en los míos.

Sus manos acababan de abrirse paso hasta el botón de mis vaqueros cuando unos faros cegadores estallaron en el interior del vehículo de Jude.

Gemí, me cubrí los ojos con un antebrazo y el pecho con otro cuando el conductor encendió las largas de su camioneta.

—Mierda —maldijo Jude, entrecerrando los ojos y mirando por encima del hombro.

La puerta de la camioneta se abrió con fuerza, y a continuación se oyeron voces y gritos de hombre.

—¿Esperamos compañía? —pregunté suspirando mientras me cubría el pecho desnudo con el otro brazo y me retiraba de encima de él. Resultó doloroso separarme de lo que podría haber sido.

—No exactamente —respondió, y se agachó para recoger mi sudadera. La levantó por encima de mi cabeza y la sostuvo mientras me la ponía.

La sudadera me resultó más áspera que cinco minutos antes. Jude estaba enfadado, era evidente en cada plano de su rostro, pero se contenía. Estaba controlando a la bestia, impidiendo que esta le controlara a él.

Acababa de subirse la cremallera de los pantalones cuando alguien se arrojó contra la puerta del conductor.

—¡Ryder, tío! —Uno de los compañeros de equipo de Jude se asomó por la ventanilla, mirándonos a los dos de arriba abajo—. ¿Te lo estabas montando con tu chica? —Me miró a mí y meneó las cejas—. Capullo con suerte...

Jude se volvió hacia mí y me sonrió.

—Te lo he dicho.

El fuego crepitaba a mis pies, las estrellas titilaban por encima de mí, los brazos de Jude me estrechaban con fuerza contra él, y el sonido de todo un equipo de fútbol universitario eructando «Hey, Jude» me acunaba.

—No me puedo creer que la gran noche que pensé que habías planeado para nosotros incluya a más de cincuenta jugadores de fútbol —dije, ladeando la cabeza contra el pecho de Jude y mirándole para que pudiera ver mi expresión.

Jude no se había apartado de mi lado desde que habían aparecido sus compañeros de equipo, salvo una vez para hacer pis en el bosque.

—Lo siento, preciosa —contestó, y me besó las arrugas de la frente—. Pensé que tendríamos un par de horas para nosotros antes de que aparecieran estos animales.

¿Un par de horas? Yo habría firmado por quince minutos.

El coro de eructos finalizó de forma inconclusa. El silencio temporal solo se

veía interrumpido por un coro de pedos. Gemí, cerrando los ojos y tapándome la nariz.

—¡Tío, eso ha sido patético, Ryder! —Tony, el receptor número uno de Jude, gritó desde el otro lado de la hoguera—. Si yo estuviese tratando de recuperar a una chica, no se me ocurriría jamás sobornar a su compañera de habitación para que la llevara a una fiesta en la que el *dj* le diera una serenata con alguna vieja canción chungu mientras yo le profesaba amor eterno.

Abrí los ojos para poder fulminar a Tony con la mirada. Me encantaba el tipo, era un encanto... la mayoría de los días. Ese no era uno de esos días.

—Yo me plantaría delante de ella y le soltaría « Eh, nena. ¿Qué tal te va? ». Ya sabes, algo supersuave. —Tony me sonrió de manera inquietante.

—Tony —Jude alzó la voz, levantando la barbilla por encima de mi hombro —, ¿cuándo fue la última vez que conseguiste que una de tus antiguas novias quisiera volver a ver tu lamentable culo?

La cara de Tony se contrajo. El receptor se encogió de hombros y respondió:

—Nunca.

—Exacto. —Jude le enseñó el dedo corazón.

Yo tenía los brazos bien tapados con la manta con la que Jude me había envuelto, así que cuando bajó su dedo, le di un codazo.

—Hazlo por mí también.

Jude volvió a enseñarle el dedo, esta vez por cortesía de Lucy Larson.

—Vamos, Lucy —dijo Tony mientras el resto de los jugadores se desternillaban y unos cuantos le lanzaban nubes de azúcar—. Ya sabes que creo que eres la bomba. Solo estoy celoso porque eres cinco veces demasiado buena para Ryder, y a mí también me gustaría tener algo de acción con alguien cinco veces demasiado bueno para mí.

—Quizá si dejases de perder el balón y empezases a llevarlo hasta la zona de anotación, conseguirías encontrar a una chica que se dignase a bajar su listón por ti —repliqué, levantando la cabeza.

Jude sofocó la risa con la manta. El resto del equipo, no tanto.

Tony me miró alzando las cejas, se subió una manga de la camiseta y se besó el bíceps, grotescamente grande, y luego hizo lo mismo con el otro.

—Deja de odiarme, Lucy. Jude nos va a pillar si no dejas de ser tan obvia —respondió, y agachó la cabeza cuando la botella prácticamente llena de bebida isotónica de Jude pasó volando por encima de él—. Y no hay que preocuparse por la zona de anotación mañana, cariño. Pienso ponerla a mis pies.

—Esperaré sentada —repuse, incapaz de seguir reprimiendo la sonrisa ante el numerito de Tony. De algún modo, era como ver a un solo hombre en un circo de tres pistas. Y, bromas aparte, Tony era un receptor buenísimo. Juntos, Jude y él habían estado batiendo récords que probablemente tardarían en igualarse.

—Pero hay algo que no entiendo —prosiguió Tony, que dio un codazo al chico

que tenía al lado, el kicker número uno del equipo. Creo que se llamaba Kurt. O quizá fuera Kirk O Kent. Algo con K—. En apariencia, Ryder tiene un siete, quizá un ocho. —Entrecerró los ojos mientras inspeccionaba a Jude. Kurt o Kirk también lo evaluaba, frotándose la barbilla.

—Entonces tú eres menos dos, Tony —mascullé yo, y maldije por dejarme atrapar bromeando con un par de compañeros de equipo de Jude esa noche.

—En personalidad saca un diez negativo —prosiguió Tony—. Así que ¿por qué, entre todo lo injusto e irrazonable, tiene a todas las buenas haciendo cola delante de su puerta?

Jude se inclinó hacia delante.

—Puedo darte una explicación de veinte centímetros.

Tony y el kicker miraron a Jude, luego el uno al otro, justo antes de que sus cabezas se inclinasen hacia atrás y estallaran en carcajadas.

Jude se le unió algo más tarde.

Pero había algo de lo que Tony había dicho que requería una aclaración.

—¿Quiénes son las buenas que hacen cola delante de la puerta de Jude? —pregunté, tratando de no alterar la voz.

La risa de Tony fue apagándose, y sus ojos oscuros se desviaron en cuanto se posaron en mí. El cuerpo de Jude se puso tenso justo lo suficiente a mi alrededor para señalar que algo fallaba.

—Tú —contestó Tony señalando en mi dirección—. Tú eres « las buenas » que hacen cola delante de su puerta.

No, eso no iba a colar. Había visto a Tony cerca de las lágrimas la noche en que su trofeo al VIP del último curso quedó partido en dos en una de las legendarias fiestas en su casa, e incluso entonces su sonrisa seguía estando presente. En ese momento no había ni rastro de ella, lo que significaba que Tony se estaba esforzando por ocultar algo.

—Tú —repetió, puesto que no aparté mis ojos de los suyos.

—Y Adriana Vix —añadió otro de los compañeros de equipo de Jude por detrás de nosotros, y sonó como si se hubiese contentado con salir aunque solo fuera con el nombre.

Entonces el que se puso tenso fue mi cuerpo, ya no encajaba en el de Jude. Me retorcí apretujada entre sus piernas y le miré a los ojos.

No reflejaban nada que le delatase. Eso era lo peor.

—¿Quién es Adriana Vix? —pregunté. Mi voz era una mezcla perfecta de ansiedad y cabreo.

Jude me cogió el rostro con las manos, mirándome directamente a los ojos. Me costaba respirar con él mirándome así.

—Nadie —respondió, sin apartar ni sus manos ni sus ojos de mí.

—¡¿Nadie?! —gritó el tío de atrás al tiempo que tomaba asiento—. Tu definición de « nadie » debe de ser una chica por la que la mayoría de los tíos se

amputarían un brazo. Aunque fuera por estar con ella una sola vez —añadió el jugador.

No conseguía recordar el nombre del chico, aunque sabía que chupaba mucho banquillo. Iba a chupar banquillo permanentemente si no se llevaba su adoración por Adriana Vix a donde no llegara el sol.

—Matt —le advirtió Jude, que al fin me soltó la cara, aunque solo para envolverme de nuevo entre sus brazos—, cállate.

—Ha sido Luce quien ha preguntado —replicó, alzando las manos—. Yo solo estaba contestando.

—Bueno, deja de exagerar. —La voz de Jude era baja, pero noté que estaba a punto de perder la calma—. En realidad, ¿por qué no dejas de hablar el resto de la noche?

Matt cedió encogiéndose de hombros al tiempo que daba un trago a su cerveza. Si no fuese por el límite de dos cervezas del equipo la noche previa a un partido, habría podido considerar el babeo de Matt por Adriana Vix como las divagaciones de un borracho. Sin embargo, Matt estaba sobrio, lo que significaba que Adriana estaba tan buena como él insinuaba.

Me volví para apoyar la espalda en la parte interna de la pierna de Jude y me encontré de nuevo con su mirada. Esa noche llevaba su viejo gorro gris, aunque solo porque hacía frío.

—¿Le gustan? —Un punto para mí por hacer la pregunta con la menor emoción posible.

Jude alzó un hombro.

—Quizá un poco —respondió, sin apartar los ojos un segundo de los míos.

—¿Un poco? —intervino Tony, y otro puñado de jugadores nos sonrieron con malicia—. Gracias a Ryder, la población masculina de Siracusa ha estado disfrutando todavía más de todas las mercancías expuestas de Adriana. Ayer pensé que iban a saltar de ese vestido diminuto con el que apareció. —Silbó entre los dientes, con los ojos nublados de ensoñación—. Esa preciosidad está al acecho. Y tiene la vista puesta en tu hombre, amor —añadió, mirándome con cierta pena. Como si ya hubiese perdido el juego de Jude por omisión. Por incomparecencia.

—Dilo otra vez, Tony —le advirtió Jude, y apretó la mandíbula—, y lo único que vuelvo a lanzar a tu cabeza de chorlito es mi bota.

—¿Qué? —dijo Tony—. ¿Por decir la verdad acerca de que Adriana jadea por tí?

—No, gilipollas —Jude echaba humo—, Luce no es tu «amor». Es mía. Solo yo puedo llamarla así. No cualquier imbécil con la boca grande.

Ahí estaba. El rottweiler territorial que aparecía en cuanto se mencionaba mi nombre. Normalmente me cabreaba que hablase de mí como si fuese algo que le perteneciera. Pero en ese momento, después de oír hablar de la diosa de

«mercancías expuestas», no me molestó que se pusiese en plan territorial.

—Lo siento —repuso Tony, al tiempo que se levantaba y se sacudía los vaqueros—. Parece que no puedo mantener la boca cerrada, así que mejor me voy a la cama antes de llevarme un cabezazo. —Me sonrió, aunque sus ojos no sonreían. Seguían reflejando ese deje de pena. Como si fuese a verme derrocada por Adriana Vix—. ¡Arrastrad todos esos traseros feos y peludos a la cama! —gritó a los últimos rezagados que miraban el fuego con los párpados pesados—. Mañana tenemos que patear unos cuantos culos.

Un coro de gruñidos siguió cuando la mayoría de los chicos se incorporaron e imitaron a Tony, se dirigieron a sus respectivas tiendas o se dejaron caer en las plataformas de sus camionetas. Esa noche no estaba yendo como yo había imaginado en absoluto.

Jude y yo permanecemos abrazados en silencio un minuto, los dos mirando el fuego, que se consumía, a la espera de que el otro dijera algo primero.

—¿Te gusta esa chica? —susurré antes incluso de darme cuenta de que lo había pensado.

El suspiro de Jude fue largo e irritado. Que yo recordara, era la primera vez que me aliviaba que estuviese irritado conmigo. Me hizo volverme de modo que lo tuviese cara a cara, pero siguiese atrapada entre sus piernas, y bajó esos ojos ensombrecidos hacia mí.

—No —respondió—. No de la forma en que tu mente perturbada está pensando.

Jude no había visto más que un atisbo de lo «perturbada» que podía estar mi mente.

—¿Y qué hay de la otra forma?

Observé como se extinguían las últimas llamas en la sombra que proyectaba el fuego en un lado de su mandíbula.

—Ella está bien —contestó, arqueando las cejas, a la espera. Porque me conocía lo suficientemente bien como para saber que vendría algo más a continuación.

—¿«Está bien»? —repetí, alzando la voz—. ¿Está bien en plan «si no tuviera pareja me la tiraría en dos segundos» o está bien en plan «no es más que una chica»? —

Jude me había advertido hacía meses que no hiciese preguntas si no quería respuestas sinceras. Inmediatamente deseé retirar la pregunta más o menos.

—Luce —dijo, retiró la manta que me envolvía y me cogió las manos tras liberarlas—, eres mi chica. La chica. —Un indicio de dolor atravesó su rostro—. Cuando miro a Adriana, o a cualquier otra, si vamos al caso, eso es todo lo que veo. A otra chica que no es mi chica. No las veo, Luce. Yo te veo a ti —añadió, arrugando el entrecejo—. Eres la única a la que he visto en mi vida.

El nudo que tenía en el estómago empezó a aflojarse.

—Así que, por favor, por lo que más quieras, ¿podrías cortar ese rollo de novia paranoica?

Cuando Jude se ponía así, lo mejor era parar y desistir. Yo lo sabía, pero siempre parecía incapaz de llevarlo a cabo de verdad.

—¿Más o menos como cuando tú no te has puesto en plan novio paranoico con Thomas hace un rato?

La boca de Jude se abrió un par de centímetros. La cerró con fuerza, arrugó el entrecejo y se recostó contra el tronco que tenía detrás. La cara contraída, los ojos entrecerrados, los dientes trabajando en el lado derecho de su mejilla: era una nueva expresión de Jude con la que me había ido familiarizando últimamente. Era su gesto meditabundo, ese en el que había trabajado tanto para reemplazar su reacción de ira.

Esperé, dándole todo el tiempo que necesitara.

—Luce —comenzó al fin, en voz baja—, ¿qué quieres que haga? —Hizo una pausa, esperando mi respuesta, pero yo no estaba segura de qué me estaba preguntando, así que permanecí en silencio.

» Por favor, solo dímelo —continuó—. Dime qué quieres que diga, y haga, en lo que se refiere a Adriana o a cualquier otra chica que me mire siquiera, y lo haré. ¿Quieres que les escupa en la cara? ¿Quieres que les enseñe el dedo cada vez que miren en mi dirección? Hecho. ¿Quieres que me arranque los ojos para no poder volver a ver a ninguna otra chica jamás? —Su voz se fue apagando, con una mueca—. Bueno, eso sería una lástima, pero lo haría. Por ti. —Volvió a tomarme el rostro entre las manos y se inclinó hacia delante de modo que sus ojos miraban fijamente los míos muy de cerca—. Solo dímelo, cariño. ¿Qué quieres que haga?

No podía expresarlo con palabras. Al preguntármelo sin rodeos, ni siquiera sabía qué quería que hiciese o dijese él cuando se le acercaban otras chicas. Los tíos como Jude no podían pasar por un cementerio sin que les tirasen los tejos. Así que ¿qué quería de él en lo que se refería al surtido interminable de chicas preparadas y listas para arrojarse a su cama a la primera de cambio? ¿Quería que se comportase como un gilipollas? Vale, sí, algo así, pero mi yo razonable reconocía que esa no era la respuesta. Entonces ¿cuál era?

Esa pregunta tendría que permanecer en el aire por el momento, porque yo tenía algo más en mente.

Entrelacé mis dedos con los suyos donde me calentaban el rostro, y me moví hasta salvar el escaso espacio que nos separaba.

—Quiero que me llesves a la cama.

Estaba segura de que jamás había visto que las arrugas que marcaban las facciones de Jude desaparecieran tan rápido.

—Cuando sea —respondió, cogiéndome en brazos antes de levantarse—. Donde sea.

Podría haberme reído de habérmelo permitido a mí misma, pero aún había un nombre resonando entre nosotros. No estaba lista para apretar el « pause » en el tema Adriana Vix.

—Espera a ver lo que he preparado para nosotros —añadió, con tono despreocupado mientras me llevaba por el campamento improvisado hasta su camioneta oxidada.

Estaba tan oxidada que no se distinguía si originalmente había sido negra o gris o de algún tono intermedio. La había obtenido prácticamente por nada de un viejo granjero e invertido parte del dinero que ganaba trabajando en el garaje en comprar las piezas que le faltaban. El interior estaba en buen estado, pero el exterior parecía para el desguace.

Me encantaba que a Jude no le importase lo que los demás, excepto yo, pensasen. Me encantaba cómo había dicho que lo que contaba era el interior. Sabía que estaba hablando de coches cuando lo hizo, pero aun así me habían flaqueado un poco las rodillas.

Zigzagueando entre algunas de las enormes camionetas nuevas y superequipadas de sus compañeros de equipo, Jude se detuvo en la parte de atrás de la suya. Bajó con una mano la puerta, que emitió un chirrido al abrirse.

—Su habitación esta noche, señorita Larson —anunció con voz cantarina, haciendo un gesto hacia el colchón inflable y el montón de mantas y almohadones colocados en la parte trasera de la camioneta. Incluso había dejado un bombón envuelto en papel de aluminio encima de mi almohada, junto a una rosa blanca. Supuse que eso era lo que había estado tramando Jude mientras se escapaba un buen rato para hacer pis.

En el instituto yo había aprendido lo que significaban los colores de las rosas y cómo podías descifrar las intenciones de un chico basándote en la que te regalaba. El rosa quería decir que estaba colado por ti, el amarillo significaba que quería que fueseis amigos —me resultaría imposible contar el número de rosas amarillas abandonadas que había visto decorando el interior de las papeleras de los pasillos del instituto—, el rojo, que estaba enamorado, y el blanco significaba pureza.

Lo que significaba que sus intenciones eran puras.

Lo que significaba que no quería hacer todas las cosas que esta chica se imaginaba haciendo en la parte de atrás de su camioneta esa noche.

Al infierno con todas las rosas blancas.

A pesar de mi frustración, en cierto modo también me encantó. En cuanto creía que estaba cerca de descifrar a Jude Ryder, iba y me dejaba una rosa blanca en la almohada. En la cama improvisada que compartiríamos unas horas después de que accediera a hacerlo conmigo prácticamente encima del volante de su camioneta.

—Puedes ser bastante romántico cuando te lo propones —dije, mirándole.

—No se lo digas a nadie —replicó, y me sentó en la plataforma. Esta crujió bajo mi peso—. Arruinaría mi reputación como capullo. Además, como crees que las chicas hacen cola ahora... —insinuó con una sonrisa aniñada.

Le golpeé en el pecho, y mi reacción le hizo reírse entre dientes.

Así que decidí darle algo que no esperaba. Le cogí fuertemente de la camiseta térmica con las dos manos y lo atraje hacia mí.

—Ven aquí —susurré, bajando la vista a su boca—. Deja que ponga a esas chicas en su sitio.

Sus labios acababan de separarse para besarme cuando mi boca se adelantó. Sus manos se aferraron a la carne por debajo de mis caderas y me deslizaron hasta el borde de la plataforma de modo que me apretaba directamente contra él. En ese ángulo, encajábamos perfectamente. Eso me hizo besarle con más fuerza; mis manos no eran capaces de explorar su cuerpo lo bastante rápido.

Pericé la aceleración de los latidos del corazón de Jude. Sentí como cada parte de su ser me deseaba. Vi la duda eclipsar sus ojos cuando le rodeé el torso con las piernas. Vi el conflicto que bullía en su interior, recordándole que siempre era cuidadoso conmigo, y quise ponerle fin inmediatamente.

Le cogí el dobladillo de la camiseta por detrás y tiré de él, tratando de arrancársela.

Solo para que él me detuviera antes de que le alcanzara el pecho.

—¿Sí? —pregunté de nuevo, y conocía la respuesta.

Jude no tardó en contestar.

—No —dijo con firmeza—. Así no.

Gemí tan alto que es posible que despertara a un par de los chicos que dormían más cerca.

—¿Así cómo? ¿Sexo caliente, apasionado, abrasador?

Jude sonrió tan abiertamente que la cicatriz de su mejilla se arrugó. Se agarró a la plataforma mientras trataba de regular su respiración.

—Eso suena bien —dijo, recobrando el aliento. El mío tardaría al menos otros diez minutos en volver a la normalidad—. Pero no me pone mucho que mi novia quiera acostarse conmigo por celos de otra. Al menos no nuestra primera vez —añadió, y me dio un suave beso en la sien—. Después me alegraré de atender y soportar todo el sexo por celos y enfado que quieras ponerme por delante.

Lo empujé de nuevo, resignada a que esa noche diera un giro hacia la castidad. Me quité las botas de una patada y me arrastré hasta el colchón inflable.

Jude seguía sonriendo cuando se deshizo de sus zapatillas y saltó a la camioneta. Se apretujó contra mi espalda, introdujo un brazo por debajo de mí, y estiró el otro por encima, sosteniendo una rosa blanca.

Se rió en mi nuca.

Cogí la rosa y la tiré fuera de la camioneta.

Capítulo

3

Estaba lloviendo, a mares. Al menos eso es lo que pensé al despertarme. Luego oí la risa amortiguada y me di cuenta de que el motivo de que mi ropa y las mantas se me pegasen al cuerpo a causa del agua no tenía nada que ver con la Madre Naturaleza.

Acababa de abrir los ojos cuando uno de los compañeros de equipo de Jude, que se cernía sobre nosotros en lo alto de la cabina, volcó otro enorme cubo de agua sobre Jude. Por supuesto, no solo acabó sobre él. Chillé cuando los miembros del equipo de fútbol estallaron en carcajadas alrededor de la camioneta. Bueno, hasta que Jude se levantó dando tumbos y lanzó un puñetazo al primero que se movió.

El jugador que estaba encima de la cabina saltó de la camioneta antes de que Jude alcanzara a agarrarle un tobillo, pero Jude estaba fuera de la cama persiguiéndole un segundo después. El pobre tipo no llegaría lejos.

—¡¿Por qué corres, Clay?! —gritó Jude, dejando un rastro de agua tras sí—. ¡Los dos sabemos que soy mucho más rápido que tú!

Mientras veía como Jude acertaba la distancia entre Clay y él, me escurri el pelo y aparté las mantas empapadas a un lado.

Me aseguré de fulminar con la mirada hasta al último de los jugadores que se encontraban allí, incluido Tony, que me sonreía con ese aire de niño. Estaba perdonado antes de que abriera la boca.

—¿Qué? —soltó, como si yo estuviera exagerando—. Lo siento, Luce. Pero no es justo que Ryder pasara la noche calentito acurrucado junto a tu bonito trasero. Teníamos que igualar un poco el campo.

Me incorporé del colchón de un brinco, y salté de la plataforma.

—Chicos, la próxima vez que queráis «igualar el campo» con Jude, por favor, ¿podrías esperar a que me haya bajado de la camioneta? —Quería coger una manta con la que envolverme, pero todas estaban empapadas—. Hace un frío terrible.

Estaba exhalando vaho al respirar, lo que me hizo temblar todavía más.

La sonrisa de Tony se atenuó, solo un poco.

—Demonios, Luce —dijo, al tiempo que se quitaba el suéter—. Somos unos animales. —Alzó las cejas y me tendió la sudadera como si se tratase de una

ofrenda de paz—. ¿Nos perdonas?

«No en esta vida», habría sido mi respuesta de haber podido superar el castañeteo de dientes. Había pocas cosas que odiase más que pasar frío... una endodoncia sin novocaína podría ser una de ellas.

Fruncí el ceño para que Tony supiera que no se había librado del todo y cogí la sudadera. Habrían entrado de sobra dos hombres de tamaño normal en ella.

—Devuelve esa mierda. —Jude apareció por detrás de mí, me quitó la sudadera de Tony de las manos y se la arrojó a la cara—. La próxima vez que tú o cualquiera de vosotros, capullos, hagáis eso, os doy una paliza. ¡¿Entendido?! —gritó, barriendo a sus compañeros de equipo con la mirada.

» Y tú —añadió con un paso al frente al tiempo que apuntaba al rostro de Tony con el dedo—, ni se te ocurra intentar darle a Lucy nada tuyo que roce su cuerpo. —Se le marcaban los músculos por debajo del cuello—. Si quieres que vuelva a lanzarte un balón. ¿Está claro?

Y yo pensando que me había cabreado solo por unos litros de agua.

—Ryder —repuso Tony, que alzó las manos con gesto de rendición.

Jude se le acercó un paso más, hasta que sus pechos se tocaron.

—¿Es-tá-cla-ro?

Tony bajó la vista, retrocediendo un paso.

—Está claro.

—Bien —respondió Jude, al tiempo que se volvía hacia mí. La ira se había esfumado—. Vayamos a buscarte ropa seca —agregó, en voz baja y controlada.

Asentí. No sabía cómo podía encender y apagar su ira como si estuviese conectada a un interruptor, pero aquello tenía tanto de don como de maldición.

—Eh, Ryder —le llamó uno de sus compañeros de equipo. Uno de los que habían permanecido en la periferia y no habían experimentado una dosis letal de la furia de Jude—. ¿Qué demonios le has hecho a Hopkins?

Jude me rodeó con el brazo y me guió hacia el lado del copiloto de su camioneta.

—¡Lo he encerrado en tu maletero, Palinski!

Cuando alcé la vista, me obsequió con su sonrisa torcida.

—No es verdad —intervine, sabiendo que lo era.

—Joder, pues claro que es verdad —contestó, abrió la puerta de golpe y se inclinó sobre el asiento para recoger su bolsa de lona—. Y esa no es la única represalia que pienso tomar hoy por nuestra pequeña ducha.

—¿Quiero saberlo?

Jude rebuscó entre el contenido de su bolsa y sacó una camiseta negra de manga larga.

—No —respondió, y me tendió la camiseta—. Pero ya lo verás.

Metí las manos en la camiseta seca y cálida, y asentí.

—Estoy deseándolo.

—Ryder —empezó Tony, y se aclaró la garganta mientras rodeaba la camioneta hasta la parte delantera. Llevaba el teléfono en la mano—, acaba de llamar al entrenador. Quiere que vayamos una hora antes de lo habitual. Le he dicho que tardaríamos al menos una hora en volver. Ha dicho que más nos vale mover el culo. —Su rostro era casi una mueca de dolor, como si se anticipase a la reacción explosiva de Jude.

—Si el entrenador quería que nos presentásemos una hora antes, debería habérselo dicho antes —replicó Jude, sin mirarle mientras rebuscaba en su bolsa—. Tengo que buscarle a Luce algo para desayunar antes de llevarla de vuelta a casa, así que dile al entrenador que es posible que llegue unos minutos tarde.

—¿Quieres que le diga el motivo por el que vas a llegar tarde? —preguntó Tony, sin atisbo de hostilidad en su voz.

—Claro que quiero que se lo digas —contestó Jude—. Dile que mi chica va antes que el fútbol. Dile que el desayuno de mi chica va antes que el fútbol. —Volvió la vista hacia Tony y se quedó mirándole—. ¿Necesitas que te lo apunte o crees que te las apañará? —añadió cuando el otro no respondió.

—No —respondió Tony finalmente, y consiguió esbozar una leve sonrisa—. Chica. Desayuno. Luego fútbol —recitó, dándose unos golpecitos en la cabeza—. Creo que ya lo he pillado.

Jude cerró la puerta del copiloto de un portazo y rodeó la camioneta por delante. Se detuvo junto a la puerta del conductor, se quitó la camiseta térmica mojada y la arrojó a los árboles. Abrió la puerta, saltó dentro y arrancó. Puso la calefacción al máximo y apuntó todos los radiadores en mi dirección. Había pasado de estar congelada a un ambiente que resultaba caliente y pegajoso, y eso que la calefacción aún no se notaba. Todo por un hombre recién descamisado y empapado que sonreía a mi lado.

—¿Qué? —inquirí, y su sonrisa se ensanchó mientras le miraba fijamente.

Barrí su torso con la mirada y ascendí hasta sus ojos. Le devolví la sonrisa.

—Esto sí que me gustaría verlo al despertarme.

Después de asegurarme a Jude que de ningún modo necesitaba sentarme a desayunar y que un sándwich de huevo y una taza de café caliente serían más que suficientes, tomamos el camino de entrada a la casa que él y otros cinco chicos tenían alquilada, con el tiempo suficiente para que llegara a la reunión con el entrenador. Si no fuese porque el chico al que quería vivía en ella, jamás habría puesto un pie allí dentro. No estaba asquerosa de plano, pero se le acercaba, y el lugar entero —independientemente de si era por la mañana o por la tarde, fin de semana o entre semana— olía a ropa sucia y sexo.

—Te acompaño dentro —dijo, todavía sin camiseta, todavía sonriente.

Tener que permanecer sentada junto a Jude todo el trayecto en coche y mantener mis manos alejadas de él debería haberme concedido algún tipo de medalla al autocontrol. Una grande.

—Tienes un partido que ganar —repuse, y le besé la comisura de los labios que tenía hacia arriba—. Ya conozco el camino.

—Cuidado con dónde pisas. Creo que Ben podría haber celebrado una fiesta anoche mientras los demás estábamos fuera, y ya sabes cómo son sus fiestas —explicó, cogiéndome la barbilla entre el índice y el pulgar.

Se acercó a mí, y sus labios acariciaron levemente los míos antes de acabar en la parte inferior de mi mandíbula. Descendieron y sus dientes me rozaron la piel. Y seguía sin camiseta, así que podía ver cada músculo que se tensaba y se movía sinuosamente mientras su boca exploraba mi cuello.

Qué medalla ni qué mierda, me merecía ser santificada.

Me estremecí cuando retiró su boca. Me estremecí de verdad, como si estuviese sufriendo el síndrome de abstinencia.

Sabía que él estaría regodeándose. A Jude le encantaba cómo podía hacerme sentir. Pero yo estaba empezando a cansarme un poco de todos esos preliminares que llevaban a un montón de nada.

Alcancé la manija de la puerta de la camioneta y exhalé, esforzándome por recomponerme.

—Te veo en nada —dije—. Seré una de los cincuenta mil que chillan, levantan los brazos y gritan tu nombre.

—Eres lo único que veo ahí fuera —me contestó mientras yo bajaba del vehículo.

Me tendió mi bolsa, apoyando el otro brazo en el volante. Deseé sacar una foto para congelar el momento. Me mantendría en calor durante las frías noches de invierno en Nueva York cuando dormía sola en mi cama.

—Sí, tú también eres prácticamente lo único que veo ahí fuera —me burlé—. Pero es principalmente por el aspecto de tu culo con esa licra.

Jude resopló.

—Y yo que pensaba que era el campeón mundial de cosificación...

—Eras, Ryder —aclaré—, «eras» es la palabra clave.

Capítulo

4

Al menos la ducha que compartían Jude y Tony estaba limpia. Limpia según el criterio universitario masculino.

Había necesitado media hora de agua ardiendo para entrar en calor. No recordaba que una ducha me hubiera sentado nunca tan bien, especialmente porque sabía que era donde Jude se quedaba desnudo al menos una vez al día. Cerré los ojos, imaginándole, mientras me enjabonaba el cuerpo con su gel.

Me enrollé el pelo en una toalla, me lavé los dientes y me puse mis vaqueros y la sudadera favorita de Siracusa de Jude. Olía a él. Por suerte se trataba de su buen olor —a jabón y hombre— y no al que desprendía después de entrenar.

Me puse las botas antes de salir del baño porque Jude no había exagerado: su habitación era un desastre. En plan «alguien quizá quiera considerar llamar al equipo de material peligroso». Antes, para llegar a la habitación de Jude, había tenido que sortear obstáculos como botellas de cerveza, recortables de mujeres en bikini tirados en el suelo y un par de calzoncillos arrugados. Lo único que hacía que esa habitación estuviese más limpia que las demás era que no había recortables femeninos decorando el suelo.

Cerré la puerta del baño detrás de mí y regresé al dormitorio de Jude. Pero me detuve de golpe. Aquella no era la misma habitación que había dejado hacía treinta minutos. Tuve que comprobar dos veces que la foto de nosotros dos se encontraba sobre la cómoda para asegurarme de que aquel era, en verdad, el cuarto de Jude.

La habitación se hallaba limpia, casi impoluta. La cama estaba hecha; incluso habían estirado y doblado las esquinas. Ni una sola prenda de ropa decoraba la moqueta ni ninguna otra superficie plana.

Caminé vacilantemente por una habitación que no reconocía, abrí el cajón superior de mi cómoda y metí mi neceser en él. Jude y yo intentábamos alternar los fines de semana; cuando no jugaba fuera. En lugar de dejarme un cajón para mis cosas, había salido y me había comprado una cómoda solo para mí. El gesto me había dejado sin palabras.

Cerré el cajón y eché otro vistazo a la habitación. Volvió a llamarme la atención nuestra foto. Me acerqué unos pasos y descubrí por qué. Una fina línea recorría el cristal en diagonal, dividiéndolo entre Jude y yo de forma casi

perfecta. Levanté más la foto y recorrí la hendidura con el dedo, conteniendo un escalofrío.

—Lo siento.

Me sobresalté, la foto se me resbaló de las manos y cayó bruscamente contra la esquina de la mesilla de Jude. El cristal se resquebrajó de nuevo, pero no llegó a romperse del todo.

Segura de que me echaría a llorar si seguía mirando la foto fracturada a mis pies, me volví. Mala idea.

—La he tirado sin querer mientras limpiaba. —Una chica alta y delgada, vestida con un uniforme de animadora naranja y blanco se movía por la habitación de Jude, sin mirarme.

—¿Quién eres tú? —pregunté al tiempo que me cruzaba de brazos. Pero yo la sabía.

—Adriana —contestó, sin decir nada más mientras iba hasta la cómoda de Jude cargada con un cesto de la colada a rebosar con la ropa doblada—. ¿Sabes?, no se permite entrar a nadie antes de un partido excepto a su Hermana del Alma —añadió, al tiempo que abría el cajón superior y empezaba a colocar la ropa interior de Jude.

Dos emociones me sobrevinieron entonces, mientras veía a Adriana Vix — toda piernas y tetas— toquetear la ropa interior limpia de mi novio. Había ira — pura y cruda—, como la que sentía Jude. Y había algo más que me atenazaba la garganta y el corazón, como si ambos fueran a romperse.

—Yo soy su novia —repliqué, tratando de evitar mostrar la ira—. Puedo entrar cuando quiera. Puedes consultarlo con Jude si no me crees. ¿Y qué demonios es una Hermana del Alma? Aparte de lo evidente —terminé, y la miré de arriba abajo antes de arrugar la nariz.

Estaba bronceada, tenía el cabello oscuro y sus ojos verdes herbosos prácticamente brillaban contra su piel morena. Sus piernas eran tan largas que su faldita de animadora parecía más unas bragas que una falda y, como Tony había explicado con tanta vehemencia, tenía las tetas enormes. Y aparentemente ningún problema en hacérselo saber al mundo, hasta el punto de no dejar nada a la imaginación.

—Cada una de las animadoras es asignada a uno de los jugadores de fútbol. A algunos de los mejores jugadores, porque no somos suficientes para cubrirlos a todos, ¿y qué sentido tiene esperar sin hacer nada en el banquillo de todos modos? —explicó, empujó el cajón superior de la cómoda de Jude para cerrarlo y pasó al siguiente. Camisas dobladas y planchadas fueron a ese, por color. Por supuesto —. Yo soy la capitana de mi equipo, y Jude es la estrella del suyo. Somos una pareja evidente —prosiguió, sonriendo hacia las camisas limpias de Jude.

Casi me impresionó mi propio impulso de arrancarle ese pelo oscuro y brillante a tirones. Sabía que habría consecuencias, posiblemente incluso una

noche en el calabozo. Y no me importaba.

—Evidente —repetí con aire impávido, entrecerrando los ojos cuando avanzó hasta el siguiente cajón y apiló tres de los cuatro pares de pantalones de Jude—. ¿Y qué? Como Hermanas del Alma, ¿os encargáis de limpiarles la habitación, hacerles la colada, prepararles bizcochos de chocolate, rollo ama de casa de los cincuenta? —Ah, ahí estaba. Ese carácter que necesitaba para que no se me trabara la lengua delante de la Barbie Animadora exótica.

Ella se volvió y dejó caer el cesto vacío al suelo.

—Y de cualquier otra necesidad posible —añadió, y su sonrisa maquinadora lo dijo todo.

Sentí que se me cerraban los puños, preparándose para el impacto. Nunca me había metido en una pelea de gatas, pero tenía la impresión de que eso podía cambiar... pronto.

—Escucha... Adriana, ¿verdad? —Rodeé los pies de la cama de Jude, enderezándome todo lo que pude. Aun así ella seguía sacándome unos buenos quince centímetros—. Sé a qué estás jugando. He visto cómo lo jugaban un millón de veces de un millón de formas distintas. Pero deja que te ahorre el tiempo y la energía y te explique cómo termina esto.

Di otro paso adelante, y crucé los brazos, porque no me fiaba de que estos no actuasen por su cuenta y descargaran un puñetazo justo entre esos ojazos verdes.

—Perderás. Jude está conmigo, y yo estoy con Jude. Y punto. Puedes preguntárselo a él si todavía necesitas más explicaciones.

Adriana apretó los labios un momento antes de volver a esbozar esa falsa sonrisa.

—No le haces la colada, no le limpias la habitación, y con solo mirarte sé que no te acuestas con él, así que ¿para qué le sirves? Un tío tiene necesidades. Puede que sea tuyo hoy. Pero ¿y mañana? —Se inclinó sobre la cómoda, y sus dedos juguetearon con la esquina.

No quería que sus dedos tocasen nada que perteneciese a Jude. Nunca.

—Vale, déjame que te lo explique de manera que puedas entenderlo —repliqué, dándole golpecitos en la barbilla con los dedos—. Mantente alejada de Jude o te doy una patada en el culo, figurada y literalmente. Con una sonrisa —añadí, y forcé una.

Adriana aqueó sus cejas meticulosamente depiladas y chasqueó la lengua.

—¿Quieres saber qué le ocurrió a la última chica que se interpuso en mi camino?

La verdad era que no. Pero no pude resistirme.

—¿Qué?

Alzó un hombro y se dirigió a la puerta dando saltitos con esas piernas interminables.

—¿Quién sabe? No volví a oír hablar de ella después de quedarme con su

chico —dijo, mirándome—. Se ahogó en mi estela. Más te vale saber nadar si te enfrentas a mí.

Esa bruja tenía suerte de que la dejase ir de una pieza.

—Como un maldito pez.

Para cuando me abrí paso a través de los miles de hinchas del Siracusa para llegar a mi asiento reservado, el odio y la ira que sentía hacia Adriana no habían disminuido ni una pizca. La señorita Vix y yo teníamos una pelea de gatas pendiente.

Mientras recorría la primera fila de costado, manteniendo el equilibrio con las palomitas y el chocolate caliente en mis brazos, me sorprendió ver un rostro conocido en el asiento contiguo al mío, delante y en el centro.

—¡Eh, tú! —me gritó Holly por encima del rugido de la multitud al tiempo que me cogía las palomitas para que pudiera situarme.

—Pensé que no podrías venir —dije, y la abracé de lado antes de sentarme.

El Siracusa todavía no había salido al campo, pero faltaban unos segundos. Eso también era bueno. Jude encabezando a su equipo al salir al campo, ante miles de personas que le adoraban, esa licra que resaltaba los músculos de su..., bueno, era una imagen que no quería perderme nunca.

Sin apartar la vista del túnel que conducía de los vestuarios al campo, le apreté la rodilla a Holly.

—¿Tu madre ha accedido a cuidar del pequeño Jude por una noche?

—Me costó convencerla, y he tenido que acceder a teñirle el pelo gratis un año entero, pero sí, lo ha hecho. También he tenido que hacer la permanente a las cabezas de una docena de señoras mayores en la residencia de ancianos de la ciudad para pagar el billete de avión —explicó Holly, y se echó una palomita a la boca—. Esta es mi primera noche libre y, a juzgar por la falta de entusiasmo de mi madre por cuidar de su único nieto, probablemente sea la última en una temporada. Así que esta noche me suelto la melena, chica. —Se pasó los dedos por el pelo y se lo revolvió, luego inclinó la cabeza hacia delante y la sacudió—. Es una advertencia —añadió, al volver la cabeza atrás. Su larga melena rubia acababa de alcanzar tres dedos de volumen añadido.

Me reí, ofreciéndole mi chocolate caliente. Ella lo cogió y me dirigió una sonrisa.

Después de enterarme de que no era la madre del bebé de Jude, fui capaz de apreciar a Holly de una forma nueva, sin celos. Y había llegado a gustarme. Mucho. No solo nos parecíamos físicamente, sino que nuestras personalidades estaban en tal consonancia que a menudo ella podía terminar mis frases, y viceversa.

El equipo visitante salió de su túnel y fue recibido por los abucheos de prácticamente todo el estadio. Holly se unió a ellos, lanzando algunas palomitas al campo.

Y entonces las banderas naranja y blanco, seguidas por un equipo de animadoras que daban volteretas y patadas al aire, y a las que a partir de entonces odiaba por principios, surgieron del túnel del equipo local. No tuve que comprobar el número que llevaba en el pecho para localizar a Jude cuando salió corriendo detrás de las animadoras. Tenía un contoneo particular, incluso cuando corría, que podría identificar en cincuenta años.

—¡Te juro que se contonea hasta cuando duerme! —le grité a Holly.

—Sí, pero su contoneo está justificado. Se pavonea porque confía en su... talento —contestó ella, y se llevó el vaso de chocolate caliente a los labios.

—Tú lo has dicho —murmuré, pero mis palabras se perdieron en el mar de ruido.

El público se volvió loco, gritando, cantando y balanceándose mientras su héroe conducía al equipo al campo. En apenas dos meses jugando en la universidad, Jude se había convertido en algo así como una leyenda. Jugaba a un nivel completamente distinto del resto de los universitarios. Jugaba como si fuera un dios del fútbol. Y sus fans lo adoraban por ello.

Salté sobre mi asiento, arrastré a Holly conmigo y boté y animé igual que el resto de la gente. Tanto que estaba ronca cuando Jude ocupó su sitio en la banda, justo en mi ángulo de visión. El entrenador estaba hablando con él, pero Jude miraba atrás; sus ojos me localizaron inmediatamente. Los beneficios de reservar el asiento de delante y el centro para tu novia. Saludó a Holly con la mano y luego me guiñó el ojo a mí, a lo que yo respondí lanzándole un beso. Su sonrisa se percibió a través de las tiras del casco antes de que devolviera su atención al entrenador.

—Ese chico tiene un culo que se merece que lo miren y necesita que lo toquen con ambas manos —soltó Holly, que miraba el trasero de Jude con cierto aire soñador.

De haber sido cualquier otra, me habría puesto celosa. Pero Holly, la mejor amiga de la infancia de Jude —y solo Holly—, podía soltar un comentario directo sobre el culo de Jude sin que yo me pusiera en plan novia posesiva con ella. Holly le conocía desde siempre. Se había ganado el derecho.

—Me refiero a que eso es algo a lo que una chica podría agarrarse en la cama —añadió Holly, y masticó ruidosamente una palomita.

El calor se me subió a las mejillas al visualizar lo que decía.

Como si pudiera sentir nuestros ojos puestos en él, Jude echó el brazo hacia atrás y se dio una palmada en el trasero, lanzándome una sonrisita por encima del hombro antes de reunirse con algunos de sus *starters*.

Qué cruel.

—Entonces —empezó Holly, dándome un codazo en el costado—, ¿ya habéis...?

Le lancé una mirada asesina.

—Eso es un no —dedujo, y escondió parcialmente su sonrisa detrás del chocolate caliente.

Contemplé como Jude y los chicos tomaban el campo tras el saque inicial. Me llamó la atención la camiseta del número veintitrés. En lugar de HOPKINS, en un trozo de cinta adhesiva, se leía DUCHA VAGINAL escrito con rotulador negro permanente. Jude se tomaba la venganza muy en serio.

—Bueno, no ha sido por falta de intentos —dije, volviéndome en mi asiento hacia Holly. ¿Una de las mejores cualidades de Holly? Que no te juzgaba. Podía contarle cualquier cosa. Apuesto a que no pestañearía si le confesase que tenía alguna especie de fetichismo del tipo chupar los dedos de los pies—. Al menos por mi parte —añadí.

—Sabes que no es porque él no quiera, ¿verdad? —Me echó una ojeada—. Porque te desea tanto que está a punto de explotar. Solo está empeñado en hacer todo eso «correctamente». No quiere estropear nada. Ya sabes que cree que estropea las cosas por naturaleza. —Hizo una pausa mientras Jude se situaba tras su línea ofensiva. Me levanté como el resto de los hinchas—. Solo dale algo de tiempo.

—Si tarda mucho más, me arrugaré y me moriré, y entonces no importará si acostarse conmigo es correcto o no —repliqué, cruzando los dedos a la vez que Jude se agachaba para colocarse en posición.

—Chica, conozco la sensación —dijo Holly—. Di unas cuantas vueltas a la manzana antes del pequeño Jude.

—Dios, Holly. —Casi me atraganto con una palomita.

El centro avanzó con el balón y me quedé paralizada. Jude fingió ir hacia un lado, luego hacia el otro, y echó la mano hacia atrás mientras Tony cargaba por el campo. El brazo de Jude quedó borroso, el balón voló en una espiral admirable, contando las yardas hasta que aterrizó en los brazos de Tony en las quince.

La multitud estalló, los pompones se sacudían, las manos de gomaespuma brincaban, los hinchas rabiosos cantaban.

—¡Maldita sea! —exclamó Holly—. Nuestro chico no está ahí solo para alegrarnos la vista, ¿eh?

—Juega bien —contesté—. Lo de alegrarnos la vista es solo un pequeño extra.

Holly respondió algo, pero Jude se hallaba de nuevo en posición, de modo que desconecté de todo lo demás. Esa vez, en cuanto cogió el balón, corrió con él. Esquivó a un par de jugadores que se deslizaron por su banda, se abrió camino hasta las diez, las cinco y luego las últimas yardas estaban completamente abiertas.

Y estrenamos el marcador con seis puntos, menos de un minuto después del comienzo del partido. Sabía que había un gran trabajo de equipo detrás, pero eso era casi todo gracias al número diecisiete, Jude Ryder.

Salté en mi sitio, gritando hacia el campo. Holly también estaba chillando,

aunque sus gritos se veían salpicados de « bonito culo » y « alegría para la vista » .

Jude dejó caer el balón en la zona de anotación. Tras acabar él solo con la racha de derrotas del instituto Southpointe, había abandonado los numeritos después de los touchdown.

Pero había una tradición que no había dejado que se perdiera. Yo ya estaba inclinándome sobre la barandilla antes de que corriera por las diez yardas. Era como si la mitad de los ojos del estadio estuvieran en mí, porque incluso los hinchas que solo habían asistido a un partido sabían por qué Jude Ryder se estaba quitando el casco y a quién iba dirigida su sonrisa: a mí.

Nunca me habían gustado las grandes muestras de afecto en público, pero en lo que se refería a Jude, lo habría aceptado de cualquier modo, en cualquier momento. Sin importar si estábamos solos o delante de miles de seguidores trastornados. Cuando nos mirábamos así, todo lo demás se desvanecía en el olvido.

Se abrió camino golpeándose con los hombros con sus compañeros, que le palmeaban la espalda al pasar, y dejó caer el casco antes de saltar en el aire. Sus manos atraparon el barrote superior de la primera fila y se aupó.

Yo me incliné aún más y sonreí a su rostro sudoroso.

—Fanfarrón —susurré, tan cerca que casi podía saborear la sal de su piel.

Su sonrisa se iluminó.

—Ven aquí —ordenó con tono de burla, bajando la mirada a mis labios.

Saboreé el sudor salado de su piel mientras le besaba. El rugido de la multitud se multiplicó por diez, pues les encantaba el espectáculo que su quarterback estrella les estaba ofreciendo. Sin embargo, nosotros no lo estábamos haciendo por ellos. Eso lo hacíamos por nosotros.

Cuando hice ademán de apartarme, me lo impidió. De algún modo consiguió sostenerse con un solo brazo mientras con el otro me cogía de la nuca y me atraía hacia sí. Me besó con más fuerza, hasta que el estadio me empezó a dar vueltas en el rabillo del ojo.

Luego se inclinó hacia atrás y depositó un último y dulce beso en mis labios.

—Maldita sea, Luce —murmuró, el calor de su aliento me cubría la cara—, ¿cómo se supone que va a jugar un tío después de esto?

—Suerte con eso —respondí, burlona.

—Espero que haya más después del partido —dijo, esbozando una fugaz sonrisa traviesa al bajar al campo.

—Un montón.

—¡Ryder! —gritó el entrenador por encima del ruido—. ¡Estoy seguro de que no te importa quedar como un idiota, pero deja de ponernos a mí y al equipo en ridículo! ¡Mantén la bragueta cerrada y concéntrate!

Jude puso los ojos en blanco en mi dirección antes de volverse y regresar a la banda.

—¡Yo también me alegro de verte, Jude! —gritó Holly, que se cruzó de brazos y fingió enfado.

Jude se dio la vuelta y extendió los brazos.

—¡Ya sabes que te quiero, Hol!

—Sí, sí —murmuró ella, rechazándolo con la mano.

Y entonces la Barbie Animadora se interpuso en su camino, con los brazos en jarras, y le lanzó una mirada que me hizo verlo todo rojo de nuevo. Dijo algo, pero no pude oírlo. Sabía que, de haber sabido leer los labios, habría saltado por la barandilla y le habría arrancado esa sonrisita sugerente de la cara de un manotazo.

Jude asintió con un gesto de reconocimiento y se agachó para recoger su casco. Adriana se movió más rápido, cogió el casco y lo balanceó fuera de su alcance. Jude trató de cogerlo, pero ella lo evitó, levantándolo. La expresión de Jude no era divertida. La mía había pasado directamente de no divertida a enfurecida.

Esa chica estaba recurriendo a tácticas de patio de colegio para atraer la atención de Jude. Era débil. Y lamentable. Ya la había visto antes en los partidos, flirteando con Jude como todas las chicas, pero en ese momento estaba sacando toda la artillería pesada.

Adriana se hizo a un lado, y Jude rozó el casco con las puntas de los dedos. Él se detuvo, se llevó las manos a las caderas y soltó un suspiro. Pareció como si estuviera diciendo « Por favor », a lo cual ella negó con la cabeza. Luego los ojos de Adriana se posaron en mí antes de darse unos golpecitos en un lado de la cara con una garra... con un dedo, quiero decir. Esperó y se aseguró de que yo miraba. Y, maldita sea, claro que estaba mirando.

Así que cuando Jude se inclinó y le dio un leve beso en la mejilla, Adriana pudo ver como yo me ponía del tono morado que sabía que me estaba poniendo. Ella bajó el casco y se lo devolvió, pero no sin antes mirarme alzando una ceja y esbozar una sonrisa de victoria.

—¿Quién es esa bruja? —dijo Holly, y sonaba tan furiosa como me sentía yo.

Cuando Adriana se volvió para reunirse con el resto de sus Hermanas del Alma, le atravesé la espalda con la mirada. Y entonces planeé mi venganza.

—La Barbie Animadora —contesté echando humo—. En breve, Barbie Cadáver.

Capítulo

5

—Ponte esto —me ordenó Holly al tiempo que tiraba una bola de tela roja hacia mí.

La cogí antes de que se abriera como un paracaídas en mi cara, y la sostuve delante de mí. Era un vestido elegante, hasta la rodilla y sin tirantes.

—¿Por qué? —pregunté. Para la mayor parte de la población masculina eso se consideraba sexy. En mi mundo, se consideraba vulgar.

—Porque vas a darle una paliza a la fulana esa de Adriana en su propio campo —se burló, desdoblando un vestido blanco sin espalda que era bastante más corto que el que acababa de tirarme.

—Adriana fulana —repetí mientras me quitaba la sudadera de Jude—. Es pegadizo.

—Eso es porque sus antepasadas inspiraron el término.

Me reí por lo bajo mientras me quitaba los vaqueros de pitillo, contenta de que Holly estuviera ahí. Solo le había faltado sostenerme la mano el resto del partido (que, por supuesto, ganó el Siracusa, gracias a que cierto quarterback había hecho un total de siete pases hasta la zona final). Entre perforar la espalda de Adriana y gritar todo lo que me permitían mis pulmones tras cada pase, estaba completamente agotada. Y hecha prácticamente una ruina.

—¿Qué hora es? —pregunté mientras Holly le enviaba un mensaje a alguien.

—Hora de que metas el culo en ese vestido y le enseñes a la fulana de Adriana que la venganza es un plato que se sirve con guarnición de Lucy.

Suspiré.

—Solo date prisa, ¿vale? La calle ya está llena de coches, y el equipo va a aparecer pronto. Tienes que estar abajo cuando Jude llegue pavoneándose, porque vas a ser lo único que vea —añadió Holly, mientras se quitaba la ropa y se ponía el vestido blanco.

Por tradición, las fiestas tras los partidos en casa se celebraban en casa de Jude. Nunca faltaban mujeres ni alcohol, y las inhibiciones siempre escaseaban, así que la noche salvaje estaba asegurada. Durante la última fiesta, Jude y yo nos escondimos en su cuarto oscuro, y nos enrollamos sin parar. Estaría más que contenta con repetir la actuación esa noche.

Holly se ató el vestido a la nuca y se puso a rebuscar en el neceser de su

maquillaje. Cogió varios tubos e hizo ademán de acercarse a mí, blandiéndolos como si fuesen armas.

—Estate quieta —me ordenó al tiempo que le retiraba el tapón al lápiz de ojos negro.

—¿Me vas a obligar? —le espeté, pese a saber que discutir con Holly era inútil.

—No lo dudes.

Cedí, cerré los ojos y dejé que se saliera con la suya. La chica me hizo la raya del ojo, me aplicó rímel y me pintó los labios en menos de un minuto. Tenía un don.

—¿Qué número de zapatos usas? —me preguntó, y regresó corriendo a su maleta mientras yo juntaba los labios.

—El treinta y ocho.

—Perfecto. —Tiró de un par de zapatos de salón negros de piel de su bolsa y los dejó caer en el suelo.

Traté de meter mi pie dentro de uno de ellos... Imposible. Una mirada rápida al número confirmó por qué.

—Son un treinta y seis —dije, y me pregunté qué sería mejor: mis botas o ir descalza.

—¿Y? —replicó ella, mientras se aplicaba brillo rosa en los labios.

¿De verdad no me explicaba?

—Pues... que son dos números más pequeños. —Obvio.

—Para presumir hay que sufrir, monada —replicó ella, al tiempo que extraía un par de sandalias plateadas de tacón de la bolsa y se las ponía—. Ponte esos zapatos supersexys y apáñatelas.

—¿Para qué discutir? —pregunté. Conseguí meter el pie derecho en el diminuto zapato con una mueca de dolor, rezando por que llevarlos unas horas esa noche no me afectara al bailar durante las semanas siguientes.

—Podrías —dijo, echando la cabeza hacia delante y peinándose las raíces—, pero sería una pérdida de tiempo.

—Me lo imaginaba —mascullé, y respiré hondo antes de intentar meter el otro pie en el instrumento de tortura correspondiente.

—Vale, deja que te mire. —Se puso un pendiente. Me examinó, como un pintor contemplaría su obra maestra, y una sonrisa se extendió lentamente por su rostro—. Quitate la ropa interior.

—¿Qué? —Nunca estaba preparada para lo que podía salir de la boca de Holly—. ¡No!

—Que. Te. La. Quites —insistió.

—Quítatela tú —repliqué, consciente de que sonaba como una niña.

Su sonrisa se ensanchó.

—Ya lo he hecho, cariño.

Un escalofrío. Demasiada información.

—Holly —dije—, no pienso quitarme la ropa interior. Y se acabó.

—Oh, sí, vas a hacerlo —repuso ella—. Y se acabó.

Abrí la boca, pero no salió nada. No estaba segura de que un argumento lógico fuera a surtir efecto frente a su demencia.

—Lucy, si quieres restregar la carita perfecta de Adriana Vix por su propia mierda, tienes que tener tantos trucos en el sombrero como ella. Conozco a las de su clase, y juegan sucio. Son unas zorritas incansables.

Se me acercó taconeando con fuerza, con los puños en las caderas.

—Truco número uno: tu numerito del vestido sexy —empezó, agitando las manos por mi cuerpo—. Truco número dos: vas a regalarle a Jude un par de miradas seductoras de lento pestañeo cada vez que mire en tu dirección. Número tres: te mostrarás amable y halagada cuando los tíos hagan cola a tu alrededor. Eso lo volverá loco. —Holly no debía de conocer a Jude tan bien como ella creía si estaba lo bastante loca como para creer que algún tío en todo el estado se me arrimaría con él en la misma habitación—. Y truco número cuatro —movió las cejas de forma sugerente—: si Adriana se acerca a un metro de él, discretamente deslizas tus bragas en la mano de Jude y te marchas.

Para ser una loca de atar, sus palabras tenían mucho sentido.

Holly esperó a que asimilase todo aquello. Finalmente acepté que cualquier plan era mejor que no tener plan. Me remangué el vestido y me bajé las bragas. Gracias a alguien ahí arriba me había puesto unas de encaje que iban a hacer que Jude se subiese por las paredes.

Hice una bola con ellas y la sostuve en mi puño delante de Holly.

—¿Y dónde se supone que voy a llevarlas mientras espero el momento perfecto para deslizarlas en su mano?

Al parecer Holly no lo tenía todo calculado.

Puso los ojos en blanco, me las cogió y me las metió en el escote.

—Ahí —dijo, dándome unas palmaditas en las tetas—. Ya estás lista.

—Me alegro tanto de que estés aquí, Holly... —Me pasé los dedos por el pelo y traté de hacer esa cosa que hacía ella tan a menudo para peinarme—. Para volverme paranoica con que Adriana Vix está a punto de robarme el novio.

—Eso no es lo que estoy diciendo, Luce Larson —aclaró, con aire ofendido—. Sé lo que Jude siente por ti. Esa locura de amor es profunda, nena. Él no se va a ir a ninguna parte. —Abrió la puerta y me hizo un gesto para que saliera—. No es él quien me preocupa. Es esa fulana de Adriana. Esa estirpe de mujeres han hecho un arte de manipular a los hombres antes de que ellos lo vean venir siquiera. Son peligrosas, así que cuanto antes le enseñes que no va a poner sus garras en tu chico, antes podrá avanzar hasta la siguiente pareja que quiera destrozarte.

Respiré hondo.

—Vale, hagámoslo.

—¡Eso es! —contestó, y me dio una palmada en el trasero cuando pasé por delante de ella—. Ahora vamos a por el rock and roll.

La música empezó a sonar a todo volumen cuando cruzábamos el vestíbulo, un tema de hip hop punzante que hacía que vibrara el suelo.

—Sé que tienes una vena de diva dentro, Lucy —me aseguró Holly cuando giramos hacia las escaleras—. Esta noche necesito que liberes a esa diva. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo. —Escudriñé el salón, que ya sobrepasaba su capacidad máxima, y el equipo de fútbol ni siquiera había llegado todavía.

Nos abrimos paso entre la aglomeración de cuerpos y comprobé que el cambio de *look* improvisado por Holly tenía el efecto deseado. Todos los chicos en un radio de tres metros se volvían para vernos pasar.

—¡Eh, gilipollas! —gritó Holly detrás de mí—. ¡Las manos quietas si no quieres que te las corte mientras duermes!

El infractor levantó las manos y retrocedió.

Bueno, quizá había sido demasiado efectivo.

—¡Aquí está bien! —chilló ella por encima de la música, al tiempo que se detenía en seco—. Serás lo primero que Jude vea cuando entre por la puerta.

—Tienes todas las bases cubiertas —contesté, y me dije a mí misma que el tío que tenía al lado no se estaba frotando conmigo a propósito.

—Ubicación, ubicación, ubicación —repitió Holly mientras me alisaba el vestido hacia abajo antes de empujarme las tetas hacia arriba.

El tipo que había detrás de Holly se quedó con la boca abierta.

—Para —le exigí, ahuyentando sus manos.

—Vale —dijo, y les dio un último empujoncito—. Solo recuerda: el no va más de las divas.

Asentí.

«Diva, diva, diva. Piensa como una diva; actúa como una diva. Diva es un estado mental». Mis mantras mentales no estaban siendo de ayuda, así que decidí poner en práctica parte de la teoría de Holly.

Me volví hacia el tío que seguía fingiendo que no se rozaba conmigo, logré esbozar media sonrisa y alcé la vista a través de las pestañas.

—Qué calor hace aquí dentro... —dije con lentitud, arrastrando ligeramente las palabras.

Los ojos del Chico del Rocé se abrieron como platos; casi podía ver como se le aceleraba el pulso en el cuello.

—Sí que hace calor —respondió, se acercó un poco más y apoyó una mano en mi costado.

—Me vendría bien algo para refrescarme. —Me acaricié el brazo con la mano, como si estuviera alisando una carne de gallina inexistente.

Sus ojos parecían divididos entre mirar mis dedos acariciando mi piel o centrarse fijamente en mi escote.

Se humedeció los labios y se acercó un poco más. Lo suficiente como para darme cuenta de que... ejem, había alcanzado mi objetivo.

—Creo que acepto el reto —contestó, y su boca se curvó hacia arriba en ambas comisuras.

—Eh, Señor Sobreexcitado —intervino Holly—, se refiere a algo de beber. Algo frío.

El chico sacudió la cabeza, se aclaró la garganta y retrocedió.

—Ah, sí —respondió—. Claro. Voy. —Lanzó una mirada anhelante en mi dirección y comenzó a abrirse paso entre la multitud, rumbo a la cocina.

—Sabes que no debes beber nada que te traiga, ¿verdad? —me preguntó Holly mientras lo veíamos embarcarse en su cruzada de un solo hombre.

—Obviamente —repuse—. ¿Qué tal me va como diva?

—Tienes un talento natural. —Me dio un codazo—. Sigue trabajando así.

La música cesó de forma abrupta, y el silencio reinó en la sala durante unos segundos, antes de que las primeras notas de «Eye of the Tiger» estallaran por los altavoces. Todos clamaban a los vencedores: el equipo había llegado. Si la canción no les había delatado, los cánticos que habían empezado fuera se encargaron de hacerlo.

—Que empiece el espectáculo —dijo Holly, con otro codazo.

—¿Puedes dejar de darme con el codo? —le susurré—. Mañana, para cuando te vayas, voy a parecer un dálmeta de color púrpura.

—Oh, échale un par —murmuró, concentrada en la puerta—. Diva —añadió.

—Bicho...

—Venga, va —me espetó con el rostro impávido, y volvió a darme con el codo.

Esa vez esquivé su codito huesudo.

El kicker, Kurt o Kirk, fue el primero en entrar por la puerta, con una de las animadoras —sin duda su Hermama del Alma— colgada del brazo. Justo detrás del kicker cuyo nombre empezaba por K, entró Tony; una rubia pequeña daba saltitos a su lado.

Los jugadores nunca habían llegado así; Jude normalmente se limitaba a entrar disparado, gritando alguna obscenidad, antes de venir directamente hacia mí y buscar un lugar tranquilo donde pudiéramos estar a solas.

Sabía exactamente quién y qué era responsable del cambio. El quién era Adriana Vix. Y el qué, su sucio plan para deshacerse de mí.

—Muy bien, Lucy, a tu puesto —dijo Holly, arrastrándome junto a la puerta—. Esta muñeca va a salir por la puerta directa a ganar.

—Ni en broma —repuse, negando con la cabeza mientras proseguía el desfile. Podía esperar sentada a que apareciera Jude; sabía que Adriana se estaba

guardando su entrada para el gran final.

—Ven, apoya la cadera aquí —me ordenó Holly, al tiempo que me empujaba de lado hasta que me choqué contra una mesa de centro bastante destartalada. De pie delante de mí, me colocó la cadera donde quería, luego me cogió la mano—. La mano en la cadera, los pies cruzados a la altura de los tobillos. —Su mirada encontró la mía con una seriedad inquebrantable—. Cuando Jude entre y pose sus ojos en ti, quiero que los tuyos sean pura inocencia. Y quiero que abras la boca solo un poco, como durante un orgasmo. ¿Lo entiendes?

—Creo... —respondí, porque no había tiempo para aclaraciones. Podía ver la coronilla de Jude subiendo por las escaleras de la entrada. Una cabeza de cabello oscuro y brillante subía y bajaba unos centímetros por debajo.

—Pon un clavo en su ataúd —me ordenó Holly, golpeándose la palma de la mano con el puño antes de desaparecer entre la multitud.

Pese a que Jude quedaba parcialmente oculto por una masa de cuerpos, a medida que avanzaba por la habitación se me aceleró el pulso. Incluso con esa cosa pegada al brazo, con solo verle me temblaron las piernas.

Como era de esperar, Adriana resplandecía como si estuviese cruzando el escenario de Miss América. En serio, como no aflojase el antebrazo de Jude, pensaba hacerla llorar. Entró en la habitación pavoneándose como si ella fuese la atracción principal, saludando a la multitud con la mano. Llevaba un sencillo vestido corto turquesa que hacía que su piel bronceada brillara.

La multitud cantaba: « Ry-der, Ry-der, Ry-der », y mi corazón latía dos veces por cada sílaba. Se había cambiado el uniforme por una camiseta ceñida con cuello de pico y unos vaqueros oscuros a la altura de las caderas que terminaban en sus gastadas Converse.

Llevábamos casi un año juntos, yendo y viniendo, y aún conseguía hacer que me desmayara con solo mirarle. Todavía no había descubierto qué veía él en mí, pero mi plan era actuar como si lo supiera. Esperaba convertirme algún día en la chica que Jude merecía.

Mientras Jude y Adriana se abrían paso a través de la multitud, esta empezó a abrirse hasta mí, apoyada contra la maltrecha mesa, con la mano en la cadera, los ojos y la boca listos para seguir órdenes. Holly no podía haberme colocado en un lugar mejor.

Adriana me vio primero, y su rostro se contrajo en una mueca al tiempo que su mano se hundía un poco más en los músculos de Jude.

Pero yo no me aparté del plan —resistí la necesidad de abofetearla—, y mi fuerza de voluntad valió la pena. La mirada de Jude no solo se dirigió a mí. Detuvo sus pasos; ni siquiera pestañeó.

—Uau —exclamó moviendo los labios, al tiempo que recorría mi cuerpo con los ojos.

Yo abrí los ojos un poco más y parpadeé lentamente, proyectando toda la

inocencia que era capaz. Entonces, mordiéndome el labio de forma sugerente, abrí la boca lo justo para que, con suerte, Holly estuviera orgullosa.

Puede que Jude diera un traspie. Adriana arrugó el entrecejo todavía más.

Le debía una a Holly. Una de las gordas.

Jude logró deshacerse de la tenaza letal de Adriana y empezó a cruzar la habitación en mi dirección. Adriana se llevó las manos a las caderas con fuerza, con el aspecto de estar a un segundo de explotar. Preciosa.

Aún más guapo estaba el chico que me sonreía mientras se abría paso a empujones entre el resto de la multitud, moviéndose tan rápido como podía. Cuando llegó a mí, sus ojos eran tan grandes como los de Bambi.

—Joder, Luce —dijo, como si le faltara el aliento, y me inspeccionó una vez más con el nerviosismo y la anticipación de quien desenvuelve un regalo.

Yo no tenía palabras para él. Apoyé las manos en sus hombros y me apreté contra él. Su boca se abrió de la sorpresa. Gracias a los tacones no tuve que ponerme de puntillas cuando presioné mi boca contra la suya como si lo único que nos quedase fuese ese instante.

Tras un momento de estupefacción, sus manos descendieron hasta mis caderas, agarrándolas con una urgencia que hizo que se me tensaran los músculos de los muslos. La multitud había empezado a silbar ante nuestra muestra de afecto en público de verdad, y cuando la mano de Jude se deslizó hacia abajo y a los lados unos centímetros, hundiéndose en la carne de mi trasero, empezaron a gritar de alegría.

Yo le recorrí el cuello con las manos hasta acunar su rostro. Alcé la vista hasta esos ojos hambrientos, sintiendo el calor de su aliento sobre mí.

—Buen partido.

Capítulo

6

—Más te vale no estar mirando lo que creo que estás mirando, Kurt —le advirtió Jude al reaparecer con un par de cervezas en la mano. Había aclarado el misterio del nombre del kicker definitivamente.

—Para nada —repuso Kurt, que inclinó su cerveza hacia mí antes de desaparecer entre la gente.

—Para todo —murmuró Jude, y me dio una de las cervezas antes de apoyar su mano en mi costado—. Aunque tampoco puedo culparle.

Entrechoqué mi botella con la suya y di un trago.

—Pero ¿le darás una patada en el culo si vuelve a hacerlo? —interpreté.

—Mierda, claro —replicó, y me acarició el cuello con la nariz antes de depositar un reguero de besos en él. Casi se me cae la resbaladiza botella de cristal de las manos—. Eso también va por ti, Denoza —añadió, mirando de reojo a uno de sus compañeros de equipo mientras su boca continuaba humedeciendo la piel de mi clavícula—. Y lo primero que haré será arrancarte los ojos, mirón.

—Lo siento, Ryder. Lo siento, Luce —dijo Denoza, avergonzado—. ¿Qué puedo decir? Tu chica está hecha para que la miren.

—Es verdad —replicó Jude, ocultándome de Denoza por completo—. Para que yo la mire.

Denoza alzó las manos con gesto de rendición.

—Si no hay daño no es falta, tío —dijo, antes de poner la vista en una chica despatarrada en las escaleras.

—No para mí —masculló Jude a sus espaldas, antes de volverse—. Vas a conseguir que me maten, Luce. —Su boca se retorció cuando me echó otra ojeada—. Soy un cabrón duro, y puedo deshacerme de cada uno de estos tíos en una pelea, pero creo que podrían conmigo si me atacaran todos de golpe.

—¿Voy a cambiarme? —sugerí, dando un paso hacia las escaleras.

—Mierda, no. —Jude me cogió de la mano y tiró de mí—. Solo me gustaría que fuese una fiesta para dos y pudiese disfrutar de ti y yo solo.

Levanté los brazos, le rodeé el cuello y empecé a balancearme al ritmo de nuestros propios latidos.

—Estamos tú y yo solos, cariño —dije, y apoyé la cabeza en su pecho, cerrando los ojos cuando sus brazos me rodearon. La música no era la apropiada,

la gente no era la apropiada, pero todo en el modo en que Jude me sostenía era perfecto.

Ni un minuto después, la música se cortó con un chirrido. Jude y yo seguimos balanceándonos en silencio.

—A ver, todos —arrulló una voz familiar por un micrófono—. Ha llegado la hora de jugar a un nuevo juego posfiesta que seguro que se convierte en vuestro favorito.

Y yo que creí que llevábamos toda la noche jugando.

Suspiré y levanté la cabeza del pecho de Jude para ver qué guardaba ahora la fulana bajo la manga.

—Como todo el mundo sabe, a principios de año a los jugadores se les asigna una Hermana del Alma. —Puse los ojos en blanco cuando la pandilla de Adriana se reunió a su alrededor, animándola—. Nuestro objetivo es hacer sus vidas más fáciles ¡para que ellos puedan concentrarse en patear culos cada sábado!

Un rugido estalló en la habitación.

—Pero un chico también tiene que pasarlo bien, ¿no?

Las cejas de Adriana se alzaron de forma sugerente cuando el ruido alcanzó un nivel ensordecedor.

—Así que esta noche señala el comienzo de una nueva tradición de las Hermanas del Alma.

Extendió el brazo que había mantenido a la espalda para revelar una botella llena de vodka. Otra explosión de vítores. Para una chica guapa que sostenía una botella de licor.

Deprimente.

—No solo os hacemos la colada y os preparamos bizcochos, ¡también vamos a ponerlos como cubas! —Adriana esperó a que la multitud guardara silencio antes de continuar. Se me revolvió el estómago antes incluso de que pusiera los ojos en Jude. Lo cual hizo—. Cada Hermana del Alma servirá un chupito al jugador que tiene asignado, empezando por el quarterback.

Sí, era justo lo que estaba esperando. Adriana solo estaba utilizando esa pobre excusa del juego y el «espíritu de equipo» para separarnos a Jude y a mí. Por desgracia, Holly había acertado en sus predicciones acerca de los «trucos bajo su manga».

—¡Ese eres tú, Jude Ryder! —gritó Adriana por el micro, moviendo la botella hacia él.

Jude gimíó y me miró. Pero antes de que pudiera decir nada, un puñado de sus compañeros de equipo empezaron a empujarle hacia la parte delantera de la habitación.

—A la cita de Jude de esta noche: no te preocupes, te lo devolveremos —continuó Adriana, sonriéndome con malicia. Me habría gustado quitarle de una bofetada esa sonrisa engreída de la cara. Un movimiento hábil, referirse a mí

como nada más que « la cita de Jude» —. Bueno, eso sí él quiere volver después de jugar a nuestro juego.

Un par de tíos cerca echaron la cabeza hacia atrás y pitaron y aullaron. Taylor siempre había tenido razón; el hombre venía del mono de verdad.

Tras empujar a Jude junto a Adriana, los jugadores volvieron a mezclarse entre la multitud para que todo el mundo pudiera ver lo que estaba ocurriendo en el centro de atención. No me gustó lo cerca que estaba Jude de Adriana, ni ver lo parecidos que eran en estatura. Encajarían perfectamente. No sé cómo mi mente llegó a eso, pero la imagen de Jude afirmándose por encima de Adriana mientras la besaba me produjo náuseas.

—Esto funciona así —empezó Adriana, dirigiéndose a Jude, que se frotaba la nuca y parecía en modo « ciervo delante de los faros» —. Vaso de chupito. — Alzó un vaso pequeño—. Alcohol —continuó, vertiendo el líquido claro hasta el borde. Luego, tras entregar la botella a una de sus compañeras animadoras, levantó el dedo índice hacia la multitud, que se miraban unos a otros como diciendo « Vaya tela» .

Se bajó la parte superior del vestido unos centímetros, y hundió el vaso de chupito en su escote, a la profundidad de un cráter.

—Disfruta —le indicó—. No vale usar las manos.

Una mierda.

El resto de los chicos se habían convertido en un solo ser conectado, alzando los brazos en el aire y jaleando al unísono.

Adriana se lo creyó, y logró hacer una leve reverencia sin derramar una gota antes de desviar la vista hacia mí.

—¿A qué estás esperando, Jude? —preguntó, mirándome directamente a los ojos entrecerrados—. Bebe.

—¿Qué haces ahí parada como una tonta, tonta? —susurró Holly a mi lado al tiempo que me empujaba a la parte delantera de la habitación. Metió su mano en mi vestido un segundo, y luego depositó mis bragas en mi mano con brusquedad —. Vete a darle una paliza a esa fulana en su propio terreno.

Necesité un firme empujón más por parte de Holly, pero luego salí de mi estupor y avancé a la carga. Empujando entre los cuerpos que gritaban « Ryder» y alzaban los puños al aire, hice una bola con mis bragas y cerré mi mano, observando a Jude, que me observaba a mí. Contaba con su atención, probablemente porque le preocupaba que alguno de sus compañeros de equipo me mirara con malos ojos. En ese momento, aceptaría su atención independientemente de cómo la obtuviera.

—Tu chupito se está calentando —dijo Adriana al micro, sacudiendo su pecho levemente. Esa vez, el líquido salpicó y se derramó por su vestido.

Me apretujé junto al último armatoste de hombre que me separaba de Jude y rocé a mi quarterback al pasar por su lado. Doblé mi meñique alrededor del

suyo, esperando que abriera la mano. En cuanto lo hizo, deslicé el tanga de encaje en sus manos, arqueé una ceja y continué avanzando.

Me alejé de Jude, que se encontraba de pie junto a Adriana, cuando su equipo y la habitación entera esperaban que liberase un chupito de vodka de las Tetas de Atracciones. Yo estaba en modo hiperventilación. Pero no podía volverme. Tenía que confiar en la sabiduría como devorahombres de Holly. Recé por que supiera lo que hacía.

La multitud se dispersaba un poco cerca del vestíbulo, y apenas había algunos rezagados cuando entré en el baño al otro lado. Cerré la puerta detrás de mí, me agarré al lavabo y me concentré en mi respiración.

Antes de que hubiera exhalado por primera vez, la puerta se abrió con un crujido. Levanté la vista en el espejo, y una sonrisa se abrió paso en mi rostro cuando vi la expresión de desconcierto de Jude, que me devolvía la mirada.

—Creo que has perdido algo —dijo en voz baja, levantando su mano y dejando que mi ropa interior se balancease en su dedo.

Mi sonrisa se ensanchó aún más, hasta que me dolió.

—Parece que lo ha encontrado la persona adecuada.

Jude entró en el baño y cerró la puerta. El espacio era pequeño, y eso siendo generosa. Con los dos apretujados dentro, yo tenía el trasero medio apoyado en la encimera del lavamanos y la espalda de Jude quedaba apretada contra la mampara de la ducha.

—Entonces ¿esto significa que...? —dijo, bajando la vista por mi cuerpo y deteniéndose en mis caderas. Sentí que se me contraían todos los músculos, y que luego se distendían.

—¿Por qué no lo averiguas tú mismo? —susurré, respiraba de forma entrecortada.

Sus ojos permanecieron fijos por debajo de mi ombligo mientras una sonrisa reptaba por su rostro.

—Encantado... —contestó, con la voz ronca y profunda.

Jude se abalanzó sobre mí, levantándose sobre la encimera al mismo tiempo. Su boca cubrió la mía, introdujo la lengua por la fuerza en su interior y recorrió cada centímetro de la misma. Me sentí tan abrumada, que me golpeé la cabeza contra el espejo al intentar seguirle el ritmo.

Justo en medio de nuestro beso, Jude se apartó repentinamente. Me evaluó sentada en la encimera, jadeando como si hubiese corrido un kilómetro y medio en dos minutos. Bajó la vista al espacio estrecho entre mis piernas y su frente se arrugó como si estuviese intentando dar con la respuesta a la pregunta más complicada del mundo. Me cogió por la cintura y me deslizó hasta el borde de la encimera. Colocó su mano en la parte interna de una de mis rodillas y la empujó a un lado. Hizo lo mismo con la otra y se colocó entre mis piernas.

Agarró el dobladillo de mi vestido con ambas manos y lo subió lentamente,

mientras sus pulgares me acariciaban la sensible piel de la parte interna de los muslos. Se me aceleró el corazón.

Y aún no me había tocado ahí.

Sus dedos tiraron del vestido un poco más, y luego más todavía. Los ojos de Jude no se apartaron de los míos en ningún momento. Como si quisiese ver cada reacción en mi cara a medida que me tocaba.

Lo subió una vez más y me dejó el vestido a la altura del ombligo. Mi cuerpo anhelaba una liberación, palpitando con mayor intensidad de lo que lo había hecho nunca.

El pulgar de Jude recorrió el resto de la parte interna de mi muslo. Cuando lo retiró, estuve a punto de gemir en voz alta. Y entonces, cuando volvió a acariciarme, unos centímetros por encima, donde la palpitación era mayor, grité. Me agarré al borde de la encimera y me obligué a seguir mirando esos ojos que se oscurecían.

—Maldita sea —jadeé, con voz ronca y gutural.

Yo no era capaz de hablar, estaba más allá de las palabras.

Jude suprimió el espacio que nos separaba y me besó en la comisura de la boca.

—Te quiero —susurró a mi oído, justo antes de que su pulgar comenzara a moverse de nuevo en círculos lentos.

Dejé caer la cabeza hacia atrás, golpeándome con el espejo una vez más, pero el dolor sordo resultó agradable comparado con la presión aguda que se iba abriendo paso por mi cuerpo en oleadas.

Empecé a respirar de forma entrecortada cuando todo se tensó. Estaba tan cerca.

—Te quiero tanto, Luce... —dijo Jude entre besos. Y su boca pasó a explorar mi garganta.

Y eso era todo lo que necesitaba. Hundí los dedos en su espalda y mi cuerpo se estremeció contra el suyo.

Cuando se me aflojaron los músculos, me combé hacia él todavía más. Conseguí inhalar pese a que respiraba con dificultad. Podía sentir su sonrisa contra mi piel.

Joder. Sabía que mi cuerpo seguía intacto, pero unos momentos antes daba la impresión de estar desmoronándose desde el centro mismo. No podía calmar mi respiración, y todavía me temblaban las piernas mientras Jude continuaba chupándome el hombro.

Justo cuando dejaba caer la cabeza atrás de nuevo, la puerta del baño se abrió con fuerza, golpeando a Jude.

—Uy, creo que mejor te buscamos otro lavabo. —Holly miró por encima del hombro de Adriana y me lanzó una rápida sonrisa de conspiradora. Adriana asimiló la escena, a mí en la encimera, con las piernas alrededor de Jude, a él

depositando un reguero de besos en mi piel. Se le saltaron las lágrimas (no eran las primeras de la noche, al parecer) de los ojos enrojecidos—. Este está... ocupado —añadió Holly y me guiñó el ojo antes de estirar a Adriana del codo.

Pero antes de que Adriana retrocediera, sus ojos se encontraron con los míos. Las comisuras de mis labios se curvaron, todavía tenía los labios abiertos de respirar de forma entrecortada. Le sostuve la mirada, curvé los dedos en la espalda de Jude, y arqueé el cuello un poco más para proporcionarle mejor acceso. No tuve que articular una sola palabra para que Adriana captara el mensaje. Estaba claro como el agua.

Jude era mío.

Solo cuando la puerta volvió a cerrarse la boca de Jude paró un poco. Me dio un último mordisco en el omóplato y levantó la cabeza. Su expresión fue de petulante y feliz al comprobar el efecto que había ejercido en mí.

—Supongo que se ha imaginado qué había « surgido » cuando la he dejado plantada con un chupito entre las tetas —dijo, al tiempo que se agarraba a la encimera con las manos por fuera de mis piernas.

—Supongo —respondí, deslizándome por el borde del lavabo, ya que noté que se me estaba durmiendo la parte de atrás de los muslos. Mala idea. Porque nada estaba saliendo como se suponía, y me caí. Los brazos de Jude me sujetaron con firmeza.

» Parece que se lo he enseñado —añadí, y me cogí a los brazos de Jude mientras recuperaba la sensibilidad en las piernas.

Sus cejas se convirtieron en una sola.

—¿Enseñarle qué?

—Que más le vale mantener las manos y la vista lejos de mi novio —repliqué. Aún tenía la mente nublada.

Las cejas de Jude se tensaron aún más por un momento antes de que todo su rostro se alisara.

—De eso va todo esto —dijo bajando la vista hasta mi vestido, que seguía arremangado hasta mi cintura—, ¿no? Toda esta noche ha sido sobre Adriana. No sobre mí.

Oh, oh. No debería haber dicho nada.

—No, esto ha sido por ti —repuse, y tiré rápidamente hacia abajo de mi vestido.

—No me mientas, Luce —me espetó, tensando los músculos de la mandíbula—. Todo: el vestido, las sonrisitas y la caída de ojos, el tanga, el orgasmo flipante en el baño cuando ha entrado Adriana, seguida, qué « coincidencia », de Holly... era solo el juego de una novia celosa.

—No. Lo del baño ha sido una sorpresa enorme, espontánea y alucinante —repliqué—. Al menos hasta ahora. No hay nada de alucinante en que mi novio me llame novia celosa y mentirosa.

—Entonces, esto no estaba planeado —dijo, señalando con el índice alrededor del cuarto—, pero todo lo demás sí. Y seguro que no te ha importado que Adriana nos viera aquí.

¿Por qué se estaba comportando así? Jude rara vez me levantaba la voz; a los demás, claro, pero no a mí. Y el hecho de que ahora lo estuviese haciendo por Adriana, me hacía sentirme dolida además de triste.

—Si es lo que hace falta, que te vea conmigo encima de todas las superficies de porcelana del maldito estado, ¡entonces sí! ¡Decididamente no me importa! —Genial. Ahora yo estaba gritando.

Se apartó de mí todo lo que el baño permitía. El duro contraste entre el momento íntimo que acabábamos de compartir y el hecho de que entonces quisiera separarse de mí todo lo posible hizo que me doliera el corazón.

—Así que todavía, después de todo, después de todo este tiempo... —Hizo una pausa e inhaló por la nariz como un toro listo para salir a la carga—, ¿sigues sin confiar en mí?

Esperó mi respuesta, pero yo todavía no tenía una. Su pregunta me desconcertó, no era lo que esperaba en absoluto. ¿Se trataba de eso? ¿No confiaba en él? Mi respuesta instintiva era « Por supuesto que lo hago », pero entonces ¿por qué me había estado comportando como una novia loca y paranoica? Si confiase en Jude, ¿importaría que todas las Adrianas del mundo se abalanzaran sobre él?

No quería reconocer mi respuesta a esa pregunta. Ni siquiera ante mí misma.

—Sí —dijo, se volvió hacia la puerta y la abrió—, eso pensaba. —Miró atrás—. Toma, ya puedes quedártelas. —Me tiró la ropa interior—. Bien jugado. Me alegro de haber podido ser una marioneta en tu pequeño juego.

—¡Jude! —le llamé.

—¡Déjame en paz, Lucy! —me gritó mientras desaparecía por el vestíbulo.

Solo me llamaba Lucy cuando estaba herido o enfadado. Imaginé que en ese momento estaba las dos cosas, y mucho. Pero lo de que le dejase en paz no iba a ocurrir.

No cuando sabía que había un par de brazos acechando a la vuelta de la esquina, más que felices de hacerse cargo.

Capítulo

7

El único tiempo que perdí fueron los treinta segundos que tardé en volver a ponerme la ropa interior. Crucé el vestíbulo a toda prisa y eché un vistazo rápido a la planta principal. Miré en la habitación atestada de gente y no lo vi. Si no estaba a plena vista... Se me retorció el estómago cuando me pregunté quién le estaba consolando y dónde se habían escondido.

Subí las escaleras y corrí por el pasillo hasta la habitación de Jude. Resultaba irracional pensar que Adriana ya le hubiese puesto las garras encima a Jude — hasta cierto punto, lo sabía—, pero no había forma de parar mi mente desbocada.

No llamé antes de entrar como un vendaval en su habitación, aunque no estaba segura de querer ver lo que encontraría dentro. Suspiré de alivio cuando descubrí que se hallaba oscura y vacía. Justo cuando estaba a punto de marcharme a buscar en otra parte, advertí una figura acurrucada en el suelo junto a la cama.

Tenia los codos apoyados en las piernas dobladas, la cabeza colgando inerte entre ellos. Parecía destrozado. ¿Qué le había hecho?

Cerré la puerta detrás de mí y atravesé la habitación.

—¿Jude?

—Vete, Luce —dijo, tan bajo que fue casi un susurro.

—No —reliqué, y rodeé la cama para acercarme a él.

—Vete —repitió, cruzando los dedos detrás de la nuca.

Nunca me había dirigido esas palabras. Nunca. Y acababa de escucharlas dos veces en menos de cinco minutos.

Me quité los zapatos de una patada y me dejé caer junto a él en el suelo.

—No —insistí—. Tú estás cabreado conmigo, y yo estoy cabreada contigo. Afrontémoslo.

—Sí, yo estoy muy cabreado contigo. —Miraba al suelo—. Pero tengo una buena razón. ¿Por qué demonios estás tú cabreada conmigo?

Abrí la boca para contestar.

—Y más vale que tu respuesta no contenga el nombre de Adriana.

No me gustó el modo en que sonaba su nombre en sus labios.

—Claro que mi respuesta contiene su nombre.

Jude negó con la cabeza.

—Entonces estás cabreada conmigo por Adriana —concluyó, sin ocultar su sarcasmo—. Una chica a la que ni siquiera he tocado o mirado de un modo incorrecto. Genial. Mierda, Luce, eso tiene muchísimo sentido.

Noté como se avivaba mi ira.

—No te hagas el tonto. Como si no supieras que ella te dejaría tocarla todo lo que te diese la gana.

Jude se rió de mí.

—Sí, bueno, solo para que lo sepas, no son pocas las chicas que me dejarían hacer con ellas lo que me diese la real gana. Tienes que saber que las Adrianas no escasean en el mundo precisamente, Luce. —Hizo una pausa mientras yo trataba de calcular mentalmente el número de mujeres que se abalanzarían sobre Jude cualquier noche de la semana—. Pero ¿sabes qué me hace decir que no cada vez que ocurre? ¿Por qué ni siquiera veo a esas otras chicas y sus juegos para llamar la atención? —No esperó a que le contestara—. Puede que no escaseen las Adrianas, pero solo hay una Luce. Y tú eres la persona con la que quiero estar.

Estaba diciendo todo lo que tenía que decir y, sinceramente, no me había dado una sola razón para dudar de él desde que pensé que el bebé de Holly era suyo, pero no estaba preparada para ceder. No después de toda la mierda que me había echado Adriana encima a lo largo de todo el día.

—Permites que te lave la ropa, Jude —comencé, casi deseando tener cabeza para callarme cuando lo necesitaba—. Te limpia la habitación. Entras con ella del brazo en una maldita habitación en la que hay cientos de personas mirando. —Me dejé llevar—. Acaricia tu ropa interior limpia y planchada. ¡Maldita sea, Jude!

Le estaba echando la culpa de todo a él. Todo lo que había ido acumulando a lo largo del día, cuando habría sido más constructivo encontrar una pista de baile y competir duramente.

Volvió la cabeza hacia mí, y sus ojos, ya fuera por la oscuridad de la habitación o por su color real, parecían negros.

—¿No has oído lo que te acabo de decir? —Apretó los dientes—. ¿Te has perdido el momento en que te confesaba que solo te quiero a ti? ¿Incluso cuando te comportas como una loca? —Me miró con los ojos entrecerrados y se incorporó.

—Sí, lo he oído —respondí, y me puse en pie de un salto junto a él—. Así que soy tu chica, soy la única chica a la que quieres hacer gemir en el baño. Sí, lo pilló. —Mis palabras le estaban haciendo daño; observé como cada una trazaba una arruga más profunda en su rostro—. Pero dejas que ella cuide de ti como si fuese tu mujer. —Me incliné sobre la cama recién hecha de Jude y arranqué las sábanas—. Puede que no la desees en el plano íntimo, pero dejas que entre en tu vida de forma íntima.

Jude se me quedó mirando, como si no reconociera a la persona que tenía delante.

—Vale —dijo, tirando de las sábanas arrugadas de mi mano y arrancando el resto de la cama.

Hizo una bola con ellas y la arrojó al otro lado de la habitación.

—¿Contenta? —preguntó retóricamente mientras se dirigía con paso firme a su cómoda.

Tiró del cajón, lo arrancó y lo cargó hasta la ventana. Abrió la ventana y volcó el contenido del cajón por ella. Sus bóxers limpios y doblados descendieron como paracaídas al suelo de la calle. El cajón les siguió.

—¿Estás contenta ahora? —inquirió de nuevo, enarcando las cejas mientras yo permanecía paralizada junto a su cama.

Se precipitó de nuevo hacia el otro lado de la habitación y arrancó el segundo cajón de la cómoda. Regresó corriendo a la ventana y arrojó sus camisas a la calle.

—¿Ya estás contenta? —Cruzó corriendo la habitación, arrancó el último cajón, y lo tiró sin más por la ventana. El sonido que hizo al hacerse añicos reverberó en la habitación.

Finalmente me miró. Su pecho subía y bajaba, tenía la mirada encendida... Estaba perdido.

—¿Qué más, Luce? ¡¿Qué más quieres que mande a la mierda?! —gritó, esperando una respuesta—. ¿Eh? Seguro que hay algo más que pueda romper para demostrarte mi amor por ti. ¿Qué es? —Estaba enloquecido, nunca le había visto tan al límite. Y todo por mí. Me encantaba saber que ejercía cierto poder sobre él, pero no ese tipo de poder.

—Jude —susurré, apenas capaz de emitir un sonido—, para.

—¿Que pare? ¡¿Por qué?! —gritó, extendió los brazos y dio vueltas en torno a la habitación—. Te estoy demostrando mi amor por ti. Así que venga, Luce, ¿qué más puedo destrozar para que seas feliz?

—Nada —murmuré y me mordisqueé el labio.

—¿Qué has dicho?

—Nada —repetí, mirándole—. No me refería a esto, Jude. ¿Por qué pierdes los papeles cada vez que te hago una pregunta?

La piel del entrecejo se le arrugó.

—¿Por qué lo haces tú?

Era una pregunta para la que yo no tenía respuesta. Lo contemplé, reconociendo a qué le habían reducido mis celos y mi inseguridad. Se suponía que yo era la persona que tenía que consolarle y apoyarle, pero esa noche había hecho todo menos eso. Se me saltó una lágrima.

Jude observó como me resbalaba por la cara. Su rostro se puso tenso.

—Dime qué hacer, Luce. Dime qué quieres de mí. Porque lo haré. Haría

cualquier cosa —dijo, se puso los brazos detrás de la nuca y me miró como si temiera que fuese a desaparecer—. ¿Quieres que le diga a Adriana que le den y no vuelva a mirarla siquiera? No hay problema. ¿No quieres que vuelva a hablar con ninguna otra mujer el resto de mi vida? No lo haré. —Cruzó la habitación, se detuvo delante de mí y me cogió de los brazos—. Haré cualquier cosa. Solo dime qué tengo que hacer. —Me sostuvo cerca esperando una respuesta.

Yo no tenía ninguna.

—Eres todo lo que tengo, Luce. Haré cualquier cosa con tal de no perderte —dijo, la cicatriz se le tensó en la mejilla—. Solo dime qué estoy haciendo mal y lo arreglaré.

Ese hombre ya había sufrido bastante. ¿Por qué le estaba haciendo pasar por más mierda?

—No estás haciendo nada mal, Jude —dije, y tragué saliva. No lo estaba haciendo. Teniendo en cuenta cómo solían ser los novios, él era todo un sueño. Teniendo en cuenta cómo eran los compañeros, él tenía lo necesario para ser uno para toda la vida—. Soy yo. Esta noche lo estoy haciendo todo mal. —Le cogí la cara entre las manos, tratando de borrar las líneas que la arrugaban—. He visto a Adriana en plan loca por ti, y he dejado que mis inseguridades me conviertan en una demente. Confío en ti. No confío en ella.

Soltó un resoplido.

—¿Confías en mí?

Se me hizo un nudo en la garganta solo por el hecho de que me lo preguntara.

—Sí, Jude, confío en ti.

—¿Me quieres?

—Para siempre —contesté, mientras le acariciaba las mejillas.

—Entonces que le den a Adriana Vix —dijo.

Arqué una ceja.

—Que le dé alguien que no esté loco por su chica —aclaró—. No dejes que nadie se interponga entre nosotros, Luce. Esto que tenemos va a exigir bastante esfuerzo sin gente como Adriana Vix complicándolo.

—Lo sé. —Aparté la mirada—. Es como si a veces estuviera esperando que el suelo se desplomara a nuestros pies, ¿sabes? —Me sentí algo culpable al reconocerlo, pero era realista, y sabía que las parejas como Jude y yo tenían todos los números en contra.

—Lo sé, cariño —dijo—. Lo sé. Pero cuando lo haga, nos cogeremos a una cuerda y esperaremos a que se pase.

Asentí, preguntándome si ese era el tipo de vida que Jude y yo podíamos esperar a partir de entonces. Momentos de ardiente pasión, interrumpidos por malentendidos, seguidos de reconciliaciones en las que exponíamos nuestras almas. No sería una mala forma de pasar la vida.

—Entonces ven —dijo, bajando sus manos hasta las mías—. Vamos a la

cama. —Me guió hasta la cama sin sábanas, se quitó los zapatos, me estrechó entre sus brazos y nos desplomamos sobre el colchón.

Me hizo colocarme de lado, y se apretó contra mi espalda, arropándome con sus brazos y sus piernas.

—Discutir contigo resulta agotador —me dijo al oído, bostezando—. No volvamos a hacerlo nunca.

—Vale —mentí. Era una idea agradable, pero Jude y yo no la llevaríamos a cabo nunca si durábamos. La gente como nosotros no podía vivir sin una competición de gritos de vez en cuando; esa era la realidad. Pero la realidad era mucho más fácil de afrontar con Jude abrazándome del modo en que lo hacía en ese momento.

Permanecimos tumbados así durante un rato, quietos y callados, disfrutando del calor mutuo. La brisa se coló por la ventana y me acarició el rostro. Sonreí.

—Espero que tengas más ropa interior escondida en alguna parte. —Le di un golpecito con el codo en las costillas, rememorando la imagen de Jude tirando los cajones por la ventana.

—La respuesta es negativa —contestó adormecido—. Esta mañana no me quedaba ropa interior limpia.

—Espera. —De repente me sentí muy despierta—. ¿Significa eso que...?

—Sí —respondió, hundiendo la nariz en mi cuello, y a medio dormido.

Esa noche tendría un pase. Había ganado un gran partido, me había hecho sentir cosas sobre la encimera del baño de un chico de las que una chica no debería hablar mucho, había mantenido el control en una discusión conmigo, y había conseguido decir exactamente lo que debía para tranquilizarme. Tenía derecho a estar exhausto.

Sonreí y me apretujé un poco más contra él.

—Eso podía haber hecho las cosas mucho más interesantes en el baño.

Sentí que esbozaba una sonrisa contra mi cuello antes de seguirlo en el sueño.

Capítulo

8

Su cuerpo ya no envolvía el mío —como si me protegiese del mundo—, pero estaba cerca. Cualquiera que fuese el vínculo que habíamos establecido en los tumultuosos meses que llevábamos juntos, la noche anterior habíamos pasado a algo nuevo. Algo más grande.

—Sé que me estás mirando —musité, manteniendo los ojos cerrados y acurrucándome un poco más contra la almohada de Jude. Olía a él, quizá por eso mis sueños eran tan dulces.

Su mano envolvió la mía y la levantó hasta su boca.

—Lo siento, Luce. —Me besó los nudillos—. No pretendía despertarte. Vuelve a dormirte. —Me giró la mano y me dio otro beso en la palma.

—¿Cómo se supone que una puede dormirse si haces eso? —Sonreí, abriendo los ojos.

Los suyos se hallaban enfocados en mí, metálicos a la luz de la mañana. Se le curvó una comisura de los labios.

—No se supone. —Se alzó de golpe y aterrizó estratégicamente sobre mí.

—Bien —contesté, y deseé tener un minuto para lavarme los dientes y pasarme un cepillo por el pelo, pero con Jude estos momentos de descuido eran raros, así que no pensaba arriesgarme excusándome cuando todos los motores estaban encendidos—. El sueño está sobrevalorado.

Me deslizó una mano por el costado, subiendo y bajando por mi caja torácica, antes de detenerse en lo alto de mi pecho.

—Sí, es verdad —susurró, y me besó por debajo de la oreja.

Una forma estupenda de despertar a alguien.

—¿Has cerrado la puerta? —Le provoqué, colocándome debajo de él de modo que las partes importantes de nuestros cuerpos se hallasen alineadas. Nadie en su sano juicio entraría en la habitación de Jude cuando la puerta estaba cerrada. No a menos que quisieran un bollo del tamaño de un puño en plena frente.

Cuestionando mi última conjetura, la puerta de Jude se abrió de golpe al cabo de un segundo, rebotando contra la pared.

—Eh —espetó Holly, que hizo una mueca y se tapó los ojos con las manos—. Joder, tíos, sois como un par de conejos.

Bueno, nadie salvo Holly se arriesgaría a entrar en la habitación de Jude sin haber sido invitado.

—¿No tuvisteis suficiente el uno del otro anoche? —Habla en voz baja, al menos para Holly, y a juzgar por cómo se masajeaba las sienes con los dedos, había pasado una noche salvaje.

—No —respondió Jude al tiempo que se retiraba de encima de mí.

—Buenos días, Holly —refunfuñé yo incorporándome—. Me alegro de verte.

—A mí no me llores. Lo has tenido toda la noche para ti sola, y ahora necesito que me lo prestes unas horas o pierdo el avión.

—Sí —dije, y me bajé lentamente de la cama—. Yo también tengo un montón de trabajos que acabar. —Me pasé los dedos por el pelo y me hice una trenza rápida, pues al parecer no habría tiempo para una ducha—. Parece que esta mañana tienes a dos chicas que necesitan tus servicios como chófer.

—Vivo para servir —dijo, con una expresión en el rostro que delataba lo que estaba pensando. O reviviendo.

Yo no era de las que se ponían rojas —mi código genético sencillamente no lo había incorporado en mi sistema—, pero sentí que empezaba a ruborizarme.

—Vale, machote —replicó Holly al tiempo que chasqueaba los dedos. Entrecerró los ojos, cogiéndose las sienes de nuevo—. Al aeropuerto. Hoy, si puede ser.

Rodeé la cama a toda prisa, cogiendo los zapatos que me había prestado Holly, y saqué mi bolsa del estante del armario de Jude. Él recogió sus llaves de la mesilla de noche, me tomó de la mano y me condujo a la puerta.

—Ya es casi la hora —susurró Holly, hurgando en su bolso.

Jude cogió la maleta de Holly y nos abrimos camino hasta el vestíbulo, pasando por encima y alrededor de los cuerpos que adornaban el suelo.

—Parece que nos hemos perdido una buena fiesta —dije, mirando a una pareja comatosa y preguntándome cómo habían conseguido adoptar esa postura acrobática.

—Yo no diría que nos la hemos perdido —repuso Jude, que me echó una mirada con una sonrisa sugerente.

—Creo que este es con el que me enrollé anoche como una adicta al sexo en plena juerga. —Holly se inclinó sobre uno de los compañeros de equipo de Jude que todavía sonreía en su sueño—. O quizá fue ese —añadió, y tocó con el pie la mano del chico de enfrente e inspeccionó su cara—. Sí, sin duda este. Es el que tiene los labios más hinchados. Hablando de... —Rebuscó en su bolso y sacó un tubo de protector labial—. Me duelen mucho los labios.

—Creí que habías dicho que tenías prisa, Hol —dijo Jude ya en las escaleras, sin soltar mi mano.

Una pirámide de cuerpos bloqueaba el paso al pie de la escalera. Jude la saltó, se dio la vuelta, me cogió de la cintura y me levantó por encima de la

barricada humana. Esperamos a que Holly bajara tambaleándose, y la alzó por encima también.

La camioneta de Jude estaba aparcada bastante lejos, así que tuvimos que caminar. Al doblar la esquina de la casa, vimos ropa esparcida y madera astillada decorando el patio. Me detuve para apreciar las habilidades en decoración de Jude.

—Anoche alguien recibió la visita de una panda de monos cabreados —dijo Holly, que se detuvo a mi lado.

Jude me miró con el rabillo del ojo.

—Sin duda. La ira es algo terrible —añadió mientras cruzaba el césped, pero no sin antes tirar de una camiseta oscura que colgaba de un matorral.

Sonreí a su espalda.

Para cuando Holly y yo arrastramos nuestros lentos y cansados culos hasta la camioneta de Jude, él ya había dejado la maleta de Holly en la plataforma y nos había abierto la puerta. Se quitó la camiseta blanca que llevaba y la arrojó a la plataforma también. No me extrañaba que nunca tuviera ropa limpia. Levantó la camiseta negra por encima de su cabeza y se detuvo a mirarme, con el entrecejo fruncido.

—No pasa nada. —Puse los ojos en blanco.

Solo porque me hubiera comportado como una lunática celosa la noche anterior no significaba que quisiera que me lo recordaran. Era su ropa, independientemente de quién la hubiera lavado y doblado.

—Solo quería asegurarme —contestó con una leve sonrisa antes de ponérsela.

Holly y yo nos quedamos mirando el espectáculo al lado de la camioneta. Jude se detuvo mientras se metía la camiseta en los vaqueros y nos miró confundido.

—¿Qué? —me espetó, arreglándose la parte de atrás y sonriéndome con malicia.

Yo desvié la mirada, tratando de parecer poco impresionada mientras me subía a la camioneta.

—Vete a ...

Holly se rió entre dientes.

—¿Sabes, Jude?, te estás volviendo más feo con la edad. —Me guiñó el ojo al trepar junto a mí.

—Sí, sí —replicó él, se subió al asiento del conductor y encendió el motor—. Y tú más mala.

Me cogió por el muslo y me deslizó hacia él hasta que ocupamos el espacio previsto para una sola persona. No me soltó ni una vez en todo el trayecto.

—¿Por qué da la impresión de que el jueves no va a llegar nunca? —gemí, todavía dentro de la camioneta de Jude, parada delante de mi residencia.

—Eso es lo que parece —respondió, acariciándome el pelo encima del

hombro.

Gemí más alto. Holly había llegado a tiempo y, pese a que había deseado que el trayecto desde el aeropuerto hasta Nueva York fuese lento, por supuesto no lo había sido. Las despedidas que Jude y yo nos veíamos obligados a repetir todos los domingos nunca se volvían más fáciles. Íbamos a clase con casi cinco horas de diferencia, así que la posibilidad de una escapada por la tarde entre semana quedaba fuera de cuestión. Cuando nos despedíamos, era un adiós para cinco días eternos.

Excepto esa semana. Solo serían tres días, debido a Acción de Gracias. Era en verdad un momento para estar agradecidos.

—Entonces ¿te parece bien celebrarlo con mi padre y mi madre el jueves? —pregunté de nuevo, solo para asegurarme.

La última vez que nos juntamos, Jude se había mostrado civilizado, al igual que ellos, pero entre las dos familias había una tensión que dudaba de que fuese a disminuir con el tiempo. Que el padre de Jude hubiera asesinado a mi hermano porque mi padre le había despedido era el tipo de drama que los creadores de televisión ni siquiera podían concebir. Era la clase de problema que la gente no «superaba» tras unas cuantas comidas familiares.

—Luce —me acarició la cara—, tú eres mi familia. A donde vayas tú voy yo. —Parpadeó, mirando por el parabrisas—. No hay nadie más que tú.

No me gustaba pensar en que Jude no tuviera familia, porque hacía que me doliera el corazón como en ese momento. Jude de veras no tenía familia. Ni padres, ni hermanos, ni abuelos, tíos o tías. Y no por elección propia. Toda la familia de Jude le había ido abandonando, uno a uno.

Yo sabía que, en el fondo de su ira y sus ansias de posesión hacia mí, eso era lo que más temía: que un día yo le volviera la espalda y me alejara todo lo que pudiera de él.

El dolor de mi corazón se agudizó.

—Bien —dije, tratando de fingir que no me dolía—, porque somos un equipo, y los equipos no dejan que sus miembros vayan solos de vacaciones con la familia.

—Vale, equipo —repuso, volviéndose en su asiento, igual de evasivo que yo. Echó un vistazo a mi residencia, que se levantaba amenazadora delante de nosotros, y suspiró—. ¿Luce? ¿Qué es lo que odias realmente de Adriana?

Saqué las uñas ante la mención del nombre.

—¿Qué no se puede odiar?

Jude negó con la cabeza exasperado.

—Venga, finge que soy un idiota que no se entera de nada y ya está.

Enarqué una ceja.

—Ya, difícil imaginarlo, ¿verdad? —añadió con una sonrisa—. Bueno, explícamelo. ¿Qué. Odias. De. Adriana?

Tenía un montón de respuestas sarcásticas a esa pregunta en la punta de la lengua, pero ninguna era lo que buscaba Jude. Él buscaba la verdad. Quería la verdad y, pese a que yo no deseaba dársela, él la merecía.

Me apretó la mano.

—La verdad es que no es que la odie a ella en sí. —Hice una pausa y me mordí la parte interna de la mejilla—. Lo que odio es la idea de que un día te levantes y te des cuenta de que has estado perdiendo el tiempo conmigo. Y si ese día es mañana, sé quién va a ser la primera en la cola para ocupar mi sitio —dije, y tomé aire—: Adriana Vix.

Jude se acercó un poco más a mí y me pasó el brazo por el hombro.

—Sabes que te quiero, Luce, pero deliras —dijo—. Deliras en plan duro y batiendo récords mundiales.

Le di un codazo.

—Los locos se juntan, Ryder.

—¿Ves? Eso es. —Hizo un gesto con la mano—. Es parte de lo que nos hace geniales, Luce. Yo estoy loco. Tú estás loca. Juntos formamos nuestro propio género.

Sentí que se me arrugaba la piel del entrecejo.

—¿Me lo puedes repetir? —Estaba oyendo un montón de cosas sin sentido y no registraba nada.

—Podría tenerte prisionera el resto del día y enumerar todo lo que me encanta de ti, pero eso es solo la mitad —me explicó, volviéndose hacia mí—. La otra mitad es algo que no puedo expresar en palabras. Algo que no creo que pueda expresar jamás. Algo que me ata a ti, y a ti a mí. Llámalo química, llámalo destino, llámalo como quieras. Lo único que sé es que yo soy tuyo igual que tú eres mía, Luce. Es lo más claro que nunca he tenido sobre algo.

Me recordé a mí misma que debía respirar. ¿Quién necesitaba a Shakespeare cuando tenía a Jude Ryder diciendo ese tipo de cosas?

—Así que ¿puedes prometerme que no vas a levantarte mañana, o pasado, o el año que viene, y te vas a dar cuenta de que no soy el gran chollo que pensabas?

Estuvo muy cerca de poner los ojos completamente en blanco.

—Puedo prometerme, garantizarte, jurarte, ponerme la mano en el corazón y...

—Lo pillo —le interrumpí, cogiéndole del brazo.

Me miró fijamente.

—¿Sí?

—Resulta agradable que te lo recuerden de vez en cuando.

—Una vez al día, dirás —murmuró, y me hizo cosquillas.

—Tengo suerte de que soportes a mi yo inseguro, loco y delirante —dije entre risas mientras él seguía haciéndome cosquillas.

Se le iluminaron los ojos al acercarse un poco más.

—La suerte la tengo yo.

Justo entonces me sonó el teléfono. India. Lo apagué con un gemido.

—¿Hasta el jueves?

De vuelta a la realidad.

Lo cogí donde lo había dejado su suspiro.

—Hasta el jueves.

Se inclinó hacia mí, desviando los ojos hasta mi boca.

—Entonces mejor que me des uno bueno —dijo.

No pude evitar sonreír, a pesar de que me sentía fatal. Me humedecí los labios y me acerqué. Hice que fuera bueno.

Capítulo

9

El aroma a pachuli y el ritmo del reggae se propagaban por todo el pasillo, lo que me alertó de que mi amiga y compañera de habitación, India, se lo estaba montando, o estaba a punto de montárselo, con alguien en nuestra habitación. Era un acontecimiento que tenía lugar día sí y día no en mi vida.

Si tenía suerte, podría entrar y salir a hurtadillas con mis libros para estudiar en el comedor. Si no la tenía, y empezaban a brotar gritos y gruñidos de la habitación, me tocaría esperar fuera. La última vez que había entrado cuando India estaba con su hombre del momento había visto cosas a las que ninguna persona con un mínimo de pudor debería verse expuesta.

Me detuve delante de la puerta y escuché. Nada excepto a Bob Marley empezando a emocionarse.

—¿Indie? —dije, al tiempo que llamaba a la puerta—. ¿Es seguro entrar?

—¡Seguro, señorita casta y pura! —gritó India en respuesta.

Abrí la puerta, y el olor mohoso del pachuli casi me echó para atrás. India se hallaba tirada en el sillón que teníamos en el rincón, llevaba su kimono de seda roja y fumaba algo que probablemente no sería del agrado del consejero de la residencia.

—¿Lo has pasado bien?

—Uuuf —jadeó, dirigiéndome una sonrisita estúpida—. Si hubieses llegado cinco minutos antes, podríamos haberlo hecho a tres bandas.

Tiré la bolsa en mi cama, y me dejé caer en nuestra silla giratoria.

—Detesto estar en mi piel.

India se inclinó hacia delante, todavía tenía la piel oscura perlada de sudor.

—Hablando de pieles... —empezó, y juntó los labios—, ¿y a habéis...? —Hizo varios círculos con el índice.

—No es asunto tuyo —le espeté, dando una vuelta.

—Vale, no lo habéis hecho. —Volvió a recostarse.

—No —Chasqueé la lengua—, no lo hemos hecho.

—Sí que apesta estar en tu piel —repuso, riéndose.

—Oh, cállate. —Cogí el oso hormiguero que teníamos encima de la mesa del ordenador y se lo tiré—. Ya lo haces tú por todos nosotros.

—Sí —aseguró, y dio una calada—, lo hago.

Me impulsé otra vez en la silla y miré el techo concentrándome en los giros, porque, pese a que India era el equivalente femenino de un hombre mujeriego, no había nadie mejor que mi compañera de habitación para escuchar u ofrecer consejo en lo que se refería al complicado mundo de los hombres. Excepto Holly, pero ella pasaría las dos horas siguientes metida en un avión y yo necesitaba consejo lo antes posible. Además, India había ayudado a que Jude y yo nos volviéramos a unir. Para abreviar, India había salido con uno de los compañeros de equipo de Jude en verano, y cuando Jude averiguó que la «infame» India no solo iba a la Marymount Manhattan, sino que tenía una compañera de habitación llamada Luce... Ese mismo día llamó a India para programar un encuentro. Y el resto es historia más o menos.

—¿Qué tal Jude? —preguntó, pues reconocía mis tácticas de evasión.

—Él está... —Suspiré, recordando el fin de semana. Un montón de altibajos—. Está Jude —decidí.

—Jude la montaña rusa —dijo India, y emitió un «hummm, hummm» con la boca—. Cariño, yo no querría bajarme nunca.

—Lo sé —contesté, empezaba a marearme de dar vueltas—. Yo tampoco quiero.

—Entonces ¿cuál es el problema?

—El problema es la montaña rusa —respondí—. O estamos en la cima del mundo o llamando a las puertas del infierno. No hay término medio. No hay tregua. Solo subir y bajar constantemente a trescientos kilómetros por hora.

Siempre me sentaba bien hablar con India de mis preocupaciones en torno a Jude y mi relación. Nunca criticaba, solo me daba buenos consejos.

—Lo sé, Lucy —dijo, moviéndose en su asiento—, pero tu chico es una persona apasionada. Como tú. Si estáis juntos, tenéis que aceptar la montaña rusa como un modo de vida. Tú no querrías que él cambiara, como él no querría que cambiaras tú. Los altibajos drásticos serán como tu vida con Jude. Es una realidad. Solo tienes que preguntarte si vale la pena. ¿Lo que tenéis juntos merece el sacrificio? —Entrecerró los ojos mientras el mensaje llegaba a su destinataria.

Yo sabía que tenía razón, y sabía que merecía la pena, pero era humana y no podía evitar querer lo inalcanzable.

—Solo desearía poder cambiar la montaña rusa por un tiovivo. Ser capaz de adivinar lo que me espera al doblar cada esquina, hacer el viaje con altibajos menos dramáticos.

—Lo entiendo. —India asintió con la cabeza—. Pero no te ha tocado esa mano, cariño. La mano que te ha tocado es Jude, y ese chico no es un tiovivo, Lucy. Ese hombre es la extraordinaria montaña rusa con seis rizos que hace que te tiemblen las piernas. —Inspiró hondo.

—Lo sé —reconocí, ya me sentía mejor.

Jude era una montaña rusa; yo era una montaña rusa. Juntos creábamos esa

cosa que daba unas vueltas increíbles. Daba miedo mirarla desde el suelo, pero si ese era el viaje que debía hacer para estar con Jude, sería la primera de la cola sin dudarle un instante.

—Eh, y da gracias a que tu chico no sea un coche de choque —añadió India, y dio otra calada antes de expulsar un aro de humo—. Una vez salí con un tío así. El único responsable de que no salga con nadie más. Incluso hacía el amor como los malditos coches de choque. Pum. Chissst, chissst —India se incorporó y se sacudió adelante y atrás—. Pum. Chissst, chissst —Me eché a reír viéndola interpretar la escena—. Pum. Chissst, chissst. Pum. Fiu. —Arrugó la nariz al tiempo que gemía y se dejó caer de nuevo en el sillón.

Nuestra risa incontenible se mezcló en el pasillo con el señor Marley.

—Un ensayo genial, Lucy —me dijo Thomas, que me alcanzó al salir del auditorio.

—Bueno, ayuda que mi compañero sea un bailarín increíble —contesté, y le di un codazo mientras me enrollaba la bufanda al cuello.

Era el miércoles antes de Acción de Gracias, y el tiempo en Nueva York ya era todo un desafío. ¿Qué había empujado a una chica que creía que el sol era indispensable para vivir para ir a una escuela en un lugar donde los inviernos se hacían largos y gélidos?

Las puntas me golpeaban el costado al caminar, recordándome por qué.

—Sí, esto, tu novio... —comenzó Thomas, un tanto incómodo con solo hablar de Jude—, ¿sabe que somos pareja en el recital de invierno?

Pobre Thomas. Lo suyo era bailar, no pelear. Yo también estaría temblando en mis leotardos si tuviera que levantar por la entrepierna a la novia de un chico que pegaba fuerte.

—Todavía no —le contesté, al tiempo que me ponía el gorro también. Iba a vivir en un estado de pelo aplastado desde entonces hasta mayo.

Thomas carraspeó, jugueteando con el asa de su mochila.

—¿Tienes pensado decírselo?

—Por supuesto —repuse, y giré hacia mi residencia.

Todavía tenía que acabar un trabajo más ese día, y cuando antes me metiera en la cama, antes llegaría Jude por la mañana para pasar cuatro días enteros juntos. India volvía a casa de sus padres a las afueras de Miami en avión, de modo que tendríamos la habitación para nosotros solos.

No pensaba salir. Para eso estaba la comida para llevar.

—¿Cuándo?

Me encogí de hombros. No le había dado demasiadas vueltas.

—Este fin de semana, supongo.

—Vale —respondió Thomas—. Solo quiero estar preparado. Probablemente sea mejor que lo sepa cuanto antes. Hará que el impacto sea menos extremo.

—Lo has pensado todo. —Intenté evitar que notara mi diversión—. Bien

hecho.

—Sí —dijo Thomas—, si el tío casi me da una paliza por ayudarte a quitarte un corsé, me matará en el acto cuando vea nuestra moderna interpretación de *El rapto de Perséfone*.

Desplacé hasta el número uno de la lista contarle a Jude lo de la actuación y los «encuentros» entre Thomas y yo en el escenario. Cuanto antes lo supiera Jude, más tiempo tendría para hacerse a la idea para, como había dicho Thomas, no matarlo en el acto.

—No te preocupes, estarás bien —le aseguré, al tiempo que me detenía delante del vestíbulo de la residencia.

—Diría que estaré cualquier cosa menos «bien» después de que tu novio acabe conmigo, pero gracias por el voto de confianza. —Thomas me saludó con la mano mientras se marchaba por la acera—. Que pases unas buenas fiestas, Lucy.

Lo haría.

—Tú también —contesté y entré corriendo en el edificio, porque mis dientes estaban a veinte segundos de montar un festival de castañeteo.

India ya se había ido para cuando volví, pero me había dejado un regalo. En mi cama había una bolsa negra llena de papel de seda rojo y rosa. No eran los colores de Acción de Gracias, precisamente.

Rasgué la bolsa y tiré el papel detrás de mí para ver qué había en el interior. Me quedé boquiabierto al sacar el artículo de arriba. Era negro, de encaje, y tenía agujeros en lugares que normalmente se hallaban tapados.

—India... —murmuré negando con la cabeza.

Eché la prenda a un lado y cogí lo siguiente en la bolsa. Algo frío y duro. Saqué un par de esposas, con llave y todo, que se balancearon en mi dedo. Las arrojé de nuevo a la bolsa como si quemaran, doblé la parte de arriba de la bolsa y la empujé a las profundidades de nuestro armario.

Puede que estuviera lista para dar el siguiente paso con Jude, pero no estaba lista para ir de la A a la Z en la misma noche. Le regalaría de nuevo esas joyas en Navidad a la chica que las había seleccionado cuidadosamente para su mojigata residente.

Me di prisa con mi último trabajo y lo envié por correo electrónico al profesor hacia las ocho de esa noche. Tras tomarme una taza de té y una hamburguesa vegetariana de microondas para cenar, apagué las luces y trepé a la cama, deseando caer en un profundo sueño.

Después de dar vueltas en la cama durante tres horas, desistí. En algún momento después de medianoche, introduje *Rebeldes* en el reproductor y la vi, además de otro clásico acerca de chicos malos, antes de conseguir dar una cabezada. La alarma estaba atronando menos de dos horas después, y no podía apretar el botón para posponerla si quería practicar un poco antes de que

apareciera Jude.

Adiós a las cualidades reparadoras del sueño.

Capítulo

10

Iba por mi tercera taza de café. En algún punto entre la segunda y la tercera había cruzado la línea entre despierta y tensa. Mejor histérica que comatosa, ¿no?

Saber que Jude llegaría en cualquier momento influía en mi estado de forma significativa. Una vez que reservaron vuelo a Nueva York, decididos a pasar Acción de Gracias con nosotros, mis padres habían reservado mesa en un local elegante del centro. Yo había insistido en que no necesitábamos nada elegante, pero mi madre acababa de cerrar una cuenta nueva y las cosas pintaban bien. No importó lo que yo le dijera, no cedió, así que los cuatro íbamos a comer en algún restaurante pijó.

Jude ya me había mandado un mensaje para saber qué iba a ponerme y se preguntaba si era el tipo de ocasión que requería corbata. Le había contestado diciéndole que podía ponerse lo que quisiera, porque Jude siempre estaba increíble. Con corbata o sin ella.

Yo había escogido algo más sofisticado, un vestido de estilo *vintage* de color arándano, porque últimamente vivía en vaqueros y sudaderas, y me apetecía arreglarme. Llamaron a la puerta cuando me ponía los zapatos de tacón de aguja.

Bailé por la habitación. Abrí la puerta de golpe y me encontré a Jude, que parecía incómodo con su corbata y su camisa de vestir, con las manos a la espalda. Su incomodidad se desvaneció cuando me echó una buena ojeada.

—Cada vez que te veo estás más guapa —dijo, absorbiéndome como si tratase de grabar ese momento en su memoria.

—Gracias —repliqué con una reverencia—. Y tú lavas bastante bien solito. — Le acaricié la corbata con los dedos.

—Es de Tony —dijo, leyéndome el pensamiento.

—¿Tony tiene corbatas? —No encajaba con la imagen de seductor que yo tenía de él.

—Es católico —me explicó Jude, mirando cómo descendían mis dedos por la prenda—. Y su madre le llama todos los domingos para asegurarse de que vaya a misa. Así que sí, Tony tiene una burrada de corbatas.

—Te queda bien. —Dejé caer la corbata negra en su sitio.

—Ha tenido que ayudarme él a hacerme el nudo, porque yo no tenía ni idea

de qué estaba haciendo —dijo, estirando su cuello a un lado y al otro como si aquello le estuviera estrangulando.

—¿Tienes tu bolsa? —le pregunté, pues no había ninguna a la vista.

Jude puso cara larga.

—¿Qué bolsa?

Y yo la puse con él.

—La bolsa que se suponía que tenías que preparar para pasar cuatro días enteros conmigo —repliqué con un mohín—. Esa bolsa.

—Ah —Jude alcanzó algo con el brazo—, ¿te refieres a esta bolsa?

Se la arranqué de las manos y la arrojé a la cama. Ya. Estábamos listos para el fin de semana.

—Y esto también es para ti —dijo, al tiempo que retiraba la otra mano de su espalda.

Otra rosa. Esta vez de color rosa. Íbamos progresando; seguía sin ser la rosa roja del amor, la pasión y, según mi libro, el sexo, pero era un paso en la dirección correcta desde la rosa blanca de la pureza que me había dado la última vez.

Se rió entre dientes mientras yo continuaba observando la rosa.

—No es más que una flor, Luce. No la respuesta a todos los misterios de la vida.

La cogí y la deposité en mi almohada.

—Todo significa algo. Tanto si queremos reconocerlo ante nosotros mismos como si no.

Entró en mi habitación y miró la cama antes de devolverme su atención. Me dirigió una sonrisita estúpida cuando cogió mi abrigo, que colgaba de la silla giratoria.

—Supongo que es cierto —admitió Jude, y me sostuvo el abrigo—, si eres mujer. Pero para los hombres una rosa es una rosa. Y a menos que estemos enamorados de una chica o queramos que se nos salgan los sesos por las orejas, no nos desviamos de nuestro camino para cogerlas.

Metí los brazos en el abrigo tres cuartos de lana, y Jude me sacó el cabello del cuello. Sus dedos apenas me rozaron, pero su contacto reverberó hasta las puntas de los dedos de mis pies. La anticipación lo hacía aún más tórrido.

—Entonces ¿cuál de esas razones varoniles te ha llevado a comprar una rosa para una chica? —Me ceñí el cinturón del abrigo y me volví para encararlo.

Tenía esa misma sonrisa en el rostro. Alzó las cejas.

—Las dos.

Me dio un vuelco el corazón.

Tras conseguir recomponerme, rebusqué en las profundidades de mi armario y saqué una caja con un gran lazo plateado.

—Tengo un regalo para ti.

Jude lo miró con curiosidad, como si no estuviese seguro de qué era o qué se suponía que debía hacer con él.

—No es mi cumpleaños.

Puse los ojos en blanco.

—Lo sé. —Le tendí la gran caja, esperando que la rasgase como yo había creído que haría.

—Y no es Navidad. Todavía —continuó.

—Jude —le espeté con impaciencia—, sé qué día es. Y para tu información, pueden hacerse regalos cualquier día del año.

—¿Qué celebramos? —preguntó, y siguió mirando el regalo—. Aparte de Acción de Gracias.

—No celebramos nada —expliqué—. Esto es un regalo « porque sí » .

Ladeó la cabeza.

—¿Un regalo « porque sí » ?

Entonces lo entendí. Su estado de confusión. No estaba acostumbrado a los regalos, y menos a los regalos improvisados. Al darme cuenta me entraron ganas de colmarle de regalos a diario durante los diez años siguientes. Parecía que mis ahorros serían cosa del pasado.

—Porque te quiero —declaré, depositando la caja en sus brazos.

Jude la acunó contra su pecho, y su expresión se fue iluminando con lo que parecía excitación.

—Venga —le animé—. Rompe en pedazos a ese bebé.

Como si fuera el primer regalo que hubiera recibido y el último que recibiría, Jude rasgó la caja en un tiempo récord. Retiró la tapa y apartó el papel de seda a un lado. Se quedó mirando el contenido unos momentos, de nuevo con aire confundido, antes de quedarse boquiabierto.

—Luce —dijo—, es una chaqueta de cuero. —La sacó y dejó caer la caja al suelo. Acarició el suave tejido marrón con los dedos—. Una chaqueta de cuero cara.

—No me ha costado tanto —mentí, haciendo un gesto con la mano.

Había salido a comprar el día anterior con la esperanza de encontrar algo especial para Jude. Los clásicos calzoncillos, o colonia, o cartera no me acababan de convencer. Jude no era el clásico tío de calzoncillos-colonia-cartera. En el camino de vuelta a la residencia, me había parado en varios escaparates de las tiendas de diseño en las que no entraba nunca. Bueno, no había entrado nunca hasta que vi aquella chaqueta de cuero. Era como si el diseñador hubiera estado visualizando a Jude Ryder cuando la había creado. No miré el precio, solo le dije al vendedor que me llevaría la caja extragrande.

Había renunciado a mi café *latte* el resto del año, pero cuando Jude se puso la chaqueta no me cupo duda de que merecía la pena.

—Madre mía —exclamé, asombrada—. Esa chaqueta ha sido hecha para ti.

Jude se encogió de hombros para ponérsela bien.

—Es una pasada, Luce —dijo mientras se subía la cremallera. Con esa chaqueta Jude no le estaba haciendo ningún favor a mi libido o, dependiendo de cómo lo mirases, le estaba haciendo un favor tremendo—. Pero lo único hecho para mí eres tú. —Su mirada causó aún más estragos en mi libido.

—Para ser un deportista macarra reconocido, tienes mucha labia.

Se rió entre dientes.

—Gracias, Luce —contestó, claramente conmovido—. Por ser quien eres. Por quererme. Por la chaqueta. Por todo.

—De nada —repuse, y me di cuenta de que el día anterior había gastado los mejores seiscientos pavos de mi vida. ¿A quién le importaba si eso significaba que ese verano tendría que trabajar día y noche para subsanar la sangría de mi cuenta corriente?—. Por ser quien soy. Por quererte. Por la chaqueta. Por todo. Ah, y también de nada por lo que va a ocurrir más tarde. —Alcé una ceja y mis ojos se posaron en mi cama.

Abrió los ojos como platos. Luego tomó aire y sacudió la cabeza para despejarse.

—Venga —soltó al fin, me cogió de la mano y me condujo fuera de la habitación—. Tenemos todo el fin de semana. Vayamos a la comida, el almuerzo o lo que sea de Acción de Gracias, antes de que empiece a salir volando la ropa.

Cerré la puerta tras nosotros y solté un suspiro.

—Si no nos queda otra...

Jude se reía para sus adentros cuando recorriamos el pasillo.

—Dado que tus padres prácticamente han cruzado el país en avión para poder comer con su preciosa hija y el capullo del novio de la misma en algún restaurante y upi, sí, diría que no nos queda otra.

—Lo que dices tiene mucho sentido para pertenecer al género masculino —dije en el hueco de la escalera.

Jude me lanzó una mirada que decía «Evidentemente».

Mis tacones producían un sonido metálico al bajar por la escalera, llenando el espacio con el eco.

—¿Cómo demonios podéis caminar las chicas con esas cosas en los pies? —dijo Jude, que observaba los zapatos con gesto de dolor.

—Tenemos poderes especiales que nos capacitan para hacerlo.

Jude se detuvo un escalón por debajo de mí.

—Sí, bueno, con poderes especiales o sin ellos —Me envolvió con sus brazos y me alzó contra su pecho—, no quiero que te rompas el cuello por las escaleras.

Yo le rodeé el cuello con los míos.

—¿Vas a cargar conmigo cuatro plantas más?

—No —replicó, y sus ojos destellaron—. Voy a besarte cuatro plantas más. —Él bajó su cuello y yo levanté el mío, y cuando nuestras bocas entraron en

contacto, no estaba segura de cómo era capaz de seguir bajando por la escalera sin caerse, pero yo no habría podido. Quizá esa fuera la verdadera razón de que hubiera decidido cargar conmigo.

Cuando Jude empujó la puerta de salida con el brazo, nos esperaba una sorpresa de Nueva York. Ligeros copos de nieve caían arremolinándose del cielo y se posaban en nuestras caras. Jude alzó la vista, con lo que apartó sus labios de mí. El cielo estaba lleno de nubes, de un azul grisáceo.

—Parece que se avecina una tormenta —dijo, mientras me llevaba hasta su camioneta—. Menos mal que estoy preparado. —Dio una patada a sus nuevos neumáticos para la nieve, abrió la puerta y me dejó caer dentro.

Hice una mueca al visualizar mi Mazda y su nula preparación para un clima severo. Los neumáticos para la nieve eran un concepto desconocido para mí, y no estaba equipada para el invierno, que al parecer ya estaba allí.

—No te preocupes, Luce —dijo Jude, adivinándole el pensamiento mientras saltaba junto a mí—. Haré que se ocupen de eso. Este fin de semana llevo tu coche al taller para que le pongan un par de neumáticos para la nieve.

No me gustó esa solución por un par de razones.

—Este fin de semana no vas a ir a ninguna parte a menos que cuentes como actividad desplazarte de la cabecera de mi cama a los pies de la misma —empecé, mirándole de soslayo mientras él se disponía a sacar el coche del aparcamiento. Estaba sonriendo—. Y te recuerdo que soy más que capaz de encargarme de mis propios neumáticos para la nieve. No necesito que lo hagas todo por mí.

Su rostro se contrajo.

—¿Por qué?

—Porque no —respondí.

—¿Por qué no?

Por un puñado de razones, pero no me apetecía pasarme todo el trayecto enumerándolas. Así que, en lugar de eso, me deslicé junto a él y apoyé la cabeza en su hombro.

—Porque no, y punto.

El viaje al Soho no duró más que veinte minutos, pero mi cabeza metida en el cuello de Jude con su brazo a mi alrededor hizo que se pasara incluso más rápido.

—¿Este es el sitio? —preguntó Jude mientras inspeccionaba el restaurante, todo ventanas, al pasar.

—Sí —contesté, buscando a mis padres.

Habían volado más temprano esa mañana y habían dicho que se acomodarían en el hotel antes de encontrarse con nosotros para la comida. Jude estaba visiblemente incómodo, y seguía mirando el lugar como si él no encajase allí.

—Eh —dije, y apoyé mi mano en su pierna—, ¿esto te parece bien?

Por supuesto que quería que celebrara Acción de Gracias con mi familia, pero no si eso significaba que estuviera incómodo todo el tiempo.

Mientras maniobraba para aparcar el coche en un espacio angosto de la calle, me echó una mirada.

—Sí, estoy bien. —Me besó la mano antes de apagar el motor—. Tú eres mi familia. A donde tú vayas, voy yo, Luce.

Esa cálida sensación que parecía siempre presente cuando Jude estaba cerca hizo que me derratiera. Era tan hábil con sus palabras como con sus manos. Supe entonces que pasar por el trance de la montaña rusa merecía la pena si podía decir que aquel hombre era mío.

Jude rodeó la camioneta hasta mi lado, me abrió la puerta y, en lugar de tenderme la mano, volvió a cogerme en brazos. Depositó un cálido beso en su frente, me llevó a través de la calle blanca por la nieve y no me dejó en el suelo hasta que estábamos en el vestíbulo del restaurante.

Ambos nos reíamos, totalmente absortos el uno en el otro, de manera que las reacciones de los clientes y el personal del restaurante, que nos miraban como si el circo acabase de llegar a la ciudad, no nos afectaron a ninguno de los dos de inmediato.

—Lo siento —dije, tras aclararme la garganta.

Después de depositarme en el suelo, Jude me envolvió con sus brazos.

—Yo no —contestó en voz alta, y las palabras reverberaron en el vestíbulo de techos altos.

Y entonces me inclinó hacia atrás, y sus ojos me sonrieron antes de que sus labios se afanaran en descongelar lentamente los míos. En cuanto estos se derritieron, se incorporó de nuevo. Me sonrió otra vez y me susurró:

—Yo no. —Y volvió a dejarme en posición vertical.

La habitación me daba vueltas, y los espectadores intercambiaban leves sonrisas. Algunos de los hombres incluso inclinaron sus vasos de martini hacia nosotros dos.

—¿A qué nombre está hecha la reserva? —preguntó inexpresiva la pequeña maîtresse pelirroja.

Genial, yo la habría fulminado con la mirada si un hombre como Jude la acabara de besar de esa forma, sin importarle si el mundo entero veía lo loco que estaba por ella. Ser la novia de Jude compensaba todas las miradas fulminantes de cerca y de lejos.

—Larson —respondí, dirigiéndole una dulce sonrisa al tiempo que cogía el brazo de Jude con ambas manos.

Mientras la chica comprobaba el libro, sus ojos se desviaron a donde mis manos sujetaban a Jude.

—Mesa veintidós —ladró a la persona que tenía al lado.

—Por aquí —indicó la camarera, al tiempo que nos conducía al comedor.

—Gracias —contesté. Seguía sonriendo mientras dejábamos atrás a la pelirroja, que vigilaba cada bamboleo del culo de Jude. «Mira todo lo que quieras, cariño, porque este hombre es mío» .

Mis padres se levantaron de la mesa en cuanto nos vieron cruzar el inmenso comedor. Parecían relajados, casi se parecían a los padres de mi infancia. Los padres que habían sido antes de que la tragedia de mi hermano nos hubiese convertido a todos en personas a las que no reconocíamos.

Jude sostenía mi mano con firmeza, apretándola como si fuese una pelota antiestrés. Yo entendía por qué. Incluso para mí, antes de la crisis económica familiar, ese lugar habría estado ligeramente fuera del alcance de la familia Larson, reservado para cumpleaños y ocasiones especiales. Pero para Jude, alguien que provenía de una familia pobre y que había pasado cinco años de su adolescencia en una casa compartida con otros chicos, donde los perritos calientes y las legumbres en lata eran cosa de cada noche, ese restaurante era como estar en un país extranjero.

Una tierra extranjera cuyos ciudadanos lo miraban, con la chaqueta de cuero encima de su camisa de vestir una talla demasiado pequeña y metida en un par de vaqueros oscuros con los bajos deshilachados sobre unas viejas Converse, como si fuese un turista inoportuno.

Me puse rígida, apreté su mano con más fuerza y miré a algunos de los peores ofensores al pasar.

—Mi Lucy In The Sky ... —canturreó mi padre, abriendo los brazos cuando nos acercábamos.

—Hola, papá —repuse, y solté la mano de Jude para darle un abrazo.

—Feliz día del pavo —dijo, estrujándose.

Contesté con un glugluteo, y sonreí a mi madre.

—Hola, cariño. —Su rostro parecía más joven que la última vez que la había visto. Algunas de sus arrugas profundas se habían alisado, y en lugar de parecer eternamente cabreada, estaba sosegada con todo.

Dejé a papá y le di un abrazo a mi madre.

—Eh, Jude —oí que cantaba mi padre, con una sonrisa de pura satisfacción en el rostro—. Lo siento, me sigue haciendo gracia.

—Hola, señor Larson —respondió Jude formalmente, al tiempo que le estrechaba la mano—. Feliz día de Acción de Gracias.

Jude se volvió hacia mi madre y se aclaró la garganta.

—Gracias por invitarme —dijo, trasladando el peso de su cuerpo de un lado al otro, con aire nervioso.

Rodeé la mesa hasta él, le cogí la mano y se relajó visiblemente. Aquello iba a ser más difícil para Jude de lo que yo había imaginado. Sostendría su mano toda la tarde si eso era lo que necesitaba.

Mi madre rodeó la mesa también, se detuvo delante de Jude y le apoyó las

manos en los hombros.

—Nos alegramos de que hayas podido venir —dijo, con la voz suave y la sonrisa justo lo bastante triste como para adivinar lo que se le pasaba por la cabeza. Rodeó a Jude con los brazos y lo atrajo hacia sí. Él parecía tan incómodo como ella.

Después de los saludos, tomamos asiento. Acerqué mi silla a la de Jude y busqué su mano debajo del mantel.

—Es un sitio sofisticado —dijo Jude, alzando la vista hacia los techos pintados y las arañas de cristal que colgaban por encima de nosotros.

La mirada de mi padre siguió sus ojos y, pese a que era poco más de mediodía, y estaba sentado en una silla con el respaldo alto, que no se parecía en nada a su viejo sillón reclinable, parecía alerta, consciente del momento. Se trataba de un cambio agradable.

—Es algo excesivo, pero se supone que la comida es increíble —respondió mi padre.

Jude asintió, y bajó la vista al menú de Acción de Gracias del restaurante.

—Muuuy sofisticado —añadió, y se le agrandaron los ojos al comprobar los precios—. Tendrá que dejarme pagar por Luce y por mí, señor Larson.

Mis padres parecieron ofendidos.

Jude trabajaba a tiempo parcial en un garaje cerca del campus para sacarse un dinero extra. Yo no sabía cómo conseguía trabajar veinte horas semanales además de las clases y el fútbol y aun así encontrar tiempo para nosotros, pero lo hacía. Decía que solo era capaz de hacerlo todo porque no dormía. Pensé que no exageraba demasiado.

—No podemos dejarte hacerlo —contestó mi madre—. Os hemos invitado a venir a los dos aquí e insistimos en pagar.

Jude abrió la boca, lo cual era prácticamente un esfuerzo perdido en lo que se refería a discutir con mi madre, pero mi padre hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Nosotros nos encargamos, Jude —dijo él—. Es lo menos que podemos hacer.

El rostro de Jude se quedó inexpresivo —incluso perdió un poco de color— antes de que su mano se cerrara con fuerza en torno a la mía.

—¿Lo menos que pueden hacer por haber destrozado a mi familia?

Me volví hacia él como si me hubieran dado una bofetada. Sabía que Jude se sentía incómodo, pero nunca habría adivinado que estaba tan enfadado. Me equivocaba. Yo le había empujado a aquello. Demasiado, y demasiado rápido.

Mi padre hundió los hombros al recostarse en su silla.

—Me refería a que es lo menos que podemos hacer teniendo en cuenta que has cuidado tan bien de nuestra hija.

Ni Jude ni nadie más tuvo oportunidad de responder, porque llegó nuestra

camarera, quien dirigió sus ojos automáticamente a Jude.

—¿Qué puedo traerles de beber? —preguntó. Bueno, le preguntó a Jude.

Nadie contestó; todos seguíamos en un silencio estupefacto debido al pequeño estallido de Jude. Así que rompí el hielo.

—Yo tomaré té de granada. —Supongo que podría haber agregado «por favor», pero la tipa no apartaba sus ojos como platos de Jude.

—Yo tomaré agua —añadió Jude, mirando la carta.

—Oh, pide algo divertido —intervino mi madre, en un intento por aligerar los ánimos—. Hoy tienen una sidra caliente especial o...

Jude alzó la vista y sus ojos se posaron en mi madre.

—Tomaré agua —repetió, y se le tensó la mandíbula.

Le lancé a mi madre una mirada en plan «déjalo en paz» y me volví de nuevo hacia la camarera. Tenía una fijación con Jude.

—¿Sabes qué? Yo también tomaré agua.

Jude me miró, tenía los músculos del cuello tensos, y le sonreí. Parecía muy angustiado, a punto de volverse loco, como si fuera un gorila enjaulado. Nunca habría imaginado que la comida de Acción de Gracias con mis padres supondría una amenaza de guerra.

Debería haberlo previsto.

—Que sean cuatro aguas —dijo mi padre, dejando su menú sobre la mesa.

—¿Sabes qué van a pedir? —preguntó la camarera.

—Tomaremos cuatro menús de cinco platos del Día de Acción de Gracias.

—Yo no quiero nada —dijo Jude, que negó con la cabeza—. Pero gracias.

—Jude —empecé, antes de que me lanzara una mirada que me cortó.

—No tengo hambre, Luce —insistió—. Estoy bien.

Habíamos ido de mal en peor en diez segundos. Si seguíamos a ese ritmo el resto de la tarde iría cuesta abajo.

—Hijo... —empezó mi padre, y lo único que reflejaba su voz era preocupación, pero Jude lo interrumpió.

—Yo no soy su hijo —replicó Jude, y apretó la mandíbula—. Mi padre está en la cárcel por matar a su hijo, así que no finja que tenemos algún tipo de relación que le permita referirse a mí como «hijo». —Se puso en pie, empujó su silla hacia atrás y se alejó de la mesa.

Yo me levanté de un salto y le seguí. Pese a que caminé rápido, no pude alcanzarle. Se había precipitado por la puerta antes de que yo abandonase el comedor.

En cuanto salí por la puerta, corrí por los escalones hasta la calle.

—¡Jude! —le grité, pero no me oyó. Andaba de un lado al otro junto a la plataforma de su camioneta, con los brazos en jarras y los ojos en otra parte.

Luego se llevó las manos a la cabeza y le dio una patada a la rueda de su camioneta antes de golpear la plataforma oxidada con el puño. Le siguió el otro

puño, hasta que ambos se movían tan rápido que no podía distinguir cuál era responsable de cada nota metálica que estallaba en el aire.

—¡Jude! —Crucé la calle corriendo hacia él; estuve a punto de resbalar en la nieve recién caída—. ¡Jude, para! —Le cogí del brazo.

Estaba tan decidido a darle una paliza a su camioneta que tuve que envolver su brazo con los dos míos antes de que me prestara atención.

—Jude —cogí aire—, ¿qué estás haciendo?

Sus ojos se desviaron de las abolladuras que había ocasionado en su camioneta hasta mí. No pasaron del negro al gris como normalmente hacían cuando interrumpía uno de sus ataques de ira, y que me mirase con esos ojos oscuros, atormentados, me produjo un estremecimiento.

—Necesito que me dejes solo ahora mismo, Luce —dijo, marcando cada palabra.

—No pienso dejarte solo —le espeté decidida sin soltarle del brazo.

—¡Maldita sea, Luce! —gritó, y hundió el otro puño en la plataforma de la camioneta—. Ahora mismo no es seguro que te quedes cerca de mí.

—A mí no me harías daño —repliqué.

—Nunca lo haría a propósito, pero hago daño a las cosas, Luce. Hago daño a la gente. —Apartó la vista—. Claro que no pretendo hacerlo, joder, pero lo llevo en el maldito ADN. El único modo que tengo de protegerte de mí es si reconozco los momentos en que conmigo no estás segura, te lo digo, y tú me escuchas de verdad. —Su tono había pasado de enfadado a suplicante, casi mendicante.

Me estaba suplicando que me diera la vuelta y le dejara solo, cuando en esos momentos era cuando más nos necesitábamos el uno al otro.

—Necesito poner mi mierda en orden. Necesito hacerlo solo —insistió, colocándose su mano en la mejilla, aunque fue cuidadoso, como si tuviese miedo de que el contacto pudiera romperme—. Diles a tus padres que lo siento.

Alcé la mano y cubrí la suya con la mía, tratando de apretarla contra mi mejilla. Sentí algo húmedo y caliente. Sostuve mi mano delante de mi cara, luego cogí la suya.

—Estás sangrando.

—No es nada —dijo, y la apartó.

—Nada es cuando te cortas con el papel —repuse, y le miré la otra mano, de la que también goteaba sangre—. Estás sangrando en la nieve. Necesitas puntos.

Abrí la puerta del conductor y cogí las llaves que Jude había dejado debajo del asiento. No sabía dónde estaba el servicio de Urgencias más cercano, pero estábamos en Nueva York. Tenía que haber un hospital cerca.

—Sube —le ordené—. Te llevo a que te cosan esos cortes.

—No, no vas a hacerlo —replicó él. Me cogió de la cintura y me sacó de la camioneta—. Vas a volver ahí dentro y vas a disfrutar del día con tus padres.

—Necesitas que te miren eso. —Hice un gesto con mis manos en torno a las

suyas.

—Déjalo, Luce —me advirtió. Me soltó y se subió a la camioneta de un salto.

—¡Deja de comportarte como un imbécil y piensa! —exclamé, y le di una patada a su puerta cuando la cerró.

Jude bajó la ventanilla y suspiró. No me miraba.

—Estoy intentándolo —contestó—. ¿Te llevarán tus padres a la residencia?

—Si dijese que no, ¿te quedarías?

No hizo una pausa.

—No —dijo, y encendió el motor—. Pero me aseguraría de que hubiese un taxi aquí para llevarte sana y salva a casa.

Exasperante.

—Entonces sí, me llevarán.

—Bien. —Asintió una vez—. Te llamo luego. Cuando vuelva a pensar con claridad.

Me reí con frustración.

—Si tuviese que esperar a que lograses pensar con claridad, estaría esperando eternamente.

Se le arrugó el rostro al cerrar los ojos.

—Creo que yo también estoy empezando a darme cuenta de eso, Luce.

Maldita sea. Eso no era lo que quería que me contestase, aunque debería haber adivinado que me saldría con eso.

—Lo siento, Jude —repuse—. No era eso lo que quería decir.

Asintió.

—Lo sé, Luce. Sé que eso no es lo que querías decir. —Se aferró al volante con más fuerza—. Pero eso no significa que no sea cierto.

Su voz me hizo esbozar una mueca de dolor.

—Jude...

Entonces, sin mirar en mi dirección, salió de la plaza de aparcamiento, se detuvo y esperó a que me moviera.

Me rendí y di unos pasos atrás.

—Adiós —susurró, y se incorporó al tráfico.

Yo tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no pensaba dejar que se me saltasen, porque hacerlo era como admitir que había algo por lo que mereciese la pena llorar. Algo por lo que mereciese la pena llorar era un punto al que no quería llegar en lo que a Jude y a mí se refería. De modo que no lloré. Contuve las lágrimas. Me concentré en la nieve manchada de sangre a mis pies y me deshice de los pensamientos que se me agolpaban en la mente y que me susurraban que era una señal de lo que estaba por venir.

Regresé al restaurante, haciendo caso omiso de las miradas de curiosidad y desaprobación; incluso conseguí charlar con mis padres y tomar un bocado de todo lo que nos sirvieron. Puse el automático y la cara de «Va todo bien», pero

no iba bien. Cada segundo que pasaba horadaba de nuevo mi corazón. Quería estar con él, para reconfortarle, para asegurarle que estaríamos bien. Que capeáramos esa tormenta.

Después de comer, llevé a mis padres a dar una vuelta por Nueva York. Vimos monumentos, charlamos un poco más, cogimos una cena ligera de un vendedor de la calle y el dolor de mi corazón se hizo más profundo.

—Cariño, ¿estás segura de que no quieres quedarte con nosotros? —me preguntó mi madre en el trayecto de regreso a mi residencia—. Nuestro avión sale mañana temprano, pero podrías quedarte durmiendo, llamar al servicio de habitaciones y coger un taxi de vuelta.

—Gracias, pero tengo un montón de trabajo pendiente y necesito ensayar para el recital de invierno —contesté.

—¿Tienes trabajo en Acción de Gracias? —intervino mi padre.

—Ni que lo digas. —Y soné tan indiferente como me sentía—. Nos tienen esclavizados.

Mi padre emitió una especie de cloqueo con la lengua, negando con la cabeza.

—¿Es aquí, Lucy? —preguntó, asomando la cabeza por la ventanilla hacia la residencia oscura.

—Hogar dulce hogar —dije mientras el taxi se acercaba a la acera.

—¿Estarás bien, Lucy? —me preguntó mi madre, cuando bajábamos del taxi.

—Va a estar genial —mi padre respondió por mí.

Asentí, porque eso era todo lo que me veía capaz de mentir en ese momento.

—Gracias por venir hasta aquí —dije, al tiempo que abrazaba a mi padre—. Y siento que las cosas se hayan torcido tanto.

—La vida se tuerce, mi querida Lucy. —Me dio unas palmaditas en la mejilla—. Es de esperar.

Para alguien que había sido declarado mentalmente inestable cinco años atrás, mi padre era un hombre muy sabio.

Mi madre me envolvió entre sus brazos.

—Todo saldrá bien, cariño —me aseguró al oído—. Los hombres solo necesitan tiempo para aclarar estas cosas. No tienen la necesidad de hablar de ello hasta aburrirse como nosotras.

Su calidez, después de haber permanecido estancada en modo reina de hielo durante los últimos cinco años, me cogió por sorpresa.

—Gracias, mamá —repuse—. Suena a buen consejo.

—Soy una experta —adujo—. Llevo cinco años viviéndolo —añadió moviendo los labios al tiempo que miraba atrás a mi padre.

—Que tengáis buen viaje. —Les di un beso rápido en la mejilla a cada uno—. Os veo en Navidad.

—Te queremos, cariño —se despidió mi madre mientras me veían alejarme

hacia la residencia.

Era evidente que no pensaban apartar sus ojos de mí hasta que estuviese encerrada a salvo en el interior. Para los padres cuyos hijos no se habían criado en Nueva York, la ciudad era un lugar donde se cometían asesinatos en cada esquina y había un criminal al acecho en cada sombra. Estaba casi segura de que mi madre se había bajado del taxi con un bote de gas lacrimógeno apretado en la mano, lista para arrojarlo a las caras de las figuras que pudieran surgir de la oscuridad.

Deslicé mi tarjeta y empujé la puerta. Les saludé con la mano antes de entrar. Me devolvieron el saludo, sonrientes; mi padre rodeaba a mi madre con el brazo, como los padres que eran cuando iba a la escuela.

Al menos había algo en mi vida que parecía ir bien.

El vestíbulo de la residencia estaba tranquilo. En silencio. Casi todo el mundo se había ido a casa con sus familias, y los pocos que quedaban probablemente estarían fuera hasta tarde, de fiesta con sus amigos.

Empujé la puerta de la escalera y recorrí el pasillo vacío, considerando mi siguiente movimiento. Estaba luchando contra todo instinto de saltar al Mazda y no dejar de conducir hasta que hubiese encontrado a Jude. Sabía que tenía que luchar para permanecer allí y hacer lo que él me había pedido. Mantenerme callada, dejarle espacio, y me llamaría cuando el ataque de ira que había sufrido se hubiese calmado.

Pero ¿cuánto tardaría en llamar? ¿Se refería a esa noche? ¿Al día siguiente? ¿A la semana siguiente?

Golpeé la puerta con la cabeza mientras la abría y jugueteé con la idea de lanzar una moneda al aire. Por suerte, llegué a la conclusión de que eso era un desastre en potencia. No pensaba dejar que el destino tomara las decisiones por mí. Ese era mi trabajo. Prefería ser la culpable de tomar la decisión equivocada a permitir que el destino se llevase todo el mérito cuando tomase la correcta.

Encendí la luz y me quedé de pie en el umbral, mirando la cama, en la que descansaban la maleta de Jude y la rosa de color rosa que me había regalado horas antes. La rosa ya estaba empezando a marchitarse.

Observar la flor, los pétalos rosa que empezaban a enrollarse en las puntas a medida que se les escapaba la vida, me ayudó a decidirme. Apagué la luz, volví a cerrar la puerta y corrí hasta el vestíbulo. No iba a dejar que lo que teníamos se acabase por abandono.

Había bajado la escalera y salido por la puerta solo unos minutos después de que mis padres se hubiesen marchado. Me apresuré a ir al garaje, con cuidado de no resbalar y caerme en la nieve. Lo último que necesitaba en ese preciso momento era un esguince. Eso me dejaría semanas sin bailar.

El coche había sido mi único derroche en la universidad. Bueno, un *enorme* derroche. Solo para pagar la factura mensual del garaje, había trabajado tantos

turnos dobles en el café el verano anterior que aún tenía pesadillas en las que rompía tazas y derramaba el café sobre los clientes.

Para cuando trepé al Mazda tenía los pies congelados, así que lo primero que hice fue poner la calefacción al máximo. Al salir del garaje, le di al gas un poco demasiado fuerte dadas las condiciones del invierno. El coche derrapó en la nieve antes de que lo mantuviera bajo control. Y eso que aún no había llegado al final de la manzana siquiera.

Respiré lentamente, di gas con cuidado y el coche se comportó.

Para cuando salí de la ciudad, me sentía justo lo bastante cómoda conduciendo en la nieve como para que no resultara peligroso, pero las carreteras estaban tranquilas y cuando llegara a Siracusa lo estarían más todavía. Serían bien pasadas las dos de la mañana, quizá incluso más tarde con las carreteras así, antes de que aparcara en la gravilla de delante de casa de Jude.

No sabía si era allí adonde había ido —podía estar en cualquier parte—, pero ese sería mi punto de inicio. Buscaría por todos los rincones y exploraría cada recoveco hasta encontrarlo. No me importaba que me hubiese dicho que le dejase en paz, que le diese tiempo para aclarar sus historias. También sabía que había una parte de verdad en lo que mi madre me había dicho acerca de los hombres y sus problemas para hablar de las cosas.

Yo no necesitaba hablar, solo necesitaba que Jude supiera que estaba ahí para él. Solo necesitaba que me sostuviera mientras arreglaba sus historias. Necesitaba que supiera que no me iba a ir a ninguna parte y que no podía enviarme a ningún sitio que no fuese donde estaba él.

Solo necesitaba que me mirara a los ojos y saber que todo iba a salir bien.

Eran más de las tres cuando apagué el motor delante de su casa. La nieve había hecho el viaje difícil y había sumado una hora al trayecto de cinco. Aunque ya no estaba cansada, porque aparcada junto al jardín de delante se hallaba la camioneta de Jude.

El puñado de coches habitual salpicaba la calle y la entrada a la casa. No parecía que hubiera ninguna fiesta esa noche, pero siempre aparecía alguien, y las vacaciones no eran ninguna excepción.

Crucé el jardín de delante, asegurándome de avanzar lentamente porque la caída de las temperaturas había cubierto la mayor parte del estado de Nueva York de una fina capa de hielo. Todavía llevaba los zapatos de tacón de aguja, y no eran precisamente los zapatos ideales para caminar por el hielo.

Llegué al camino de entrada, subí los escalones y, al apoyar la mano en el pomo, exhalé y me di cuenta de que me había dado tanta prisa por llegar allí que no había planeado realmente qué iba a decir.

No hacía falta que dijese nada, me recordé. Solo necesitaba rodearle con los brazos y hacerle saber que estaba allí para él. Como él quisiera. Mientras no me abandonara en alguna calle del Soho.

No llamé, porque no habría contestado nadie. Allí no llamabas, te limitabas a entrar como si estuvieras en tu casa.

Había varios tíos en el salón, comiendo pizza y jugando a videojuegos, pero nadie se dio cuenta de mi presencia cuando entré. Jude no estaba entre ellos, así que subí las escaleras deseando que mi búsqueda terminara en su cuarto. No necesitaba público para cualquiera que fuese la reacción de Jude al verme aparecer en medio de la noche.

Tenía la puerta cerrada, y no se oía más sonido que el de la ducha. Abrí la puerta y entré. Ya me dirigía al baño cuando me di cuenta de que el que estaba en la ducha, haciendo que la habitación se llenase de nubes de vapor, no era Jude.

Él estaba tirado en su cama, en coma etílico.

Como su madre lo trajo al mundo.

Sus dedos aún rodeaban una botella de tequila prácticamente vacía. Mi mente no era capaz de seguir el ritmo de todo lo que se le venía encima. Jude. Desnudo. Cama. Borracho. Tequila. Ducha.

Justo cuando me daba un vuelco el corazón, el grifo de la ducha se cerró. Deseé dar media vuelta y salir de esa habitación y de esa casa, y fingir que no había visto nada. Deseé despertarme al día siguiente con la memoria borrada desde las doce del mediodía del día anterior hasta las tres de la mañana de ese día.

Oí como se deslizaba la cortina de la ducha y, justo cuando retrocedía hacia la puerta, alguien salió del cuarto de baño. Tan desnuda como Jude, y aún mojada a causa de la ducha, Adriana alzó la vista en mi dirección y bajó el rostro un segundo. Luego lo alzó para sonreír.

—Uy —soltó, al tiempo que se volvía hacia mí para que pudiese contemplar cada centímetro desnudo del cuerpo del que Jude había disfrutado—. No te esperábamos precisamente.

Seguí avanzando de espaldas, incapaz de abandonar la habitación lo bastante rápido. Con las prisas, golpeé el lateral de la cómoda de Jude con la cadera. Una foto enmarcada cayó al suelo y se hizo añicos.

El ruido despertó a Jude con un sobresalto. Sacudió la cabeza y lo primero que asimiló fue la botella que agarraba con fuerza. Junto las cejas. Luego examinó sus brazos desnudos, y sus ojos se desplazaron por todo su cuerpo. Entonces frunció el entrecejo. Luego observó a Adriana, en todo su húmedo esplendor, y esta dejó de sonreírme con suficiencia por un momento y le guiñó el ojo.

Jude se puso pálido y entonces, cuando sus ojos barrieron la habitación hasta mí, se le descompuso el rostro. Como se había descompuesto el mío.

Yo no pensaba derrumbarme delante de ella. No iba a permitir que viese que había ganado. Por fin alcancé la puerta y salí a trompicones. Ya estaba corriendo por el vestíbulo cuando Jude gritó detrás de mí.

—¡Luce!

No me detuve, ni siquiera aminoré. No volvería a detenerme, ni a aminorar, ni a suspirar porque él pronunciara mi nombre. Bajé la escalera disparada y me topé con un pecho duro.

—Uh —dijo Tony, que me sujetó—. ¿Lucy? ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó—. ¿Por qué estás tan alterada?

Eché un vistazo por encima del hombro, y me deshice de Tony. No vi a Jude, pero su voz se estaba acercando.

—¡Luce! —me llamó de nuevo por el pasillo—. ¡Espera!

No lo hice. No podía hacerlo.

Salí a toda prisa por la puerta, salté los escalones de la entrada y patiné prácticamente todo el camino hasta el Mazda. Me temblaban las manos, pero logré sacar las llaves del bolsillo de mi abrigo y encender el motor. Cuando ponía el coche en tracción, una sombra eclipsó la luz amarilla que se proyectaba desde la puerta abierta de la casa.

Jude.

Di gas, olvidando que estaba encima del hielo. Los neumáticos giraron sin llevarme a ninguna parte.

—¡No, Luce! —chilló, tan alto que pude oírlo desde el otro lado del jardín y pese a estar dentro del coche con las ventanillas subidas.

Tomé aire, solté el acelerador esa vez y conseguí algo de tracción. Animando al Mazda a que avanzara, cogí algo de velocidad.

Antes de haber dejado atrás varios coches, atisé a Jude saltando los escalones y corriendo por el césped detrás de mí. Seguía desnudo, sin nada salvo unos bóxers apretados delante de sus partes bajas.

Agarré el volante con fuerza y pisé el acelerador, rezando por no acabar en la cuneta al otro lado de la calle.

—¡Lucy! —gritó al tiempo que golpeaba el lateral del coche.

Chillé por la sorpresa, y di más gas.

Él golpeó mi ventanilla, rodeando el coche.

—¡Para, Lucy! —gritó—. ¡No hagas esto!

No podía mirarle. No podía mirar lo que había perdido tan poco después de haberlo perdido. Mantuve los ojos en el asfalto, me mordí el labio para evitar llorar y negué con la cabeza antes de pisar el acelerador.

Dejó de seguir el ritmo del coche cuando llegué al final de la manzana y, aunque me juré que no lo haría, miré por el espejo retrovisor.

Jude estaba agachado en medio de la calle, el vaho de su aliento ascendía en el cielo nocturno, y su cabeza pendía como si estuviese rezando y aceptando su castigo al mismo tiempo.

Capítulo

II

No sé cómo conseguí llegar al aparcamiento de un hotel a las afueras de Monticello de una pieza, pero supongo que tuvo algo que ver con algún ángel. Por la radio habían emitido numerosas alertas que aconsejaban a la gente que se mantuviera alejada de las carreteras y, en caso de tener que salir por una urgencia, que se aseguraran de llevar cadenas.

Así que el hecho de que alguien que jamás había conducido con nieve consiguiera hacerlo cientos de kilómetros sin desviar su coche sin los neumáticos adecuados hacia una mediana debe de significar que intervino la mano divina.

Cogí el bolso y me bajé del coche. Mis tacones resbalaban y patinaban por el aparcamiento, pero conseguí llegar al interior del vestíbulo sana y salva. El ambiente olía a café y a algún tipo de producto químico de limpieza. Pero estaba limpio y Jude no podría encontrarme allí.

Sabía que iría a buscarme, había estado mirando por el retrovisor cada kilómetro y medio, a la espera de que los faros cuadrados de su camioneta me iluminaran, pero no lo hicieron. Aunque, de nuevo, ¿quién sabe? Quizá le había sobreestimado. Quizá su sistema había eliminado todo el rollo de la persecución al recorrer una calle helada a toda velocidad sin nada más que un taparrabos. La idea me deprimió aún más. Yo quería que me persiguieran, en una parte de mí que no quería reconocer; quería saber que significaba más para él que unos pocos minutos de carrera tras los que desistir.

Pero entonces recordé el cuerpo brillante y desnudo de Adriana y esa sonrisita triunfante, y juré que no quería volver a ver a Jude Ryder jamás.

Caminé con cuidado por el vestíbulo, como si siguiera pisando hielo, y la recepcionista alzó la vista. Su sonrisa era cálida.

—Buenos días —me saludó.

—Hola —respondí, puesto que aquella mañana no tenía nada de «bueno»—. Necesito una habitación si tienen.

No me había dado cuenta de que podían estar completos. La idea de volver a meterme en el coche y conducir con los nudillos blancos unos cuantos kilómetros más hizo que se me revoliera el estómago.

—Claro —dijo, y tamborileó con los dedos en el teclado—. ¿Cuánto tiempo se quedará con nosotros?

« Todo lo que pueda. Hasta que se acabe el mundo» .

—Hasta el domingo —contesté. No quería estar en mi habitación o en un lugar en el que pudiesen encontrarme hasta que no me quedase más remedio.

—No registramos las entradas hasta las tres, así que técnicamente se supone que debo cobrarte cuatro noches —me explicó sin mirarme al tiempo que pasaba una tarjeta por un artilugio.

—Está bien —repuse, y saqué mi cartera.

—Pero es Acción de Gracias, y me gusta dar una tregua « técnicamente» por las vacaciones —añadió, levantando la vista con esa sonrisa de nuevo.

—Gracias. —Le tendí mi tarjeta.

No sabía cuánto costaría. Ni siquiera sabía si la única habitación que les quedaba era la suite presidencial. Solo necesitaba arrastrarme hasta una cama y dejar que me sobreviniera el sueño.

Cogió mi tarjeta y estudió mi rostro. Su sonrisa dio paso a un gesto de preocupación.

—Cariño, ¿estás bien?

Genial. Era un caso perdido andante. Supongo que lo delataban los ojos enrojecidos y la cara hinchada.

Asentí.

—Solo estoy cansada —aseguré, y deseé que pudiera pasar mi tarjeta más rápido para ponerme en camino.

Me la devolvió.

—Llama a recepción si necesitas algo. —Apoyó su mano en la mía. Me dio unas palmaditas y me sonrió de nuevo—. No puedo negar que me encantan, pero los hombres son un enorme grano en el culo.

No pregunté por qué de entre toda la población de recepcionistas de hotel había acabado delante de la más intuitiva, porque la ironía de la situación encajaba con el tono de las últimas veinticuatro horas.

Traté de devolverle la sonrisa y di unos golpecitos con la tarjeta sobre el mostrador.

—Qué razón tiene... —repuse, antes de dirigirme al ascensor.

Llegué al tercer piso; incluso recorrí el pasillo y entré en mi habitación antes de la siguiente tanda de lágrimas. Para considerarme alguien que detestaba llorar, ese día me estaba tragando unas cuantas palabras. Dedicué unos segundos a quitarme los zapatos y el abrigo, me deslicé bajo las mantas y cerré los ojos. Estaba dormida antes de que la siguiente lágrima pudiera caer en la almohada.

Pasé los siguientes tres días en la habitación. Dormí prácticamente todo el viernes, después miré la televisión sin ver, y no pedí mi primera comida hasta el sábado por la tarde, porque había perdido el apetito. Incluso entonces, tuve que obligarme a acabarme medio sándwich vegetal con pan de trigo. Entre hacer zapping y dormir, me duchaba. Prefería la ducha al baño porque mientras me

duchaba podía fingir que no estaba llorando. Traté de encontrar un estudio de ballet para sacar parte del dolor que me abrasaba. Por supuesto, no había un solo estudio abierto durante las vacaciones.

Había apagado el teléfono al despertarme el viernes, porque Jude había estado llamando cada media hora desde esa mañana temprano. Imaginé que entonces ya habría vuelto a mi residencia, solo para descubrir que yo no estaba, y se estaría volviendo loco intentando averiguar dónde me había metido o preocupado por lo que pudiera haberme pasado en esas carreteras.

Al apagar el teléfono me recordé que un hombre que se acostaba con otra mujer no tenía derecho a preocuparse o a que le tranquilizasen diciéndole que me encontraba bien.

El domingo dormí hasta tarde, pues quería posponer lo inevitable. El hotel había sido una especie de cálido arrullo, pero no podría esconderme para siempre. Debía volver a la realidad, y no tenía ninguna intención de destrozar mi vida por un tío al que para empezar no debería haber dejado entrar en ella.

El hielo y la nieve se habían derretido el viernes por la tarde, así que esa vez las carreteras y mi Mazda se entendieron mucho mejor. Lo único con lo que tenía que lidiar era con el tráfico de regreso de las vacaciones.

Era tarde cuando llegué a Nueva York. Me dije a mí misma que no era porque lo estuviese evitando, sino porque quería admirar las vistas de la silueta de la ciudad desde detrás del parabrisas de mi coche. Por supuesto, llevaba todo el fin de semana en estado de negación, así que ¿por qué iba a dejar de estarlo entonces?

El garaje volvía a estar prácticamente lleno. Aparqué en el espacio que tenía asignado, apagué el motor y respiré hondo varias veces antes de salir. No podía seguir aplazándolo.

Jude y su camioneta no estaban a la vista, así que quizá no me había equivocado y no me había dedicado más que unos minutos de persecución y trepicientas llamadas. La idea era una de las más deprimentes que había tenido hasta la fecha.

Todavía llevaba la ropa con la que había salido de la residencia el jueves, pero estaba arrugada, sucia, para la basura.

Incluso desde la escalera podía oler las señales y oír vagamente los sonidos de que India había vuelto. Era justo lo que necesitaba. Hacerme un ovillo junto a mi amiga mientras ella preparaba algún tipo de té hippy que contuviera no quería saber qué, al tiempo que yo lloraba a lágrima viva y ella me daba algún sabio consejo en la línea de contratar a un brujo que le hiciera vudú a Jude.

Empujé la puerta de la escalera, que me pareció dos veces más pesada de lo habitual, y me puse rígida en cuanto eché a andar por el pasillo. La misma figura, casi en la misma posición en la que la había atisbado por el espejo retrovisor tres noches antes, se hallaba en cuclillas al otro lado del pasillo,

mirando mi puerta como si rogara que le dejara entrar.

Acababa de dar mi primer paso atrás hacia la puerta cuando los hombros de Jude se pusieron rígidos, justo antes de que su cabeza se volviera de golpe en mi dirección.

—Luce... —resolló, como si fuera una oración.

Sacudí la cabeza, y los ojos se me llenaron de lágrimas de nuevo al continuar retrocediendo. Ya no podía seguir con aquello. No podía seguir con Jude, porque iba a acabar significando mi muerte. O mi reclusión en alguna institución mental.

—Luce, por favor —suplicó, y se esforzó por ponerse en pie. Se tambaleó. Como si se hubiera quedado sin fuerzas o fuese pedo.

Yo seguí retrocediendo. Era la única forma que conocía de protegerme de él. Seguiría retrocediendo hasta el fin del mundo si tenía que hacerlo.

—Luce —repetió, y su rostro entero se contrajo. Se apoyó en la pared para mantener el equilibrio y dio un par de pasos en mi dirección antes de que le flaquearan las piernas y se desplomara sobre las rodillas.

Respondí de forma instintiva, no racional. Mientras corría hacia él experimenté el repentino temor de que se estuviera muriendo. Nunca había visto a Jude débil; no pensé que fuera posible. Vulnerable, seguro, pero nunca débil. Y ahí estaba, incapaz de dar un paso soportando su propio peso.

Me deslicé hasta el suelo junto a él, y enseguida advertí que su falta de equilibrio y coordinación no estaban inducidas por el alcohol. Su aliento, entrecortado, no olía más que a Jude, y tenía la mirada despejada.

Excepto cuando alzó sus ojos para encontrarse con los míos, entonces los vi enturbiados por alguna emoción tan profunda que estaba segura de que nunca podría precisarla.

—Dios, Luce —resolló, demacrado, y respiró con esfuerzo—, no vuelvas a hacerme esto.

Me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia sí con toda la fuerza que le quedaba. No era su abrazo habitual, el que me hacía sentir como si esos brazos pudieran protegerme del mundo entero; este era flojo e incluso un poco incómodo.

Me aparté de él, segura de que no iba a morir en breve, y mi pena se transformó en ira. En parte porque Jude se encontrara allí cuando ya no tenía derecho, y en parte porque me veía obligada a volver a ver lo que había perdido. Su rostro se contrajo de dolor cuando le empujé.

—¿Que no vuelva a hacerte esto? —escupí las palabras. No me importaba lo débil que se sintiera; no se merecía ni una pizca de compasión—. ¿Que no vuelva a hacerte esto? —Parecía incapaz de pronunciar nada más.

—Sí —contestó, mirando al suelo—, no vuelvas a hacerme esto. ¿Tienes idea de lo preocupado que estaba por ti? —Sus palabras eran pesadas, como si el oxígeno se negase a alojarse en sus pulmones—. ¿Sabes cuántas veces he puesto

esta ciudad patas arriba buscándote, comprobando que no estuvieras muerta en algún callejón? ¿Sabes a cuántos hospitales, comisarías y centros de noticias he llamado cada hora para asegurarme de que no te hubieran encontrado tirada en alguna cuneta? —Sus ojos volvieron a levantarse hasta encontrar los míos, resplandecían como el ónice—. Así que sí, no vuelvas a hacerme esto.

—Perfecto —repliqué, y le empujé el pecho de nuevo. Por primera vez conseguí moverlo—. Dejaré de hacerte esto a ti cuando tú dejes de tirarte a garras a mis espaldas. Ah, espera, he terminado contigo y con tus mentiras, así que puedes tirarte a quien te dé la gana. —Volví a empujarle, me levanté corriendo y me lancé hacia mi puerta. En ese momento necesitaba algo que nos separase, preferiblemente un estado o dos, pero tendría que conformarme con la puerta de una habitación de residencia de estudiantes.

—No has terminado conmigo —dijo y apretó los dientes al tratar de ponerse en pie.

—Oh, sí que lo he hecho. ¡He terminado contigo del todo, Jude Ryder! —grité, y me volví hacia él cuando ya había abierto la puerta—. ¡Se acabó! —Cerré la puerta de un portazo, pero esta rebotó. Jude se había interpuesto en el vano, de modo que había conseguido golpearle un lado de la cara con fuerza.

Hizo una mueca, pero parecía más por un tipo de dolor que no era físico.

—¡Eh, vosotros dos, demonios! —gritó India, al tiempo que saltaba de su silla—. Dejaos de numeritos. No sois la primera pareja que tiene una pelea, así que dejad de actuar como si lo fuerais.

Me empujó a un lado y se inclinó junto a Jude para mirar por el pasillo.

—¡Lo siento! —gritó—, ¡estamos arreglando unas cosillas! No os mantendremos despiertos toda la noche.

Hizo un gesto hacia el pasillo y observó a Jude, que estaba apoyado contra el marco de la puerta, respiraba como si aún no pudiera recobrar el aliento y miraba el suelo como si esperase que se lo tragase. India lo cogió por los hombros y tiró de él hasta el interior de la habitación.

—Entra, capullo tarado.

Una vez que Jude estuvo dentro, India cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella. Exhaló y miró donde estaba yo, a los pies de mi cama, de brazos cruzados y desviando la vista a todas partes menos hacia Jude.

—Escucha al chico —me ordenó—. Él se lo ha ganado, y tú te lo mereces.

—Espera —mis ojos buscaron los suyos rápidamente—, ¿ya has hablado con él? ¿De verdad te crees el montón de mentiras que te haya contado?

India no era ninguna ingenua, y creía que el ser humano, como especie, no era de fiar, así que lo que quiera que Jude le hubiera contado tenía que haber sido impresionante.

Una impresionante y gigantesca mentira.

—Eso es. Cuando he vuelto y me lo he encontrado acampado en el pasillo,

negándose a marcharse, me he sentado y le he escuchado —dijo, mirándome como si me estuviese comportando como una niña malcriada—. ¿Tienes algún problema con eso?

—Solo varios millones —repliqué—, amiga —añadí para que se sintiera culpable.

No funcionó.

—Escucha, amiga —contestó ella, alzando una ceja—. Él está aquí. Tú estás aquí. Hablad de esta historia y, entonces, cuando esté todo claro, puedes volver a odiarle.

Se acercó a mí y me rodeó con sus brazos para darme un fuerte y largo abrazo. Sus largos pendientes de oro tintinearón contra mi hombro.

—Habla. Escucha. Sé que parece difícil, pero en realidad no lo es —añadió, al tiempo que se encaminaba hacia la puerta—. Estaré en el salón si me necesitáis.

Se acercó a Jude y le dio una palmadita en la mejilla. Él no contestó.

—Tienes tu oportunidad. No la pierdas.

India abrió la puerta y se quedó mirando a Jude con el ceño fruncido.

—Intenta que este hombre coma o beba algo, Lucy. Estará a las puertas de la muerte si no ingiere algún líquido. Y tú será mejor que bebas, capullo —agregó, dándole un golpecito en la pierna con el pie—. Porque una persona solo puede pasar siete días sin líquidos antes de que el sistema se colapse. Calculo que vas por el cuarto.

Antes de cerrar la puerta tras sí, India me dirigió una leve sonrisa de ánimo, luego Jude y yo nos quedamos a solas.

Con todo lo enfadada que estaba con él, una inquietante preocupación me atormentó. Jude estaba débil, cansado, apenas era capaz de recuperar el aliento y miraba al suelo sin verlo.

—¿De verdad no has comido ni bebido nada en cuatro días? —le pregunté mientras me levantaba y me dirigía hacia el mini frigorífico.

—No lo recuerdo —respondió, y su voz era tan débil como el resto de él.

—Maldito idiota —murmuré, y cogí un par de botellas de agua y una tableta de chocolate que India y yo guardábamos en la parte de atrás para emergencias. Un hombre a punto de desmayarse por no comer nada en días encajaba con la definición de emergencia.

Me arrodillé delante de él y desenrosqué el tapón de una de las botellas.

—Toma —le dije, alzándola hasta sus labios—, bebe.

No era una petición.

Él no se movió; tenía la cabeza colgando, y sus puños se abrían y cerraban sobre sus muslos.

—Jude. —Le alcé la barbilla hasta que nuestros ojos se hallaron a la misma altura—. Bébete esto. Por favor.

Sus ojos estaban tan apagados como su abrazo en el pasillo. Algo se me retorció en la garganta, algo más profundo que nada que hubiese sentido.

Abrió los labios, yo levanté la botella hasta su boca y la incliné para que cayera un chorro regular.

Jude empezó a tragar, sosteniéndome la mirada, bebiéndose todo lo que le daba hasta que la botella quedó completamente vacía.

Tuve que apartar la vista, porque no podía seguir mirando esos ojos. El gris parecía haberse desvanecido, sin dejar nada salvo el color negro.

—¿Mejor? —pregunté. Arroqué la botella a un lado y le tendí la otra.

Él asintió, y parecía a punto de atraerme hacia sí.

—Bien —añadí, y alcé la mano y le crucé la cara. No me había dado cuenta de que iba a hacerlo, pero me sentó muy bien.

Al menos me sentó bien hasta que él se encogió de dolor y sus ojos se cerraron al tiempo que su mejilla enrojecía con la señal de mi mano.

—Lo siento. —Me incliné para inspeccionarle la cara.

Acababa de golpear a Jude. Con fuerza. Y ni siquiera sabía que iba a hacerlo.

Atención, porque la montaña rusa había alcanzado la cima y estaba a punto de lanzarse en picado.

—¡Oh, Jude! —dije, preocupada por su cara. Era pura emoción e instinto, reducida a un monstruo—. Lo siento.

—Hazlo otra vez —susurró él, con los ojos cerrados todavía.

—¿Qué? —repuse, con la esperanza de haberle oído mal o haber malinterpretado lo que quería decir—. No.

—Hazlo. —Abrió los ojos y me miró fijamente—. Otra vez.

La montaña rusa estaba descendiendo. Hasta abajo.

—No —repliqué de nuevo, y me pregunté si la bofetada había activado algo.

—¡Maldita sea, Luce! —grité, y me cogió de la muñeca cuando intenté apartarme de él—, ¡pégame otra vez!

—¡No! —Yo también estaba gritando—. ¡Suéltame, Jude!

—¡Pégame! —chillé, y levantó mi mano por encima de él para golpearse la cara—. ¡Otra vez! —Me cogió la otra mano, extendió mis dedos y se la llevó a la otra mejilla.

—¡Para! —exclamé, tratando de liberar mis muñecas. Sus manos se cerraban como cepos en torno a las mías, sin soltarme. Se llevó la otra palma a la cara, y luego la otra—. Para —gimoteé, la garganta se me contraía con los sollozos.

No lo hizo. Una y otra vez, Jude se golpeó la cara con mis manos hasta que me hormiguearon.

—Jude, para. —Lloré, y mis sollozos me acunaban. Él tenía las mejillas rojas, los capilares rotos en la superficie—. Por favor.

Entonces, tan repentinamente como había empezado, me liberó las manos,

dejando que cayeran en mi regazo. Me picaban, como si cientos de agujas me pincharan la superficie, pero lo que sentía por dentro era más doloroso.

Quería al hombre destrozado de rodillas delante de mí, le quería como nunca querría a otro. Pero no podía estar con él. Por multitud de razones, ese último episodio solo una más.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó, y se dejó caer hacia atrás, con mi cama como respaldo.

—No —repuse, limpiándome el rostro con la parte de atrás de mi abrigo. Me miré las manos abiertas como si no pudiera creer de qué eran capaces.

—Yo tampoco —contestó, al tiempo que se frotaba la cara con las manos.

Su respiración se había acelerado, y las partes de su rostro que no estaban rojas aparecían blancas y sudadas. Nunca había visto a Jude tan frágil; nunca le había imaginado así.

—Toma —le dije, y le tiré la tableta de chocolate—. Cómete eso.

—Creí que no te importaba —respondió mientras volvía la tableta en su mano y la inspeccionaba.

—Y no me importa —mentí, adoptando una postura más cómoda en el suelo—. Solo cómetela. No quiero que te desmayes, porque haría falta media docena de tíos para moverte.

La comisura de los labios se le elevó cuando desenvolvía el chocolate. Rompió un trozo y me lo lanzó.

—Tienes pinta de necesitar alimento tanto como yo —dijo, y arrancó otro trozo—. Como si tú también comes.

Suspiré, sabía que tenía razón, por mucho que deseara que no fuera así.

—Vale. —Di un mordisco y dejé que el chocolate se deshiciera en mi boca.

Jude levantó su trozo para que lo viera y se lo metió en la boca de una pieza. Lo masticó, mirándome como si considerara su siguiente movimiento.

—No me acosté con Adriana, Luce.

Casi me atraganto con el último pedacito de chocolate que todavía se estaba derritiendo en mi boca. Jude no tenía intención de facilitar esa conversación. Pensaba arremeter contra la bandera roja como un toro.

—Claro que no —le espeté mientras me quitaba los zapatos y los arrojaba al otro lado de la habitación—. Solo necesitaba que le prestases tu ducha. Mientras tú echabas una cabezadita desnudo en la cama. Con una botella de tequila vacía en la mano.

Se le tensaron los músculos del cuello; les siguió su mandíbula.

—No me acosté con ella, Luce —repitió.

Me reí, de forma ligeramente entrecortada.

—Estabas borracho, Jude. Completamente pedo —añadí, y traté de no volver a visualizar toda la escena mentalmente—. ¿Cómo demonios ibas a saberlo?

Me ofendía que siguiera manteniendo todo el número de la negación. Jude

sabía que yo no era una ingenua, y el hecho de que me tratara como si lo fuese me resultaba sencillamente ofensivo.

—¿Que cómo demonios iba a saberlo? —repitió, con el rostro contraído de incredulidad—. ¿Que cómo demonios iba a saberlo, Luce? —Vale, entonces el que parecía ofendido era él—. Lo sé porque, aunque me bebiera hasta la última gota de alcohol de todos los bares de mala muerte de esta ciudad, solo hay una chica con la que querría acostarme. Solo habría una chica con la que podría fantasear siquiera con irme a la cama.

—Déjame adivinar —reflexioné, dándome golpecitos en la sien—. ¿Adriana Vix?

Jude estrelló el puño contra el suelo.

—¿Puedes dejar de ser tan difícil, joder?

—¿Puedes dejar tú de follar con zorras manipuladoras a mis espaldas? —Golpe bajo, pero ahí es donde me apetecía golpear.

—No puedo dejar de hacer algo que no he empezado nunca —replicó, y estiró el cuello, tratando de desactivar la bomba de relojería que podía estallar de nuevo.

—Así que ¿me estás diciendo que Adriana Vix, desnuda y recién duchada, sencillamente apareció por arte de magia en tu habitación? —Esperaba que sonase tan absurdo como era.

—¿Me creerías si te contase lo que ocurrió? —preguntó él a su vez, manteniendo la voz baja, los músculos relajados.

—No —le espeté—, pero estoy segura de que será muy entretenido y bastante imaginativo, así que, por favor, cuéntamelo.

Cogió aire de nuevo, esforzándose de verdad por no responder a mis provocaciones.

—Después de marcharme del restaurante, volví a casa. Estaba cabreado conmigo mismo por estropear el día, así que cogí una botella de tequila, subí y me encerré en mi cuarto hasta que estuve borracho.

—Totalmente pedo —aclaré.

—Luce... —me miró—, tú y yo sabemos que haría falta mucho más que una botella para que me pusiese pedo.

Bueno, ¿y qué si el tío aguantaba el alcohol? Ese día no. No con el estómago vacío. No después de haber dejado a su novia en medio de una calle llena de nieve.

—Claro que estaba tocado, pero, cuando me metí en la cama esa noche, estaba solo. Y al menos llevaba unos bóxers puestos.

—De modo que... ¿Adriana se coló en tu habitación, te desnudó, te posicionó y se metió en la ducha?

—Quizá.

—¿Y en qué parte de la cara llevo tatuado « idiota » ? —inquirí, fulminándole

con la mirada.

—¡Jamás te he tratado como si fueses idiota, Luce, así que no vayas por ahí! —gritó él—. Te digo lo que sé que ocurrió, reconozco lo que no sé, pero te juro, sobre la tumba de tu hermano, que esa noche no me llevé a Adriana Vix a la cama.

Retrocedí impulsada por sus palabras, apartándome todavía más de él.

—No se te ocurra meter a mi hermano en esto —le advertí, apuntando el dedo hacia él—. ¡No se te ocurra jurar sobre su tumba, maldito mentiroso!

—De acuerdo. —Jude exhaló por la nariz—. No juraré sobre la tumba de nadie. Solo te daré mi palabra. No lo hice, Luce. Te quiero. Solo te querré a ti, siempre. —El dolor volvió a reflejarse en sus ojos—. Necesito que me creas.

Me reí.

—Menuda mierda.

Dejó caer la tableta de chocolate a medias a un lado y suspiró. Estaba cansado y agotado, quizá incluso más que yo.

—Entonces necesito que confíes en mí, Luce. —Alzó la vista y se encontró con mis ojos, y no necesitó palabras para entender lo que quería decir.

Confianza. Lo que yo no le había dado unos meses atrás. Por lo que había pagado tras no dársela. Lo que le había prometido que siempre tendría.

Y ese era el golpe bajo de Jude. Pedirme que confiara en él, sabiendo que no podría negárselo cuando lo había hecho antes. Sabía lo que había visto, así que no podía creerle. Pero le conocía, y por eso —no importaba lo absurdo que fuese todo ese rollo de negación— decidí confiar en él.

—Vale —resollé, y me di cuenta de que la confianza resultaba tan dolorosa como el amor.

Por fin pudo dejar de contener el aliento. Todo su cuerpo se relajó.

—Entonces ¿estamos bien? —preguntó, tan bajo que parecía temer la respuesta—. ¿Vamos a ser capaces de superar esto?

Me temblaban las manos, pero «esto» era eso. El final.

—Confío en ti, Jude —comencé, concentrada en mis manos temblorosas, por que no podía ver como su rostro se desmoronaba de nuevo—, pero ahora mismo no puedo hacer esto. Necesito un descanso.

Tuve que hacer una pausa para recomponerme antes de proseguir.

—No puedo seguir con estos altibajos, sin saber nunca qué va a haber a la vuelta de la esquina. Necesito tiempo para recuperarme. Para averiguar qué quiero y cómo, y si encaja con nosotros. Necesito... tiempo.

Jude permaneció callado, inmóvil, todo el tiempo, dejándome expresar lo que necesitaba.

—Luce —dijo tras un minuto de silencio—, ¿estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

Su voz casi me hizo romper a llorar de nuevo.

—Sí —contesté, y volví las palmas de mis manos—. Eso creo.

Inspiró profundamente y dejó caer la cabeza en mi colchón.

—Ahora mismo solo necesito algo de tiempo, Jude —me apresuré a explicar, queriendo darle una pizca de esperanza que sabía que no había—. Necesito un descanso del tornado que tú y yo creamos allá donde vamos.

—¿Cuánto tiempo? —Su voz era un susurro; tenía la mirada fija en mi regazo, donde me temblaban las manos.

—No lo sé —respondí—. Un mes. Quizá más.

—¿Un mes? —Dio un grito ahogado y golpeó el suelo de nuevo.

—No lo sé, Jude. Mierda, ahora mismo no lo sé —repetí, a punto de perder la calma de nuevo—. Lo siento.

Y lo sentía. A pesar de lo que hubiese ocurrido o no en la habitación de Jude el jueves por la noche, no quería herirle. No quería ser la responsable del dolor de su voz o de la agonía de su rostro.

Me observó detenidamente, en silencio. Durante lo que me pareció una eternidad. Sus ojos no se perdían nada.

Gateó por el suelo hasta mí y apoyó sus manos en las mías, que todavía temblaban.

—Vale —contestó, con voz tensa—. Tómate tu tiempo. Tómate todo el tiempo que necesites. Estaré aquí cuando estés preparada. No importa lo que tardes. Siempre estaré aquí, Luce. Soy tuyo. —Me apretó las manos—. Siempre.

Se puso en pie y me miró fijamente desde arriba, manteniendo la compostura por los pelos. Como si la idea de volverse y salir por la puerta le paralizase. Se agachó y me besó la coronilla.

—Te quiero, Luce —dijo—. Y siento que formar parte de tu vida la haya hecho tan difícil. Y siento ser un pedazo de mierda que está intentando encontrar el modo de dejar de ser un pedazo de mierda. —Abrió la puerta y se detuvo antes de cerrarla tras sí—. Haría cualquier cosa por hacerte feliz.

En cuanto la puerta se cerró, mis ojos se desviaron hasta ella, deseando poder retirarlo todo. Pero sabía que no podía. No podía seguir haciéndome eso a mí misma. No era sano sentir ese tipo de emociones abrasadoras de manera regular.

Permanecí sentada en la misma posición, diciéndome a mí misma que había cometido un tremendo error, solo para recordarme dos segundos más tarde que había hecho lo correcto. No estaba segura de cuánto tiempo llevaba haciendo de abogado del diablo conmigo misma cuando llamaron a la puerta.

—Adelante. —Me dolía la garganta y tenía la voz ronca.

India asomó la cabeza por la puerta y frunció el entrecejo al verme en el suelo.

—¿Ese capullo acaba de romperte el corazón? —preguntó mientras entraba y se arrodillaba a mi lado.

Negué con la cabeza.

—No —contesté—, pero creo que puede que se lo haya roto yo a él.

—Vosotros dos —dijo, ladeando la cabeza—, ¿cuándo pensáis arreglar vuestras historias, eh?

Habían dejado de temblarme las manos, pero las tenía entumecidas. Muertas.

—Quizá nunca —respondí—. Quizá nunca deberíamos haber estado juntos para empezar. —Pronunciar aquellas palabras hizo que me doliera la garganta más de lo que lo habían hecho los sollozos.

—Lucy, sabes de sobra que te quiero y que eres mi muy mejor amiga, pero a veces puedes ser una idiota.

Alcé la cabeza de golpe. Lo que necesitaba de India era compasión y un hombro en el que llorar hasta dejarme los ojos secos. No otra voz que me dijera que acababa de cometer el mayor error de mi vida.

—¿Cuándo vas a dejar de pensar en todas las razones por las que no deberías estar juntos y vas a empezar a concentrarte en las razones por las que deberías estarlo? —preguntó, y el piercing que llevaba en la ceja rebotó con el gesto.

—India —dije—, a todos los efectos, se folló a mi archienemiga. Cualquier razón que tuviésemos para estar juntos, digamos que voló con sus calzoncillos.

—¿Jude ha admitido eso? —preguntó, dejándose caer a mi lado—. ¿Que se tiró a tu archienemiga?

—Claro que no ha admitido eso —le espeté, mirando la chocolatina a medias en el suelo—. Ha dicho que no lo hizo.

—Entonces debería darte vergüenza. —India entornó los ojos al tiempo que me pasaba el brazo por el hombro—. Si dices que vas a confiar en tu chico, entonces confía en tu chico. No revoques ese privilegio cuando más lo necesita.

—Oh, vamos, India —solté, ya cansada de discutir—. Tú también no.

—Yo ya he dicho lo que tenía que decir —repuso, y se sostuvo la mano en el pecho—. Eres libre de cometer tantos errores como el resto de nosotros. Solo creo que de este te arrepentirás el resto de tu vida.

—Gracias por los ánimos —contesté al tiempo que alzaba el pulgar hacia ella.

—Hablando del Señor Te Arrepentirás el Resto de tu Vida... —Me sonrió con dulzura—. ¿Dónde está el que se tira a las archienemigas?

Alcé un hombro.

—De vuelta a la universidad —supuse.

—¿Cómo? —preguntó. Me miró como si creyera que estaba de broma.

—Con su camioneta que consume un litro por kilómetro y tiene una gama impresionante de señales de puños salpicando la plataforma. —Y ella tenía el valor de llamarme tonta.

—Esa camioneta se la llevó la grúa hace dos noches, después de que apareciera —me explicó mientras se ponía en pie y se dirigía hacia la ventana—. Uno de los tíos que se quedan por aquí todo el fin de semana dijo que Jude condujo esa camioneta hasta la misma puerta de entrada y la dejó allí mientras

registraba cada planta y cada habitación en tu busca. Supongo que la escuela decidió que una camioneta bloqueando la entrada principal de una de sus residencias era una infracción de las normas de aparcamiento.

—Entonces ¿cómo va a volver?

—A menos que haya una línea de bus de Nueva York a Siracusa el domingo a altas horas de la noche, diría que va a pata —repuso India, mirando por la ventana.

—Estás de broma —murmuré, consciente de que tenía razón.

Jude estaba lo bastante loco como para intentarlo. O acabaría haciendo autopstop, y la idea del tipo de persona que podría recogerle hizo que se me formara un nudo en el estómago.

—¡India! —Me puse en pie de un salto—. ¿Puedes ir a buscarle y llevarle a casa, por favor? —No me importaba suplicar.

—Ni lo sueñes, guapa —replicó, al tiempo que se dejaba caer en su silla y encendía su portátil—. Tengo más trabajo esta noche que atractivo tiene un latino.

—India... —gimoteé, con una expresión en el rostro que solo consiguió que mi amiga pusiera los ojos en blanco.

—Lo siento, no puedo hacerlo —dijo, y rescató algo del bolsillo de sus vaqueros de cintura baja—. Pero puedes usar mi cochazo. Te llevará más rápido y de forma más segura que tu Mazda. —Me arrojó las llaves y me despidió con la mano—. Ahora largo. No puede haber recorrido más de un par de kilómetros.

Alzó la vista y me sonrió con suficiencia.

—Dos menos, solo quedan otros cuatrocientos.

La fulminé con la mirada, cogí mi bolso y me dirigí a la puerta.

—¡Buen viaje! —gritó detrás de mí y ronroneó con descaro.

Mientras deshacía mis pasos por el pasillo, la escalera y la entrada, me debatí entre coger el coche de India o el mío. Lo decidí nada más salir a la fría noche de noviembre. Resuelto: asientos de cuero con calefacción.

Una vez en el garaje, caminé fatigosamente hacia el cacharro de lujo. Miré a mi alrededor, sin esperar de verdad ver a Jude, pero algo así como deseándolo. Manejé los botones de la llave de India con torpeza, hasta que por fin conseguí desbloquear esa cosa al tercer intento. Me deslicé en el asiento, lo ajusté hacia delante porque India rondaba el metro ochenta, giré la llave y puse la calefacción de los asientos al máximo. El calor ascendió por mi cuerpo casi de inmediato.

Al salir del garaje decidí coger la ruta que tomaba cada dos fines de semana cuando subía a ver a Jude. No sabía si él la habría cogido —ni siquiera sabía si iba a pie—, pero era un punto de partida.

Conduje varios cientos de metros por debajo del límite de velocidad, volviendo la cabeza de una acera a la otra, segura de que lo vería en la manzana siguiente. La manzana siguiente resultó estar a casi cinco kilómetros. India tenía

razón. Jude tenía planeado recorrer todo el camino desde Nueva York hasta Siracusa a pie.

No es que necesitase mayor confirmación, pero ese hombre estaba loco.

Caminaba con decisión, los hombros hacia delante y las manos metidas en los bolsillos, tratando de mantener el calor. Pude ver el vaho de su aliento cuando me acercaba a él. Bajé la ventanilla.

—¿Necesitas que te lleven, *cowboy*?

Su boca se curvó hacia arriba mientras continuaba caminando por la acera.

—Las chicas no deberían ofrecerse a llevar a hombres locos que deambulan por las calles a altas horas de la noche.

Me recordé a mí misma que estaba cabreada con él y que íbamos a darnos un tiempo. Después de que le llevara a casa.

—Me van los locos.

Jude se detuvo, se volvió y caminó hacia el coche.

—Entonces me encantaría que me llevases —contestó.

Se deslizó en el asiento del copiloto y me sonrió. Sin embargo, se trataba de una sonrisa triste, porque no le alcanzaba los ojos.

—¿Frío? —le pregunté al tiempo que ponía su asiento al máximo.

Alzó un hombro.

—He pasado más frío.

Advertí que decía algo entre líneas —como un mensaje subliminal—, pero no estaba segura de qué.

—Vale pues —dije, y cogí una velocidad constante—. ¿Siracusa o qué?

Jude dejó las manos delante de la calefacción, apartó la vista de mí y miró por la ventana.

—Me quedaría con «o qué».

Le eché un ojeada. Con la calefacción a tope en el coche, el aroma normalmente tenue de Jude se intensificaba. Cada vez que inspiraba, olía a Jude. Y cada vez que lo hacía, me dolía.

—Por supuesto.

—Los dos sabemos dónde preferiría estar, pero como no puedo tenerlo, entonces claro, me conformo con Siracusa.

Bajé la vista al reloj que brillaba con luz verde fluorescente en la oscuridad. Llevábamos cinco minutos de un viaje de cinco horas. Si seguía lanzándome ese tipo de golpes, me veía fuera de combate antes de llegar al puente de George Washington.

—¿Podemos no hacer eso? —le pedí—. Necesito un tiempo. Me has dicho que estabas de acuerdo. Pero no podía dejar que hicieses un millón de kilómetros a pie en medio del frío y la oscuridad. ¿Podemos jugar limpio?

—Sí, Luce. —Inclinó la cabeza en el respaldo del asiento—. Puedo jugar como quieras que juegue.

Para cuando cogimos la autopista, Jude y yo no nos habíamos dirigido una sola palabra más. Nunca habíamos dominado el arte de hablar por hablar, y dado que los asuntos importantes ya los habíamos discutido, se instaló un silencio pactado entre nosotros. Aunque no resultaba tranquilo.

En nuestra primera parada técnica, Jude insistió en conducir, y esas fueron las primeras y las últimas palabras que me dirigió en lo que quedaba de viaje.

Capítulo

12

Me desperté con una sacudida, pero la impresión no tardó en remitir. Me encontraba en el asiento del copiloto del coche de India, con el cinturón de seguridad apretado a mi alrededor. La luz de la mañana empezaba a entrar en el coche. Estaba mirando el techo, puesto que mi asiento se hallaba reclinado. Me desabroché el cinturón y me volví. Estábamos estacionados delante de la casa de Jude.

Jude se hallaba recostado en el asiento del conductor, despierto, y mirándome.

—¿Qué hora es? —le pregunté, y me alejé en mi asiento para mirarle directamente.

—Poco más de las siete, creo —respondió, y las medialunas debajo de sus ojos se oscurecieron. No estaba segura de cuánto tiempo llevaba Jude sin dormir, pero sabía que, ya fuera una noche o cuatro, eso era malo para la salud.

Yo era tan mala para su salud como él para mí.

Mi primera clase empezaba a las once, así que no tenía forma de evitar llegar tarde a menos que sobrepasara en treinta kilómetros el límite de velocidad.

—Tengo que irme —dije, al tiempo que alcanzaba la palanca del asiento para enderezar el respaldo.

Jude no se movió; siguió reclinado, combado en esa posición, mirando el espacio en el que acababa de dormir yo.

Finalmente suspiró.

—Sí. Lo sé.

Adelantó el asiento y salió del coche. Esperó a que yo rodeara el coche sosteniéndome la puerta y dando golpecitos con el pie en el suelo.

Otro adiós que tenía que decirle a Jude, este semipermanente, y no quería volver a hacerlo.

—Adiós —susurré, y me encogí para entrar en el coche. La palabra se demoró en mi boca, con un sabor agrio.

De repente sus brazos me rodearon, sorprendiéndome. Me mantuvo aferrada, negándose a soltarme, y yo se lo permití. En el pasado, siempre me había dado la sensación de que era Jude quien me sostenía cuando estábamos tan cerca, pero en ese momento me pareció que era yo la que lo sostenía a él.

Me acarició el cuello con la nariz, y su cuerpo se estremeció. Si no me soltaba, iba a ponerme a llorar otra vez.

Estaba a un suspiro contra mi cuello de dejar caer la primera lágrima cuando sus brazos se retiraron, como si tuviera que romper una capa de hormigón para liberarlos.

—Adiós, Luce —susurró, y me besó en la sien antes de volverse y encaminarse hacia la casa.

No miró atrás una sola vez, pero lo contemplé hasta que desapareció en el interior. Me metí en el coche, ajusté la posición del asiento del conductor y, justo antes de arrancar, alcé la vista a la ventana de la habitación de Jude. Él estaba mirando desde allí, observándome con la misma expresión taciturna que tenía al alejarse de mí.

¿Por qué me hacía eso a mí misma? ¿Por qué no pisaba el pedal y no le daba más importancia a la ventana?

Por supuesto, conocía la respuesta a eso. Le quería.

Aunque algunas veces, como estaba aprendiendo, el amor no era suficiente.

Transcurrieron varias semanas. Varias semanas nunca habían pasado tan lentamente.

Jude mantuvo su palabra, dándome el espacio que necesitaba, sin mandarme siquiera un mensaje de «Eh». Yo era como era, así que una parte de mí le estaba agradecida por acceder a mi petición, y otra se sentía herida. Pero Jude era como era, así que nada ni nadie le decía qué hacer, y una parte de mí sabía que, si de verdad hubiese querido escribirme, lo habría hecho.

El jueves siguiente a nuestra separación, me había levantado para descubrir un juego de neumáticos nuevos y resistentes en el Mazda. No había ni una nota ni nada que indicara quién era el hada nocturna de las ruedas, pero por supuesto supe quién había sido. No sabía cómo lo había hecho, pero esa mañana el gesto —saber lo que costarían y el tiempo que le habría llevado ponerlas— me hizo derramar una nueva tanda de lágrimas tras una tregua de un día.

La semana siguiente, encontré una rosa en el parabrisas. Una rosa roja.

Me había visto reducida a una de esas sentimentales que me hacían poner los ojos en blanco, y dejaba charcos de lágrimas dondequiera que fuera. Me cabreaba de forma increíble, pero seguía haciéndolo. Vivir sin Jude era como vivir sin un compás, así que, si mi cuerpo necesitaba unas lagrimitas para sobrevivir, lo soportaría. De modo que traté de soltarme en la pista de baile. Me volqué en la danza, que siempre había sido mi terapia, y por primera vez no me satisfizo en el departamento de curas. Independientemente del tiempo y el esfuerzo con el que bailase, el dolor no desaparecía nunca. Ni siquiera se atenuaba en ningún momento.

Thomas y yo habíamos bailado en el recital de invierno el fin de semana anterior, y la gente todavía hablaba de ello. Me había negado a mirar el asiento

de delante, en el centro, mientras actuábamos, porque sabía que si lo encontraba vacío u ocupado por otro, no sería capaz de continuar con la actuación.

Al final, cuando Thomas y yo nos inclinábamos hacia delante, cedí, y mis ojos se desviaron a ese asiento que había estado ocupado con un rostro radiante de alegría poco antes ese año. No esa noche. Un hombre de mediana edad con la cara pétrea ocupaba el asiento de Jude.

Tuve que abreviar la reverencia y el aplauso, porque me negaba a llorar en el escenario.

Era un desastre.

El viernes por la tarde, una semana antes de las vacaciones de Navidad, me apresuraba hacia la residencia con la esperanza de que cuanto más rápido caminase, más mantendría el calor en esas temperaturas casi glaciales. En mis sueños.

—Creo que no podrías parecer más cabreada aunque te lo propusieras —dijo una voz familiar cuando me acercaba a la residencia.

Alcé la cabeza y me encontré a Tony en el último escalón de la puerta principal, arrebujado en una sudadera con capucha negra y grande y dirigiéndome su típica sonrisa.

—¡Cuánto tiempo! —exclamé, y me permití sonreír. Resultaba agradable tener algo de Jude cerca.

Tony arqueó una ceja negra.

—¿No es eso lo que querías?

Me cubrí el cuello con la bufanda y caminé hasta él.

—Ojalá lo supiera.

—Mujeres. —Negó con la cabeza—. Os ponéis duras jugando a fingir que sabéis lo que queréis, pero en cuanto os lo damos, queréis lo contrario.

Le sonreí con suficiencia mientras subía los escalones y pasaba mi tarjeta de acceso.

—Eres bastante agudo para ser un jugador reconocido —repuse, y le sostuve la puerta.

Tony entró, y le seguí. Se dejó caer en la primera silla que encontró en la zona común.

—Bonito sitio —dijo, admirando la habitación.

Tomé asiento a su lado y me quité los guantes.

—¿Qué haces aquí, Tony? —le pregunté, porque aún no lo había mencionado, y Tony y yo solo habíamos sido amigos por Jude. No teníamos el tipo de relación que justificaría que condujese cinco horas para visitarme.

Su rostro se contrajo. Mi estómago lo siguió.

—Oh, Dios mío. —Se me escapó un grito ahogado—. ¿Jude está bien? —Mi mente, por supuesto, se vio bombardeada de inmediato con una retahíla de cosas que podrían haberle ocurrido.

—¿Tú qué crees? —me preguntó, observándome.

—No juegues conmigo, Tony —le advertí, y mi corazón empezó a apaciguarse cuando me di cuenta de adónde quería llegar él. En lo que se refería a su salud física, Jude estaba bien. En cuanto a su corazón, era un completo desastre, exactamente igual que yo.

—Si tenemos en cuenta la cara que has puesto... Sí, está bien. No tiene huesos rotos, ni miembros colgando, ni tumores que se extiendan rápidamente.

Esperé a que mi pulso recobrara la normalidad.

—Entonces ¿qué pasa?

Tony miró al suelo y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Golpeaba el suelo con el pie como un pistón acelerado.

—He oído lo que pasó con Adriana —comenzó, lo cual hizo que me encogiera de dolor. Llevaba tres semanas sin oír ese nombre e intentando no pensar en él. Escucharlo en ese momento fue como golpearme contra una pared.

» He escuchado la versión de Jude, me ha contado tu versión, y te aseguro que he tenido que oír a Adriana alardear de que se ha acostado con el quarterback que tenía novia.

Empezaba a desear no haber invitado a Tony a entrar.

—Bueno, el caso es que no le di demasiadas vueltas después de que el drama remitiera un poco. Creí a Jude porque es mi amigo, pero incluso yo debo admitir que tuve mis dudas acerca de la declaración «Ni de coña me acostaría o me acosté con Adriana Vix» —dijo, sus ojos se desplazaban por la habitación—. Quiero decir que es Adriana Vix. Adriana. Vix.

—Lo pillo, Tony —le interrumpí, no estaba de humor para que se pusiera cachondo mientras fantaseaba con ella delante de mí—. ¿Qué querías contarme?

Negó con la cabeza y me observó.

—Hace un par de noches, estaba con mi Hermana del Alma, siendo... —Su rostro se arrugó mientras consideraba cómo expresarlo— atendido, y puede que ella estuviera algo chispa y se le soltó la lengua un poco más de lo que a Adriana le hubiera gustado.

No podía ni quería darle vueltas a esa frase. Así que miré a Tony y esperé.

—Mi Hermana del Alma es Payton Presley —explicó, lo que a mí no me decía nada—. Ella es... muy amiga de Adriana. Al menos todo lo amigas que dos chicas como esas dos pueden ser. Es más como «Eres mi enemiga favorita, así que te apuñalaré por la espalda cuando te des la vuelta». Esa clase de cosas.

Nada de aquello tenía que ver con Jude o conmigo.

—¿Y? —Traté de no sonar irritada.

—Pues que Payton empezó a irse de la lengua en la cama acerca de cómo al menos ella no tenía que fingir haberse acostado con su jugador de fútbol.

El pulso se me aceleró de nuevo.

—La presioné para que me diera más detalles, y al parecer Adriana le había

contado todo lo que ocurrió. Que Jude entró como un vendaval en casa después de que os pelearais y se encerró en su cuarto con una botella de tequila. Y, no me odies —añadió, mirándome como si me tuviese miedo. Pesaba unos sesenta kilos más que yo y parecía querer esconderse de mí—, pero quizá fui yo quien le mencionó a Adriana esa noche que Jude y tú habíais discutido. Jude me hizo un resumen de lo que había ocurrido. No me dijo mucho, de verdad no quería hablar, pero no me pareció tan importante contárselo a ella cuando apareció más tarde.

Todo empezaba a cobrar sentido. Y darme cuenta de lo que había pasado me estaba causando dolor de estómago.

—Payton me dijo que Adriana imaginó que al final aparecerías por la puerta de casa, así que acampó delante de la puerta de Jude, le desnudó mientras él dormitaba bajo los efectos del tequila y se quedó en bata frente a la ventana hasta que apareciste tú. —Tony suspiró, recostándose en su asiento y mirando al techo—. Y el resto ya lo sabes.

No encontraba palabras. El corazón me latía con tanta fuerza que reverberaba por todo mi cuerpo. Había tantas cosas que necesitaba decir y hacer. Jude me había contado la verdad.

No se había acostado con Adriana. Me había dicho que no importaba lo borracho que estuviera, que nunca querría a nadie más que a mí. O al menos en ese momento. Quién sabía si habría cambiado durante esas semanas separados.

Tenía como un centenar de preguntas que hacer a Tony, y había como un millón de cosas que quería decir, pero solo tenía dos palabras en la punta de la lengua.

—Esa. Bruja.

Tony asintió.

—Eso no es nuevo precisamente, Lucy. —Se puso en pie de un salto y me miró—. Sé que no es de mi incumbencia, y me las voy a tener que ver con las animadoras si se enteran de que he delatado a una de ellas, pero no me importa. Me gusta Jude. Me gustas tú. Él te quiere —aseguró, y se metió las manos en los bolsillos—. Mereces saber la verdad.

Hacía semanas que sabía la verdad, y me había negado a aceptarla.

—Siento haberte soltado todo esto, Lucy. Sé que querías espacio y tiempo y todo eso, pero no podía no contártelo.

—¿Sabe Jude que estás aquí? —pregunté, considerando mi siguiente movimiento.

—No —dijo, y me sonrió con timidez—. Y probablemente me daría una paliza si lo supiese.

Asentí. Tony me dio una palmadita en la pierna antes de encaminarse hacia la puerta.

—Tengo que volver. Esta noche tenemos fiestón en casa y alguien tiene que

cambiar los barriles de cerveza.

—¿Tony? —le llamé.

Se detuvo para volverse.

—Gracias.

—¿Qué puedo decir? —contestó, pasándose los dedos por el cabello oscuro—. Puede que yo no encuentre nada tan especial como lo que vosotros dos tenéis, pero no pienso dejar que lo tiréis todo por la borda.

¿Era eso lo que todos pensaban que había hecho? ¿Tirar mi relación con Jude por la borda? No se parecía ni de lejos a como yo lo habría descrito. En todo caso, lo llevaba conmigo a todas partes.

—Hablamos pronto, Lucy —dijo, y se despidió con la mano antes de abrir la puerta y bajar las escaleras saltando.

« Pronto » no iba a tardar mucho, decidí.

Seguí mi instinto, dejando que me dictara algo impulsivo y completamente espontáneo, salí de la habitación y estaba botando por los escalones de la entrada cuando la camioneta de Tony bajaba la calle a toda velocidad.

Unos minutos más tarde, me monté en mi coche y salí del aparcamiento con la cara de una sola persona en mi mente mientras me dirigía hacia el norte.

Capítulo

13

Un capuchino doble, una parada técnica y medio depósito de gasolina después, llegaba a la calle en la que se encontraba la casa de Jude. El lugar estaba lleno de coches, pero no dejé que eso me detuviera. No tenía más que una idea en mente, y estaba a punto de poner mi plan en acción. Frené delante de la casa y dejé el coche en doble fila. La camioneta de Jude estaba en la entrada. Bien. Si se me llevaba el coche la grúa, sabía cómo volvería.

Crucé el jardín y los escalones corriendo, y entré. No me escoció tanto como pensaba, tras semanas de separación, pero sabía que eso era consecuencia de la adrenalina que estaba empezando a dispararse. Tenía un mensaje que entregar, y no pensaba marcharme de allí hasta que Jude lo escuchase.

Me abrí paso a través de la habitación atestada de cuerpos. Me quité el abrigo y lo dejé caer en el mueble más cercano. Le siguieron mi gorro y mis guantes. Reconocí algunas caras entre la multitud, pero la mayoría eran extraños que probablemente se preguntaban qué había causado la expresión furiosa dibujada en mi cara.

Me abrí camino hasta el otro extremo de la habitación. Jude se hallaba sentado en el sofá, solo, con un vaso lleno de cerveza en la mano, mirando la chimenea, en la que no ardía ningún fuego. Llevaba el gorro gris calado hasta la frente, y la chaqueta de cuero que le había regalado.

Me dolió el estómago al verle así. Quería rodearle con mis brazos y convertir aquella estatua en el hombre al que quería.

Pero eso tendría que esperar.

Había ido allí en busca de alguien más.

Había conducido durante cinco horas para encontrar a esa bruja de Adriana Vix y ponerla en su sitio, con los puños.

No tuve que pensar mucho para adivinar quién se hallaba en el centro del círculo de tíos que había junto a la mesa del comedor. Un nuevo estallido de adrenalina recorrió mi cuerpo mientras cruzaba la habitación con decisión. Me abrí paso a codazos entre los tíos y me planté delante de Adriana.

Por un segundo pareció sorprendida de verme; luego entrecerró los ojos. Se cruzó de brazos, con aspecto de estar enfadada por invadir su espacio.

—¿Qué? —preguntó, ladeando la cabeza.

Sonreí. No debería haberme venido con palabras cuando yo ya estaba más allá de las palabras. Mi brazo ya se estaba balanceando hacia atrás cuando ella abrió los ojos como platos y se dio cuenta de que yo no estaba de humor para hablar.

Mi puño le golpeó en la mejilla, empujándola hacia el grupo de tíos con cara de shock.

—¡Eso! —exclamé, sacudiendo la mano. Esos pómulos suyos eran puntiagudos, pero decididamente merecía la pena—. ¡Guarra! —añadí, y la miré amenazadoramente.

Ella se recompuso y apartó a los chicos que revoloteaban a su alrededor. Esos ojos verdes suyos parecían negros.

—Vas a pagar por esto. —Echaba humo, y apretó los puños—. Me va a salir un moratón.

Sin pensarlo dos veces, mi otro brazo se adelantó y aterrizó en el otro lado de su cara.

—¡Toma! —grité, sacudiendo esa mano también—. A juego con el primero.

La piel de color bronce de Adriana se puso roja justo antes de abalanzarse sobre mí y echarme las manos al cuello.

—¡Zorra sobrevalorada!

Me empujó hacia la mesa y me clavó las uñas afiladas en el cuello mientras me daba patadas en las piernas. Yo me golpeé con fuerza la espalda contra la mesa y me quedé sin aire inmediatamente.

El impacto había aflojado sus manos, así que conseguí bajarme de la mesa, pero no sin antes coger un mechón de su pelo y llevármelo conmigo.

Adriana gritó, sonaba como una leona resfriada. Arremetió desde el otro lado de la mesa y me arañó el brazo. Menudas uñas de Freddy Krueger. Eso iba a dejar cicatriz.

Mientras Adriana y yo peleábamos en círculos, alrededor de la mesa se fue reuniendo una multitud. Los tíos voceaban, alzando los puños en el aire al tiempo que cantaban:

—Pelea de gatas. Pelea de gatas. Pelea. ¡De gatas!

Les estábamos ofreciendo la pelea de gatas del siglo.

El minivestido de furcia de Adriana se le subió y el tanga que llevaba no dejó nada a la imaginación. Yo al menos había acudido preparada para la batalla. Llevaba vaqueros, aunque en algún momento Adriana me había rasgado la blusa hasta el ombligo, así que mis pechos cubiertos de encaje blanco quedaban expuestos a los ojos saltones y teléfonos móviles levantados.

Tras otra vuelta a la mesa con los pelos por los aires y propinando bofetadas, aterricé encima de Adriana y la inmovilicé contra la mesa con las piernas. Ella se retorció debajo de mí, tratando de liberarse. Esa tía puede que me sacara treinta centímetros y un par de kilos —aunque solo fuera en el sujetador—, pero

yo era bailarina, y podía estrangular a un rinoceronte con la parte interior de mis muslos si lo necesitaba.

Levanté la mano y le abofeteé la mejilla.

—¡Eso ha sido por todas las chicas con las que te has ensañado! —grité por encima de ella, y cerré la mano en un puño y lo bajé—. ¡Y esto por Jude!

Adriana tenía el labio inferior partido y sangraba, sus mejillas estaban salpicadas de rojo a causa de los incontables golpes y bofetadas, y su pelo parecía como si un huracán acabase de llegar a la ciudad. Yo no podía tener mucho mejor aspecto.

—Y esto es por mí —dije. Cogí aire y le enseñé el dedo corazón. Le sonreí mientras mantenía el dedo suspendido por encima de su cara.

Con un chillido, se retorció con más fuerza y consiguió liberar una pierna, que rápidamente me sacudió en plena barbilla.

Salí volando y aterricé en el suelo a los pies de numerosos espectadores. Adriana saltó de la mesa, cayó sobre mí y me soltó toda una serie de golpes y gruñidos. Aquello ya ni siquiera podía clasificarse como pelea de gatas. De hecho, estaba segura de que, cuando se volviese viral, el WW-algo nos llamaría para firmar contratos de lucha libre.

—¡Qué demonios! —gritó una voz por encima del escándalo.

Antes de que Adriana pudiera propinarme otro puñetazo, la apartaron de mí de un empujón y cayó un metro más lejos sobre su trasero cubierto con hilo dental.

—Luce —exhaló a mi oído, y sonó más asustado de lo que lo había oído nunca—. Te tengo. —Dos brazos fuertes me rodearon y me alzaron con suavidad hasta su pecho—. ¿Qué demonios estabas haciendo? ¿Estás bien? —inquirió, y tragó saliva al bajar la vista a mi cara.

—¿He ganado? —le pregunté, dejando que me apretara un poco más.

Miró a Adriana con los ojos entrecerrados.

—Le has dado una paliza, cariño —contestó, y se le levantó la comisura de los labios.

El dolor empezó a acometerme entonces, extendiéndose desde mi cabeza.

—Entonces estoy bien —repuse.

Jude suspiró y negó con la cabeza.

—Salgamos de aquí, asesina —dijo, conduciéndome entre la multitud, sin importarle a quién o a cuánta gente empujaba al pasar.

—¡Zorra! —le grité a Adriana, por si no había tenido suficiente.

Ella se limpió la sangre del labio y me lanzó una mirada cargada de desprecio.

—Incluso en mi peor día, tu novio todavía se pone cachondo conmigo cuando tú no estás.

Esa bruja no se daba por aludida. Me retorcí en los brazos de Jude, tratando

de liberarme para acabar lo que había empezado. Él se limitó a sujetarme con más fuerza.

—¿Lista para el segundo asalto? —le espeté a Adriana echando chispas al tiempo que empujaba contra el pecho de Jude.

—Lucy —me dijo él, acelerando el paso entre la multitud para aumentar el espacio entre Adriana y yo—, cálmate. Respira hondo —me instruyó, mirándome a los ojos. Uno de ellos parecía como si se estuviese cerrando por la hinchazón.

Tuve que hacer un esfuerzo enorme, pero hice lo que me decía. Tomé aire profundamente y me visualicé a mí misma derritiéndome en sus brazos.

—Y yo que pensaba que el que tenía problemas de ira era yo —añadió mientras subíamos las escaleras—. Me temo que esta noche me has superado, Luce.

El dolor estaba empezando a despertar de verdad, extendiéndose hasta cada terminación nerviosa.

—Ira por ósmosis —repuse, y moví la mandíbula. Sí, ahí también me saldría un moratón.

Me arrepentí de mis palabras inmediatamente. Se le ensombreció el rostro, aunque trató de evitar que sus ojos también lo hicieran.

No podía imaginar cómo rectificar todos los errores que había cometido con Jude —parecía que solo seguía añadiendo más a la pila—, así que apoyé mi mano en su corazón y dejé que me llevase hasta su habitación.

Me condujo hasta la cama y me dejó caer delante de un montón de almohadones.

—Dios, Luce —dijo cuando se arrodilló junto a mí y me examinó la cara. La verdad es que yo no quería saberlo, y no tenía la menor intención de mirarme en un espejo en las dos semanas siguientes—. ¿En qué demonios estabas pensando?

Me acaricié el rostro con los dedos e hice una mueca prácticamente con cada roce.

—Estaba pensando en darle a probar a esa bruja un poco de su propia medicina —contesté—, la dosis la administraba mi puño.

Jude suspiró y me acarició el cuello con la mano.

—No te preocupes —me dijo cuando aparté las manos para descubrir que mis dedos estaban manchados de sangre—. Yo arreglo esto. —Se levantó y se dirigió al otro lado de la habitación—. Vuelvo enseguida —añadió, y desapareció tras la puerta.

Una vez que Jude se hubo ido, el dolor empezó a carcomerme de verdad. Había experimentado dolor antes, y tampoco era una ñoña, pero aquello era como si todos mis nervios hubiesen decidido dejarse crecer un corazón que palpitaba.

Me había sentado genial en el momento —dar y recibir golpes con Adriana

—, pero ya estaba empezando a cuestionar por qué lo había hecho. No me estaba arrepintiendo, solo me lo cuestionaba. Yo nunca había sido una persona violenta. Tenía mal pronto, claro, pero nunca había dejado que mis puños tomaran las riendas.

¿Por qué lo había hecho en esa ocasión?

Todas las preguntas llevaban a una respuesta: Jude.

Él no me había hecho ir tras Adriana, pero mi amor por él y el dolor que había experimentado a manos de Adriana habían avivado mis llamas. Me di cuenta entonces de que el problema no era Jude. Él no era el motivo de que nuestra relación fuera tan explosiva. El motivo era yo, la persona en la que me convertía cuando estaba junto a Jude.

Mi rabia alcanzaba nuevas cotas, sobrepasando la suya, pero yo no tenía el autocontrol necesario para apagarla antes de que quemara a alguien.

No podría arreglar lo nuestro hasta que arreglase lo mío. Y él no podía arreglarlo por mí. Esa tarea era solo mía.

Y no estaba segura de poder afrontarla.

Jude regresó corriendo antes de que pudiera seguir el deprimente hilo de esos pensamientos.

—¿Me has echado de menos? —dijo, con un montón de cosas apretadas contra el pecho.

—Te he echado de menos —respondí y dejé caer la cabeza sobre los almohadones.

—Por suerte para ti, Luce, has escogido provocar una pelea conmigo cerca. —Soltó lo que llevaba en los brazos encima de la cama—. Alguien que ha puesto parches, ha atendido y cosido prácticamente cualquier herida que un hombre o una mujer —me sonrió— pueda infligir a su cuerpo.

—Lo tenía todo planeado —repuse, mientras él humedecía un poco de algodón con alcohol—. ¿De verdad creías que eso ha sido una reacción en caliente de esas tras las cuales te dices que deberías habértelo pensado mejor?

—Oh, no, Luce. Parecía que sabías exactamente qué estabas haciendo.

Me dio unos golpecitos con el algodón en la mejilla y se encogió con gesto de dolor antes que yo. Me escocía, pero no más que cualquier otra parte del cuerpo.

—Cada día que pasa eres peor mentiroso —le solté, y me estremecí cuando me pasó el algodón por la ceja. Debía de haberme ganado una bonita brecha.

Sonrió a mi ceja.

—Verdad por ósmosis.

Hice además de sonreírle, pero me dolía demasiado, así que me contenté con fulminarle con la mirada. Él hizo caso omiso y continuó limpiándose la cara meticulosamente.

No debería haberlo hecho, pero le observé trabajar, con los ojos entrecerrados por la concentración, mordiéndose la punta de la lengua, mientras

atendía cada arañazo, moratón y corte. Nunca había experimentado un contacto tan dulce.

—¿Parezco una momia? —pregunté al cabo de un rato, cuando se inclinó y me inspeccionó la cara después de colocarme otra venda.

—No —respondió, al tiempo que tapaba el tubo de pomada de primeros auxilios—. Eres la capulla más guapa que jamás he visto.

—Un gran elogio viniendo del rey de los capullos —repliqué, sonriendo pese al dolor que me producía mover la boca.

Jude recogió los envoltorios vacíos y el algodón manchado de sangre y los tiró a la papelera.

—¿Te importaría decirme de qué iba todo eso?

—Ya te lo he dicho —repuse—. De darle a Adriana Vix un poco de Adriana Vix.

—Sí —contestó, arrastrando la palabra—. Pero has querido darle a Adriana desde la noche en que el tonto del culo de Tony la mencionó. ¿Por qué has escogido hacerlo precisamente esta noche? —Volcó un frasco de analgésicos sobre la palma de su mano y me tendió tres pastillas. Me las tragué sin ningún líquido.

—Porque «el tonto del culo de Tony» me ha hecho una pequeña visita hoy que ha despertado la necesidad de machacar a Adriana.

Jude estudió mis manos, dobladas sobre mi regazo.

—¿Te ha contado lo que le dijo Payton?

—Sí.

—Entonces ¿ha sido Tony quien te ha convencido de que te estaba diciendo la verdad? —Las arrugas en torno a sus ojos se acentuaron.

—Tú, Jude —respondí—. Te prometí que confiaría en ti. No quería creerlo, pero confiaba en ti. Tony solo ha sido quien me ha iluminado la verdad.

Se le tensó la mandíbula.

—Y cuando te has subido al coche y has conducido hasta aquí, ¿venías a ver a Adriana o a mí?

No podía mentirle, pero tampoco podía verbalizar la verdad. Mi falta de respuesta contestaba a su pregunta.

Cerró los ojos al tiempo que dejaba caer la cabeza entre las manos.

—Jude —empecé—, independientemente de a quién haya venido a ver, no he venido aquí a hacerte daño. —Me bajé de la cama y deseé que el efecto de los analgésicos fuera más rápido—. Lo último que quiero es hacerte daño. Y parece que eso es lo único que soy capaz de hacer últimamente.

La única solución para evitar seguir haciéndole daño era marcharme.

—Gracias por los parches —añadí, y me bajé de la cama—. Sí que es verdad que sabes lo que haces en lo que se refiere a heridas de lucha. He tenido suerte. —Le dirigí una sonrisa por encima del hombro al ponerme en pie. Me tambaleé

cuando cada músculo de mi cuerpo se rebeló con el movimiento. Apreté los dientes y me dirigí a la puerta.

—¿De verdad odias tanto estar conmigo que saldrías corriendo lejos de mí pese a que apenas puedes tenerte en pie?

Sus palabras me detuvieron, pero fue su voz lo que me destrozó. Esa voz grave y cálida en la que una chica podría perderse acababa de perder todo su espíritu.

—No te odio, Jude —contesté, mirando la puerta—. Te quiero. Ese es el problema. Te quiero tanto que no es sano. —Contuve un sollozo que estaba a punto de estallar en mi pecho—. Por eso necesito espacio y tiempo. Por eso no puedo quedarme ni un minuto más aquí contigo.

—Has tenido tiempo, Luce. Te he dejado tu espacio —dijo, y la cama gimió cuando se levantó—. He envejecido cincuenta años en tres semanas porque he cumplido con mi parte y he permanecido alejado de ti. Pero ahora estás aquí. Y quizá no estés aquí por mí, pero de cualquier modo no has podido permanecer alejada.

Hizo una pausa, y pese a que no veía su gesto porque no era capaz de volverme para encararlo, podía imaginarlo.

—¿Necesitas más tiempo? Perfecto. Puedo hacerlo. Podría hacer cualquier cosa por ti, Luce. Pero, por favor, por lo que más quieras, dame alguna esperanza.

Una lágrima me resbaló por la mejilla, humedeciendo una de las vendas.

—Dame la más mínima esperanza de que todavía va a haber un sitio para ti y para mí después de esto.

No podía mentirle. No podía herirle. Que esos dos deseos no fueran compatibles era una de las razones por las que concluí que la vida no era justa.

—No voy a mentirte, Jude —susurré, escogiendo no mentirle, lo cual, por lo tanto, me hacía herirle.

Entonces sí que no pude quedarme más en esa habitación. Continué hacia la puerta, con la sensación de que las piernas iban a doblármeme a cada paso. Me tragué las lágrimas.

—No te vayas —susurró.

Su petición actuó sobre mí como si hubiese sido una exigencia.

Oí el quejido del suelo cuando Jude se me acercó por detrás lentamente.

—Quédate —me pidió, y se detuvo detrás de mí.

Estaba tan cerca que podía sentir el calor que desprendía su pecho.

—No puedo —respondí, concentrada en el brillante latón del pomo de la puerta. Era tanto la salida para escaparme como el camino a mi infierno personal.

—Lo sé. —Los tablones del suelo gimieron cuando dio un paso más hacia mí. Apoyó su pecho en mi espalda, pero no me tocó en ningún sitio más—. No te

quedes porque quieras hacerlo. Quédate porque yo quiero que lo hagas.

Maldita sea. Mi corazón no podía romperse una vez más antes de que resultara imposible recomponerlo.

—Vamos —rogó—, piensa en ello como en un regalo de Navidad adelantado. Cerré los ojos.

—Sé que no tengo derecho, pero quiero uno. Lo necesito. —Jude tenía orgullo suficiente como para no suplicar, pero lo que estaba haciendo era lo más cerca de llegar a hacerlo que yo le había oído—. Quédate.

Y eso fue mi perdición. El chico que hacía que las mujeres cambiaran de acera con sus hijos cuando le veían; el chico que no tenía a nadie más; el chico al que quería, me suplicaba como solo él sabía hacerlo que me quedara con él.

—Vale —accedí, y le cogí de la mano.

Sus dedos se entrelazaron con los míos, frotándolos como si fueran capaces de proporcionarle fuerza. Me volví, y él levantó la mano hasta mi rostro y me miró a los ojos.

Soltó el aire que había estado conteniendo y me envolvió entre sus brazos. Jude Ryder me abrazó. Me abrazó como si fuera lo único que deseara y lo único que podría tener jamás. Me abrazó sin la expectativa de que un abrazo llevara a algo más.

Era el momento más íntimo que habíamos compartido. Completamente vestidos, en posición vertical, con las bocas separadas, me estaba ahogando en intimidad.

Cuando sus brazos empezaron a separarse de mi cuerpo, le cogí una mano y lo conduje a la cama. Me acosté y di una palmadita en el espacio que había a mi lado. Jude se sentó lentamente, y el colchón me empujó hacia él cuando se acostó junto a mí. Le rodeé con los brazos y apoyé la barbilla en su cabeza, sabiendo que por la mañana tendría que dejarle marchar. Pero no en ese momento. No esa noche.

Me hizo desear que ese mañana no llegase nunca.

—Te quiero, Luce —susurró, y sonó como si fuese a caer dormido inmediatamente.

Tragué saliva, para frenar el dolor que subía por mi garganta.

—Te quiero, Jude.

Llevaba semanas sin dormir. Tres semanas, para ser exactos. Por supuesto sabía a causa de qué, o de quién. Jude yacía exactamente en la misma postura en la que se había quedado dormido la noche anterior, aunque las arrugas de preocupación habían desaparecido de su rostro.

Estuve a punto de besar esos labios entreabiertos, pero me contuve a tiempo.

Deslicé el brazo que tenía debajo de él y me giré a un lado de la cama. Tenía el cuerpo agarrotado, como si necesitase lubricar mis articulaciones con el fin de que se movieran como debían. Eché un vistazo a Jude para asegurarme de que

no le había despertado, luego me puse las botas y me levanté.

Esa proeza me dolió más que la noche anterior. Rogué por que todavía tuviera aquel frasco de analgésicos en la guantera. Me permití mirar a Jude una vez más. Pararía a la de tres. Así era como escogería recordarle cuando me doliera el corazón con cada latido después de dejarle. En paz, feliz, mientras salía a hurtadillas de su vida.

Me volví. Lentamente crucé la habitación como lo haría alguien con las articulaciones agarrotadas. La puerta se abrió con un chirrido, y se me disparó la adrenalina al mirar atrás a Jude, segura de que se habría despertado de golpe.

Pero él seguía dormido, disfrutando de unos minutos más antes de despertarse y descubrir que había huido a escondidas sin decir adiós. Aunque quizá eso era lo que había sido la noche anterior. Un adiós.

Nuestro adiós.

Cuando bajaba al vestíbulo, la escalera supuso un reto, pues cada paso me hacía sentir como si los músculos doloridos de mis piernas fueran a plegarse. Algunos rezagados de la fiesta decoraban los sofás y la moqueta, pero una vez que los dejé atrás, estaba fuera de peligro.

La grúa no se había llevado el Mazda, lo cual, teniendo en cuenta que la policía de tráfico estaba por todas partes, era un milagro. Me senté en el asiento del conductor, giré la llave y di gas al instante. Tras haber sucumbido a lo inevitable, no veía la forma de salir de allí lo bastante rápida.

Al cabo de un par de kilómetros, cuando me encontré con el primer semáforo en rojo, me llamó la atención un trozo de papel que descansaba en el salpicadero. Yo mantenía el coche limpio, casi hasta niveles obsesivos, así que sabía que no podía haber sido ninguna nota o apunte de clase. Lo recogí, lo desdoblé y reconocí la letra inmediatamente.

Solo quería que supieras que ahora mismo estaría persiguiéndote, desnudo si hiciese falta. Pero, porque respeto tu petición de tiempo y espacio, me obligaré a mí mismo a permanecer acostado en la cama y fingir que estoy dormido.

No había firma, pero no era necesaria. Jude sabía que le dejaría sin una despedida de verdad. En algún momento de la noche, se había despertado para garabatear una nota y meterla en mi coche. Sabiendo que eso me haría maldecir el día que dejé que la duda entrara en mi vida, la duda que se había abierto paso entre Jude y yo hasta que había construido un muro tan alto que no veía el modo de escalarlo.

Mantuve la nota en mi regazo durante todo el trayecto de regreso a casa.

Capítulo

14

La escuela estaba oficialmente cerrada por las vacaciones de Navidad, y la residencia llevaba prácticamente vacía desde la noche anterior. India se había marchado de vacaciones playeras a Barbados, y puesto que mi vuelo no salía hasta el domingo por la mañana, pasaría un fin de semana tranquilo y sola. La perspectiva no resultaba atractiva en ningún nivel de la escala del placer.

Aparte de la nota, no había tenido ningún contacto con Jude. Y aunque había llorado en la cama cada noche desde entonces, sintiendo sus brazos fantasma a mi alrededor, había merecido la pena pasar ocho horas con Jude el sábado por la noche. El placer de aquel momento merecía el dolor de este.

Me senté en la silla giratoria, viendo como se filtraba el café en la cafetera, todavía relajada tras la sesión de baile de primera hora. Sabía que no soportaría quedarme en esa habitación vacía otras veinticuatro horas. Corrí a mi armario antes de poder cambiar de opinión, me puse unos leggings y las botas, y di vueltas a qué ponerme en la parte de arriba. Dejé de hacerlo cuando mi mano agarró la gigantesca sudadera naranja del estante de arriba. Me la puse y, tras arreglarme el pelo y darme unos toques de maquillaje, salí por la puerta, las llaves y el bolso en la mano.

Me subí al coche y me dirigí al norte después de comprobar el indicador de la gasolina para asegurarme de que tenía el depósito lleno. Iba a ser un largo viaje.

Ese día el Siracusa jugaba un importante partido de eliminatoria. Un partido la víspera de Nochebuena que se esperaba que fuera el partido de la temporada. No podía perdérmelo. Ya me había perdido los últimos dos de Jude en casa gracias a nuestra «tregua» de un mes, y no iba a soportar perderme otro.

Vale que nos estuviésemos dando un tiempo, pero aun así podía perderme entre una multitud de decenas de miles de personas y disfrutar viéndole jugar a algo que parecía creado para él. Justificaba ese acto egoísta por el hecho de encontrarme sola justo antes de Navidad.

Pasé el viaje escuchando música y tratando de no pensar en Jude, y fracasando, para después hacerme a mí misma un regalo adelantado de Navidad y permitirme pensar en Jude todo lo que quisiera ese día.

Faltaba menos de media hora para el saque de salida, lo que significaba que tenía que aparcar a más de un kilómetro y pegarme una buena caminata. Me

encantaban los partidos de fútbol, desde siempre. Incluso cuando estaba aprendiendo a andar y arrancaba la hierba de las bandas en los partidos de mi hermano, me encantaba.

Me encantaba el rugido de los hinchas, me encantaba el choque de casco contra casco, me encantaba la energía en el aire, me encantaba el olor a perritos calientes. Todo me encantaba.

Pero, por encima de todo, me encantaba ver el juego de Jude. Él jugaba con el corazón de un bailarín que de verdad amaba el juego. Habría jugado a diario aunque no fuera a cambio de una beca universitaria, o a cambio de millones de dólares al año en la liga nacional, como sabía que acabaría ocurriendo.

Jude jugaba porque le encantaba.

Y a mí me encantaba verlo jugar.

Me abrí camino hasta la taquilla e inmediatamente deseé haber escogido otra.

—Cada vez que te veo estás más guapa, jovencita —dijo el hombre mayor que había detrás de la ventanilla con una sonrisa. Se llamaba Lou, y me recordaba a mi abuelo—. No te he visto en los últimos partidos. El señor Jude no habrá estado haciendo alguna tontería contigo, ¿verdad?

Le devolví la sonrisa educadamente.

—No, el señor Jude no ha estado haciendo ninguna tontería —contesté, y apoyé los brazos en el mostrador.

—Me alegra oírlo, señorita Lucy. No me gustaría tener que darle una lección acerca de cómo se supone que un hombre debe tratar a una mujer.

—Creo que eso no nos gustaría a ninguno de nosotros. —Sonreí y esperé a que Lou acabara. Al hombre le encantaba charlar conmigo, y normalmente yo me alegraba de seguirle la corriente, pero esa vez era distinto. Dudaba de que, de saber cómo había herido a Jude, estuviese bromeando conmigo.

Rebuscó en el taco de entradas y arrancó dos. Jude siempre dejaba dos para mí, una extra por si quería llevar a algún amigo.

—Me preguntaba si hoy tampoco vendría nadie a recoger estas entradas —me explicó al tiempo que las deslizaba por la ventanilla—. Si no estuviera seguro de que el señor Jude habría salido del campo para echarme físicamente, habría ocupado uno de esos asientos.

—¿Por qué no te las quedas hoy, Lou? —dije, y las empujé de nuevo hacia él—. Yo hoy solo quiero una entrada de admisión general.

—¿Por qué íbas a querer una de admisión general cuando tienes asientos de primera fila en las cincuenta yardas, cariño? —Se le marcaron las arrugas del entrecejo.

—¿Por favor, Lou? —le pedí, y me mordí el labio. No quería explicarle lo que no era del todo capaz de explicarme a mí misma—. ¿Solo una entrada de admisión general?

Suspiró, tamborileando con los dedos en el mostrador.

—Vale, pero solo porque no sé decir no a una cara bonita.

Deposité la entrada de admisión general encima de las otras dos que Jude apartaba para mí en cada partido y las deslizó de nuevo hacia mí.

—Invita la casa, pero tienes que llevarte estas dos. El señor Jude me dejaría sin trabajo si se enterase de que has estado aquí y ni siquiera te las he dado.

—Gracias, Lou —contesté al tiempo que cogía las entradas—. Quizá pronto podamos utilizar estas juntos.

Los ojos castaños de Lou se suavizaron.

—Sería un verdadero honor, señorita Lucy.

Me despedí con la mano y me dirigí a las puertas.

—Gracias otra vez.

El hombre asintió, sin palabras.

El rugido de la multitud se amplificó a medida que me acercaba a las gradas. El equipo de Siracusa estaba saliendo al campo. Me apresuré, pues no quería perderlo. Ese era uno de mis momentos favoritos del partido. Cuando Jude salía corriendo al campo, encabezando a un ejército de hombres, todos ellos con aspecto de ser tan invencibles como ellos creían que eran. Siempre se me ponía la piel de gallina.

Jude solo estaba en las veinte yardas cuando alcancé a ver el campo. En el momento en que le vi a la carga con sus compañeros de equipo supe que había tomado la decisión correcta. Me deshice del peso que llevaba sobre los hombros en el instante en que mis ojos lo encontraron. Me llené los pulmones de nuevo, esboqué una sonrisa que no parecía forzada y sentí latir mi corazón como si ya no fuera una tarea rutinaria.

Lo miré hasta que el equipo comenzó el calentamiento previo al partido y empecé a abrirme paso hasta mi asiento. Puede que también espicara a cierta animadora con moratones en ambas mejillas. A diferencia de las mías, sus heridas de batalla no quedaban en su mayor parte ocultas por la base de maquillaje. Me gustó saber que yo tenía mejor derecho que la Reina del Mal. Me di cuenta de que había desperdiciado demasiada energía con Adriana Vix, y me dirigí a mi asiento. Me apreté entre una mujer embarazada y un tipo vestido con un uniforme del ejército, que asumí que era su marido. Volví a mirarles. Ellos examinaron sus entradas, luego alzaron la vista a las gradas. Lentamente la mujer dio el primer paso hacia arriba.

Me detuve y la vi dar un paso más. Si estar embarazada significaba tardar cinco segundos en subir un peldaño, no estaba segura de que yo fuese a disfrutarlo demasiado.

—¿Hacemos un cambio? —pregunté de repente. No podía verla inhalar de nuevo mientras se decidía a dar otro paso—. Estos asientos son bastante buenos.

El marido me miró, confundido, luego estudió las entradas que le tendía. Se le abrieron los ojos como platos.

—No me malinterprete, señorita, porque vendería a mi primogénito por unas entradas como estas... —Lanzó a su mujer una sonrisa pilla al tiempo que extendía el brazo—. Pero ¿ve esa fila de ahí, la de atrás? Esos asientos de mala muerte son los nuestros.

Me gustaron.

—¿Cómo es la vista desde ahí arriba?

—Apesta —respondió, mientras ayudaba a su mujer a bajar los dos escalones que acababa de escalar.

Le puse las entradas en la mano y sonreí.

—Bueno, la vista desde estos no. —Retrocedí.

El saque inicial no iba a esperar a que yo depositara mi trasero en mi asiento.

—Solo háganme un favor y asegúrense de hacérselo pasar mal al número diecisiete. —Me volví y seguí caminando, sonriendo todo el camino hasta mi asiento.

Lou me había dado una buena entrada de admisión general. Había dos asientos vacíos al final de la fila; el mío era el segundo. Sonreí a la familia que había en la fila delante de la mía. Cuando el niño más pequeño se volvió, vi que llevaba un jersey naranja con el número diecisiete.

—Me gusta tu camiseta —le dije—. Yo tengo una igual.

Abrió los ojos como platos. Me gustó saber que podía impresionar a un niño de cinco años.

—Yo de mayor quiero ser como Jude.

Ese niño tenía un montón de pecas y tupé, e iba a hacerme llorar. Por la maldita enésima vez el último mes.

—Yo también —contesté cuando se volvía en su asiento.

Su madre me lanzó una mirada de disculpa. La rechacé con un gesto de la mano.

—No debería contarte esto, puesto que tú eres una desconocida y una chica, pero Jude es un superhéroe de incógnito —me susurró.

—¿En serio? —repliqué, y miré a Jude, que calentaba el brazo en el campo. Este lanzó la pelota y miró hacia las gradas, pendiente de la primera fila.

—¿La licra naranja y blanca es lo que delata su estatus de superhéroe? —pregunté.

El rostro del niño se contrajo mientras le daba vueltas a la pregunta. Dos segundos más tarde se aclaró.

—No —declaró con seguridad—. Cualquiera puede salir a comprar algo de licra naranja y blanca. Pero nadie más puede ser Jude Ryder.

Saqué un paquete de regalices de mi bolso y le ofrecí uno. Era lo menos que podía hacer por el fan número uno de Jude.

—Dado que soy una chica y no estoy al día sobre el círculo de superhéroes —dije, al tiempo que cogía un regaliz para mí—, ¿qué tiene él en común con

otros del estilo de Superman y Lobežno?

—Danny, ¿estás molestando a esa señorita? —intervino su madre desde el otro lado de la fila de lo que supuse que eran los hermanos mayores del chico.

Él se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió, mirándome a mí—. ¿Te estoy molestando?

—No pasa nada —le dije a la madre—. Estamos hablando acerca de uno de mis temas favoritos. El fútbol. —« Y Jude » .

—Vale —contestó, y le lanzó a Danny la mirada de madre—. Cuidado con esos modales, ¿vale?

—Vale, mamá —respondió, se puso de rodillas en el asiento y apoyó la barbilla en el respaldo—. ¿Tus padres no te lo han explicado todavía? —añadió, arrugando la nariz pecosa.

—Explicarme ¿qué?

—Los superhéroes no son de verdad —replicó, y parecía un poco triste por mí—. Son fantasías.

—Pero creí que acababas de decir que Jude era uno —dije, y mordí el final de mi regaliz.

El niño puso los ojos en blanco y suspiró.

—Los superhéroes de cómic —enfaticó— no son de verdad. Jude es un superhéroe en la vida real.

—Aaah. —Asentí—. Ahora lo entiendo.

Danny volvió la cabeza cuando los equipos se alineaban en el campo para el saque inicial.

—Entonces ¿qué hace de Jude un superhéroe? —le pregunté, inclinándome hacia delante.

El equipo visitante sacó mientras Siracusa cargaba en el campo.

Danny sacudió la cabeza y me miró como si esa pregunta fuese la más insultante que le habían hecho.

—Es fuerte, es rápido —comenzó, contando con los dedos—. Puede lanzar la pelota como a diez kilómetros. Va a casarse con la chica más guapa del mundo y van a tener pequeños bebés superhéroes. —Hizo una pausa; no estaba segura de si era porque había acabado con su lista o porque necesitaba recuperar el aliento.

—¿Algo más?

—Y un día será presidente de los Estados Unidos de América —añadió, y se giró en su asiento cuando Jude dirigía la línea ofensiva hasta las sesenta.

—Entonces todas esas cosas le convierten en un superhéroe, ¿no? —insistí, para seguir dándole conversación. En parte porque el chico podía seguirme el ritmo en un par de mis temas favoritos: fútbol y Jude. Y en segundo lugar porque me sentaba bien hablar. Con alguien. Aunque fuera un adorador de superhéroes pecoso y de dos palmos de altura.

—Bueno, sí, eso y ... —Miró al campo cuando Jude hizo una de sus famosas

fantas y corrió con el balón hasta la zona de anotación antes de que el otro equipo se diera cuenta de qué diantres estaba pasando—. Eso —agregó, saltando en su asiento y moviendo las manos hacia el lugar en el que Jude había marcado seis puntos en el primer minuto del partido.

Una vez que los vítores disminuyeron hasta un rugido sordo, Danny se volvió en su asiento sonriendo de oreja a oreja.

—¿Ahora me crees?

—Te creo.

Y así fue como continuó la primera parte del partido. Danny y yo charlábamos entre grito y grito cuando el equipo local hizo llegar otro balón a la zona de anotación. No podría haber imaginado un regalo de Navidad mejor para mí.

Como todos los partidos que Jude había jugado, jugó ese como si su vida dependiera de ello. Él era bueno porque tenía mucho talento. Era el mejor porque creía que lo era y jugaba en consecuencia.

Y todos los que nos encontrábamos en las gradas reconocíamos que estábamos siendo testigos de la construcción de una leyenda. El nombre de Jude no se limitaría a los libros de récords del fútbol universitario; quedaría inmortalizado por niños como Danny, que contarían historias de Jude a sus hijos en torno a la mesa.

Quizá estuviera susceptible, pero me parecía que Jude no podía dejar de alzar la vista a la primera fila siempre que se encontraba en las bandas. Probablemente solo eran imaginaciones mías, tenía la esperanza de que me estuviera buscando y se preguntase quiénes ocupaban mis asientos, pero ese era mi regalo de cumpleaños, y tenía carta blanca para llegar a la conclusión que me diera la gana.

Una vez iniciado el encuentro, Danny había guardado silencio salvo para alabar el fútbol o, más concretamente, a Jude. Yo estaba a punto de levantarme para comprar un perrito caliente cuando Danny empezó a botar. Estaba mirando hacia arriba, unas filas por encima de nosotros.

Los ojos se le salían de las órbitas. Entonces un puñado de espectadores más comenzaron a revolverse en sus asientos, dando codazos a sus acompañantes y sacando sus iPhones.

—¡Me cago en...!

—¡Danny! —le advirtió su madre lanzándole una mirada—. Esa boca.

Sentí que me desvanecía. Sabía por qué. Jude estaba bajando las escaleras.

—Eh, Luce. —Se detuvo al final de la fila.

—Hola —contesté, con una sonrisa avergonzada. No esperaba que supiera que había ido al partido, no tenía intención de que lo descubriera nunca.

—¿Disfrutando del partido desde aquí? —me preguntó, al tiempo que se quitaba el casco y se sentaba a mi lado.

—Sí —respondí, sin mover mi brazo, que ahora se hallaba apretado contra el suyo en el reposabrazos—. Estás jugando un partido genial. Y eso que todo el mundo decía que este podría ser el primer partido que perderias.

Podía sentir los ojos de Danny puestos en nosotros, sin perder detalle. El niño creía de verdad que Jude era un superhéroe, y actuaba en consecuencia.

—Bueno, al enterarme de que estabas aquí, puede que haya subido un poco el nivel —dijo, dirigiéndome su sonrisa ladeada.

—Te lo ha dicho Lou, ¿verdad? —imaginé.

—No hacía falta que Lou me dijera nada, Luce —repuso, mirando entre el campo y yo—. No necesito que nadie me diga cuándo está mi chica en las gradas. Podría verte aunque estuviera jugando en el Superdome y te hubieras metido en la última fila.

Claro que podría. ¿Acaso no podría haber hecho yo lo mismo con él?

Había sido una idiota por pensar que podía plantarme en su partido y salir antes de que se enterara de que estaba allí. Jude sabía que estaba allí incluso antes de que yo misma supiera que iba a ir. Eso era lo que maldecía y bendecía a un tiempo nuestra relación.

—¿No se supone que deberías estar en los vestuarios, escuchando la arenga de tu entrenador? ¿Quizá un plan de acción para la segunda parte? —Sabía que Jude hacía lo que quería, pero sentí la necesidad de recordárselo, puesto que no podría haberme retorcido más en mi asiento con todo el mundo a nuestro alrededor mirándonos sin pestañear.

—El plan es siempre el mismo —respondió, recorriéndome el rostro con los ojos, probablemente para examinar las heridas de batalla de la pelea de gatas—. Patear. Culos.

—Creo que esa parte ya la has conseguido —repuse, pues sabía que varios miembros del equipo visitante podían asegurarlo personalmente.

—¿Qué estás haciendo aquí, Luce? —me preguntó, sin dejar de examinarme.

—Verte jugar —contesté, aunque sabía que no aceptaría esa respuesta.

—Sí. —Hizo una mueca—. Eso no me basta.

Claro que no.

—Ya lo sabes —añadí en un susurro.

—Necesito oírtelo decir —insistió, y tragó saliva—. Llevo demasiadas semanas sin oírlo.

Suspiré y cerré los ojos.

—Te quiero —dije, consciente de que era la verdad y de que eso no cambiaba nada—. Y te he echado de menos.

—Sí, y yo también a ti.

Justo entonces, la multitud, no solo la gente que nos rodeaba, dio un grito ahogado colectivo antes de soltar unos vítores que estallaron en las gradas.

—¡Sois vosotros! —gritó Danny, al tiempo que señalaba la pantalla gigantesca

del otro lado.

—Mierda —exclamamos Jude y yo al unísono.

Iba a cortarle la cabeza al cámara, porque en esa pantalla —como en las otras tres del estadio— aparecía un primer plano de Jude y de mí en tiempo real, con unas leyendas rojas y alegres que decían BÉSAME rodeadas de corazones flotantes.

El estadio empezó a cantar « ¡Que se besen!, ¡Que se besen!» mientras a mí se me ponía la cara casi tan roja como esos malditos corazones que flotaban alrededor de nuestras caras en la pantalla. Aunque Jude no estaba rojo; ni siquiera parecía incómodo. Se hallaba en algún punto entre sonreír sin más o hacerlo con satisfacción.

Si no lo hubiese conocido, habría creído que había preparado todo aquello.

Me volví hacia Jude.

Su sonrisa de satisfacción había pasado a ser completamente arrogante y endemoniadamente sexy.

—Ven aquí —dijo, entretejiendo sus dedos con mi pelo.

No tuve que ir mucho, porque suprimió todo el espacio que nos separaba hasta que sus labios descansaron en los míos. La multitud se volvió loca; loca de remate. Su héroe no solo me besaba. Me consumía.

Levantó la otra mano hasta mi cuello, sus dedos masajearon mi piel, sus labios apremiaban los míos, presionándolos para que respondieran.

No estaba segura de si sentía los ojos de cientos de miles de seguidores sobre nosotros, o el tiempo que había pasado desde la última vez que Jude y yo nos habíamos besado así, o si eran los sentimientos que me estaban inundando —ahogándome con su intensidad— lo que me aterrorizaba. Jude habría sido el amor de mi vida, si la realidad no se hubiese interpuesto en el camino y lo hubiese estropeado todo.

Al fin se detuvo. Sus labios dejaron de intentar someter a los míos. Sus dedos cayeron con lentitud contra mí, repentinamente fríos.

La multitud seguía entusiasmada, ajena al hecho de que dos corazones se romperían tras ese beso.

—Te he perdido de verdad —susurró, y sus palabras resultaron incluso frías contra mi piel—. Esta vez te has ido para siempre, ¿no, Luce?

Miré esos ojos plateados, incapaz de imaginar nada que pudiera hacer que fuera peor que herirle.

—No puedes perderme nunca, Jude —dije, olvidándome de la multitud. Olvidándome de todo excepto de cada razón por la que deberíamos estar juntos y cada razón por la que no podíamos estarlo.

—Pero no puedo tenerte como quiero. —Me acarició el cuello con el pulgar.

—No lo sé.

—Entonces ¿qué estás haciendo aquí, Luce? —Su voz se fue alzando—.

¿Quieres tiempo? ¿Quieres espacio? Perfecto. Te lo he dado. Pero sigues volviendo a mi vida cuando te da la gana. Sin avisar. Sin disculparte. Sin quedarte. Apareces delante de mi puerta principal y te escabulles por la de atrás sin despedirte siquiera —continuó, sin apartar los ojos de mí un segundo—. No soportabas los altibajos. La montaña rusa iba a matarte. ¿Sabes qué no puedo soportar yo? A ti saliendo de mi vida antes de que sepa siquiera que estabas dentro. Que me mires como lo haces ahora y luego seas capaz de volverme la espalda y largarte cinco minutos después. —Me apreté la mejilla con la mano antes de bajarla—. Eso es lo que va a matarme a mí. No puedo vivir preguntándome si todavía puedo decir que eres mía.

Era como si Jude supiera exactamente qué palabras podían ahogarme al tiempo que me inflamaban.

—Lo siento —contesté—. Solo quería verte jugar una vez más antes de las vacaciones. Ni siquiera pensé que sabrías que estarías aquí.

Resopló, curvando el labio en un gesto de incredulidad.

—Vale. ¿Que entre y salga de tu vida te va a matar? Dalo por terminado —dije.

—¿Te importaría dejar ese rollo de chica insegura y a la defensiva a un lado para que podamos mantener una conversación de adultos? —Los músculos de su cuello se movieron debajo de la piel, una señal inequívoca de que él también se estaba encendiendo.

—Encantada —respondí, y apreté los dientes—. En cuanto tú me sueltes ese rollo de que no puedes soportar la presión que soltáis los chicos y te levantes y te vayas.

Hizo una pausa, y su rostro se entristeció por un segundo antes de volver a encenderse.

—¿Quieres que me vaya?

—No me imagino nada que pueda hacerme más feliz estas fiestas.

—Vale. —Se levantó de golpe—. Te dejo. Pero, dado que al parecer no puedes estar lejos de mí más de unas horas, nos vemos pronto, estoy seguro.

—Si por pronto te refieres a nunca, entonces eso me suena bien —repliqué, deseando saltar al asiento para tenerle cara a cara—. ¿Dónde firmo?

—¿Sabes, Luce? —Se volvió para volver a subir las escaleras—. Tienes una forma bastante chungona de demostrar tu amor por alguien.

Me encogí de dolor. Eso me dolió más de lo que podía recordar de otras peleas. Me mordí el labio y le fulminé con la mirada.

—Lo mismo te digo. —Y eso fue una mentira en toda regla. Jude, quizá más que nadie a quien hubiera conocido nunca, era capaz de expresar su amor como se suponía que debía expresarse.

Negó con la cabeza, el rostro carente de toda emoción, antes de volverse y subir las escaleras corriendo. Los fans, ajenos a lo que había ocurrido, le tendían

las manos al pasar, pero era como si él no viese nada a su alrededor.

—¡Vale! —dijo una voz pasmada, que silbó una fila por debajo de mí—. ¿Tú eres la chica con la que Jude Ryder va a casarse y a tener bebés superhéroes?

Si Danny no había oído el intercambio acalorado entre Jude y yo, quizá eso significase que toda la gente en un radio de diez asientos que me miraba como si fuese una paria tampoco lo había hecho.

—Creo que acabo de perder cualquier oportunidad de que eso ocurra —respondí, anestesiada. O al menos más anestesiada.

—Eres como la Lois Lane de la vida real —prosiguió, dando botes en su asiento—. Solo que más rubia. Y más joven. Y también más guapa.

Ni siquiera era capaz de esbozar una sonrisa desganada que resultase real.

Me miró boquiabierto como si fuese casi tan guay como los cómics.

—¡Me cago en...!

—¡Danny! —gritó su madre, que me dirigió una sonrisa compasiva.

Hasta ahí lo de que no lo había oído nadie.

Capítulo

15

Danny me estaba observando. No decía nada, pero había algo que le reconcomía.

—¿Qué pasa, Danny? —le pregunté, dando golpecitos con el pie con furia.

—¿Por qué os estabais peleando Jude y tú? —me espetó, y pareció aliviado de habérselo quitado de encima.

—Porque eso es lo que hacemos, y somos buenos en ello —respondí.

—Pero ¿le quieres?

Eché un vistazo a su madre, deseando que escogiese ese momento para llevar a los niños al baño o algo.

—Sí.

El alivio que reflejaba su rostro fue todavía mayor.

—Entonces ¿todavía os vais a casar?

—No lo sé —contesté, y me mordí las uñas. Esa temporada ya no se llevaba la manicura—. No creo.

—¿Por qué no?

—Porque no —repuse, y comprendí por qué mis padres eran tan fans de esa breve respuesta válida para todo—. Porque a veces el amor no es suficiente.

Su nariz pecosa se arrugó.

—Bueno —dijo, agitó las manos sobre el respaldo del asiento—, acabo de cumplir los seis años y hasta yo sé eso.

Al parecer un niño de seis años tenía más sabiduría acerca de la vida que yo. La idea resultaba más deprimente de lo que debería.

—Lo sabes, ¿eh, listillo? —le dije.

—Sé un montón de cosas.

—Y, en calidad de niño de primaria que probablemente haya salido con un total de cero chicas —le dije arqueando una ceja—, ¿qué sabes exactamente acerca del amor?

Adoptó esa expresión de desinterés de la que mi madre se había convertido en una maestra tiempo atrás.

—Mi madre me ha dicho que el amor es como una semilla. Tienes que plantarla para que crezca. Pero eso no es todo. Necesitas regarla. El sol debe brillar justo lo suficiente, pero no demasiado. Las raíces tienen que agarrarse —

continuó, entrecerrando los ojos con un gesto de concentración—. Y a partir de ahí, si saca la cabeza a la superficie, habrá cerca de un millón de cosas que podrían matarla, así que se necesita mucha suerte también.

Sentí que empezaba a quedarme boquiabierta. Estaba a punto de mascullar una maldición cuando me contuve. Ese niño era muy sabio para su edad.

—No puedes plantar una semilla y esperar que crezca sola. Hace falta mucho trabajo para que algo crezca. —Me sonrió, claramente satisfecho consigo mismo.

—Uau —repliqué, pasmada—. Eso es muy inteligente, en serio, Danny.

—Lo sé —dije—. ¿Tienes alguna pregunta?

Le estaba sonriendo con suficiencia a un niño de seis años. No era uno de mis mejores momentos.

—Creo que ya he terminado, pero si no, te aviso.

Se volvió en su asiento, y yo estaba a punto de suspirar de alivio cuando miró por encima del hombro.

—No deberías haberte peleado con Jude —declaró, con las cejas juntas—. Podrías fastidiar su juego. Podría salir en la segunda parte y ser un desastre. Podrías ser responsable de que perdamos el partido si lo hacemos.

—Jude estará bien —repuse, bajando la vista al campo—. Está acostumbrado a que nos peleemos. Nunca le ha detenido antes.

Apretó los labios mientras consideraba aquello.

—Eso es triste —respondió. Con un mundo entero de respuestas a su disposición, esa era la que había escogido—. Es triste —repetió al tiempo que las gradas empezaban a estallar con cuerpos que se levantaban y voces.

Cuando el Siracusa salió al campo tras el descanso, Jude no les dirigía. Casi me dio un ataque de pánico, pues estaba segura de que nuestra pelea le había dejado deshecho y se había marchado, y nunca volvería a saber de él, pero entonces atisé el número diecisiete en medio de los delanteros.

No fui la única que lo notó. Rostros confundidos, y luego acusatorios, se volvieron en mi dirección. Bien podían marcarme la frente con la palabra «paria», porque era imposible que pudiera sentirme más incómoda que entonces.

Estaba a punto de realizarse el saque inicial cuando alguien se detuvo al final de mi fila. Me estaba mirando de una forma tan evidente que no podía fingir que no me había dado cuenta.

—¿Sí? —dije irritada, alzando la vista al chico de fraternidad que me sonreía. Llevaba el nombre de su hermandad, Delta Delta Mierda Algo, escrito en la gorra de béisbol. No pude evitar poner los ojos en blanco.

—¿Este asiento está ocupado? —preguntó, mirando el asiento vacío que Jude había ocupado antes. No se había sentado en él más de cinco minutos, pero me sentía protectora con él.

—Sí —contesté, dejando mi bolso encima—, está ocupado.

La multitud rugió, animando al jugador estelar que nuestro equipo pateador acabara de sacar. El chico de la fraternidad me estaba molestando, sonriéndome de un modo demasiado cursi y preguntándome si podía ocupar el asiento de Jude: acababa de hacer que me perdiera el saque inicial.

Cuarto strike. Ya te estás largando.

—Será mejor que encuentres a otra chica con la que sentarte. —Danny se giró en su asiento, mirando con desprecio a ese tío que era tres veces más grande que él—. Esta es la futura mujer de Jude Ryder.

—Espera —dijo el chico, riéndose entre dientes del niño—. ¿Eres la chica del quarterback?

Jude estaba saliendo al campo con su línea cuando le vi mirar en mi dirección. Estaba tan lejos que no debería haber sido posible, pero habría jurado que sus ojos se volvían un momento cuando vio al tipo que merodeaba por encima de mí.

—¿Por qué no «esperas» tú y vuelves con el resto de tu clan de futuros gerentes medios? —le espeté, y le largué con la mano.

El tipo chasqueó los dedos, sacó su móvil y empezó a pasar páginas con el pulgar. No estaba segura de qué estaba buscando exactamente, pero me hacía una idea.

Miré a Jude mientras se colocaba en la línea, con la cabeza ladeada en mi dirección otra vez. Maldita sea, necesitaba concentrarse en el partido, no en mí. Yo podía arreglármelas sola.

La sonrisa del chico de la fraternidad se amplió como la del Joker.

—Eres la chica de Ryder —anunció, mostrándome su móvil. En la pantalla había una imagen fija de mí a horcajadas sobre una Adriana de rostro desencajado; mi brazo estaba en lo alto, preparado, y mi pelo era un tornado de mechones rubios casi blancos.

—Me da igual si este sitio está ocupado —soltó, cogiendo mi bolso y lanzándomelo al regazo—. Necesito sacarme una foto con la chica que estaba en el bando ganador de la pelea de gatas de la que más se ha hablado en la historia de la universidad. —Me pasó el brazo por el hombro y colocó el teléfono delante de nosotros, a punto de sacar una foto.

¿Cuándo iban a darse cuenta los idiotas como ese de que no podían hacer lo que les diera la gana con una mujer? No éramos animales a los que pudieran someter. Éramos mujeres capaces de dominar el mundo con los ojos cerrados, pero lo bastante inteligentes como para evitar todo ese jaleo. Éramos mujeres, que nos oyeran rugir.

E hice exactamente eso, le arranqué el teléfono de la mano, me levanté y lo tiré gradas abajo.

Jude acababa de señalar la jugada cuando mi propio proyectil descendió en

espiral hasta las bandas. Volvió a echar la vista atrás hacia mí cuando sus ojos no deberían haber estado más que en el campo. Se quedó congelado al ver lo que ocupaba el espacio entre el Superchico de Fraternidad y yo.

Jude me miró y yo lo miré a él, nuestros rostros fruncidos de preocupación el uno por el otro. Sin embargo, la preocupación de Jude estaba fuera de lugar. El Chico de Fraternidad había seleccionado un insulto sin creatividad alguna para dirigirme antes de largarse, de vuelta a sus aspirantes a gerente medio. Yo, en cambio, tenía derecho a preocuparme muchísimo, porque tras romper la línea ofensiva de Jude, uno de los defensas del equipo visitante se abalanzaba hacia mí quarterback, que permanecía congelado en su sitio.

Yo ya estaba gritando su nombre cuando el defensa arremetió contra Jude. Incluso después del impacto inicial, los ojos de Jude siguieron sin abandonar los míos, pero cuando su cuerpo se estrelló contra el suelo, rebotó y se deslizó unas buenas diez yardas, estaban muy lejos del punto de reconocimiento, y parpadearon hasta cerrarse.

—¡Jude! —El grito fue primitivo, salió de alguna parte de mí que no sabía que existía. Me levanté del asiento al instante y estaba escaleras abajo antes de darme cuenta de que estaba corriendo. No aparté los ojos de él; su cuerpo yacía contorsionado de un modo que hizo que se me revolviere el estómago.

Yo no estaba pensando en nada en ese preciso momento, era puro instinto. Pasé volando junto a todo el que encontraba en mi camino hasta que alcancé la barrera de cemento que separaba el campo de las gradas y subí las piernas por encima de ella.

Me retorcí sobre mi estómago para poder pasar por encima del muro y caí al campo. El impacto me dejó sin aire. Había subestimado la caída, pero eso no me detuvo.

Todo el mundo estaba tan concentrado en Jude y en los entrenadores que corrían hacia él, que nadie prestó atención a la pirada que corría por el campo. Empujé a los jugadores que formaban un círculo a su alrededor y me dejé caer de rodillas junto a él.

—¡¡Jude?! —grité.

El trío de técnicos alzó la vista hacia mí, con los ojos muy abiertos antes de entrecerrarlos.

—Tienes que largarte de aquí —dijo uno de ellos mientras otro le quitaba el casco a Jude.

Dejé escapar un sollozo terrible y le cogí de la mano. Por primera vez, la noté flácida en la mía.

—No pienso marcharme —repuse, y me mordí el interior de la mejilla.

—Si no te marchas por voluntad propia, haremos que alguien te escolte —dijo el tercer técnico, que sostuvo una luz por encima de los ojos de Jude y se los abrió.

Se me escapó otro sollozo. Sus ojos grises aparecían apagados, muertos.

—No pienso marcharme —repliqué, y envolví la mano de Jude con las mías, tratando de infundirle calor y vida—. Y compadezco a la persona que intente alejarme de él. —Mis ojos destellaron.

—Vale —accedió el que le colocaba un collarín a Jude—. Pero si te inmiscuyes en nuestro trabajo, estaré encantado de utilizar contigo el tranquilizante que guardo en caso de emergencias, ¿entendido?

—Sí —contesté. Yo solo quería curar a Jude, recorrer cada parte de su cuerpo con mis manos. No saber qué era lo que había que curar me produjo una dolorosa sensación de impotencia.

Me mordí el otro lado de la mejilla y miré el punto del cuello de Jude en el que se detectaba un levisísimo movimiento. Empecé a contener el aliento, a la espera de que se le acelerase el pulso.

Mientras tuviera pulso, estaba vivo.

Un par de técnicos más salieron al campo corriendo con una camilla. Los jugadores se apartaron y deambularon con las cabezas agachadas de vuelta a las bandas. Los técnicos colocaron la camilla junto a Jude y se posicionaron a su alrededor.

Solo le solté la mano para que ellos pudieran alzarle hasta la camilla. Volví a aferrársela cuando nos encaminamos a las bandas.

Quizá yo no fuera capaz de oír nada a causa del shock, pero el estadio se quedó en silencio mientras sacábamos a Jude del campo.

Cuando atravesábamos uno de los túneles del equipo, oí el estruendo de la sirena de una ambulancia. Los paramédicos estaban abriendo las puertas de atrás cuando salimos. Pero cuando se pronunciaron las palabras «conmoción cerebral», «coma» y «paralizado», hice oídos sordos.

Trasladaron a Jude a la ambulancia. Yo subí tras el paramédico y me senté antes de que pudieran echarme.

—¡¿Quién eres tú?! —me gritó cuando las puertas ya se cerraban.

—Soy la única familia que tiene —susurré. Intenté no dejar que la sensación de que estábamos en un coche fúnebre camino de un funeral me paralizara.

Nos precipitamos en la sala de urgencias. Observé indefensa como la persona a la que quería con toda mi alma obtenía preferencia a causa de sus graves heridas. Antes de que pudiera ponerme al tanto de todo lo que estaba ocurriendo, me vi relegada a la sala de espera.

Decir que eso no lo llevé bien habría sido como decir que Jude no lo habría llevado nada bien si hubiéramos intercambiado nuestros papeles. Pasé de ser la tarada malhablada a la chica que lloraba de rodillas en el plazo de un minuto. Unidad de psiquiatría, allá voy.

Tuvieron que llamar a dos guardias de seguridad cuando mandé a cierta enfermera de cara avinagrada a... ejem. Me echaron un vistazo, me vieron

preocupada y muerta de miedo, y me soltaron con una advertencia.

Caminé de un lado al otro de la sala de espera, luchando contra la necesidad, al menos unas cien veces, de empujar al guardia de seguridad al que sin duda habían ordenado que me echara un ojo. El teléfono me sonaba cada minuto con llamadas de los compañeros de equipo y amigos de Jude.

Lo apagué a los diez minutos. ¿Qué podía contarles? ¿Que lo habían aislado en una sala de urgencias en la que entraban corriendo más médicos que en un campo de golf un soleado domingo por la mañana? No tenía ninguna respuesta de cómo estaba Jude.

Así que me paseé arriba y abajo. Me mordí las uñas por completo. Me dolían sitios que no sabía que podían doler. Pero no me permití a mí misma ponerme en el peor de los casos. Ya apenas aguantaba estando como estaban las cosas.

Podrían haber sido quince minutos, o quince horas, pero cuando un médico con gesto serio entró tranquilamente en la sala de espera, tardó una vida entera en cruzar la habitación hacia mí.

—Me han dicho que tiene usted algún tipo de parentesco con el señor Ryder —dijo, cruzándose de brazos. No estaba cubierto de sangre, así que me aseguré a mí misma que era una buena señal.

—Sí —contesté, con la voz ronca. Tenía todo el parentesco posible sin lazos de sangre.

—Ha sufrido una conmoción cerebral por el impacto —comenzó mientras se me retorció el estómago—. Le he inducido un coma con fármacos para dar a su cerebro y a su cuerpo una oportunidad de curarse, pero no conoceremos la extensión total del daño hasta que se despierte.

Me tragué la bilis que ascendía por mi garganta.

—¿Está bien? —Mi voz fue apenas un susurro.

Una enfermera asomó la cabeza en la esquina.

—Doctor —interrumpió—, tenemos una víctima de accidente de coche con hemorragia interna.

El médico asintió por encima del hombro y comenzó a retroceder.

—Le hemos trasladado a la quinta planta. Puedes ir a verle ahora si quieres.

—Gracias —contesté, mientras que él se marchaba a toda prisa. Las palabras resultaban inadecuadas cuando le dabas las gracias a la persona que había salvado a quien querías.

Seguí las señales que llevaban al ascensor y pulsé el botón de la quinta planta. Me temblaban las piernas, respiraba entrecortadamente y tamborileaba con los dedos sobre el pasamanos del ascensor. Tenía tal ansiedad que, en cuanto las puertas se abrieron con un silbido, salí volando hacia el puesto de las enfermeras.

—¿Disculpe? —llamé, y mi voz sonó tan electrizada como sentía el resto de mi cuerpo—. ¿Podría decirme a qué habitación han llevado a Jude Ryder? —No esperé a que la mujer de mediana edad, de sonrisa arrugada, alzara la vista de su

historial antes de preguntar.

—Acaban de llevarlo a la 512 —respondió, señalando al final del pasillo—. Puedes ir a verle ahora mismo. Solo asegúrate de que descanse mucho y esté tranquilo, ¿vale, cariño?

—Vale, lo haré —contesté, y me rodeé el estómago con los brazos—. El doctor ha dicho que le han inducido un coma para que su cerebro pueda recuperarse. ¿Alguna idea de cuándo despertará? —Entonces tenía un millón de preguntas que no se me había ocurrido formularle al médico.

—Podría ser la semana que viene —dijo, encogiéndose de hombros—. Podría ser en la próxima hora. El cerebro es algo delicado que tiene sus propias ideas. —Sonrió ante su pequeño juego de palabras—. A los médicos les gusta pensar que pueden dominarlo para que les obedezca, pero, según mi experiencia, el cerebro siempre gana.

¿Por qué no podía todo el personal médico ser tan sólido como esa señora?

—Suenan muy ... poco concluyente.

—Cariño, cuando quiera que estés hablando del cuerpo humano o del cerebro, siempre es poco concluyente.

No era exactamente lo que necesitaba oír en ese preciso momento, pero siempre prefería la cruda verdad a una mentira cordial y difusa.

—Gracias —contesté, y la saludé con la cabeza mientras recorría el pasillo.

—Avisa si necesitáis algo —me dijo cuando ya me había ido.

La habitación 512 se encontraba en la punta del pasillo, pero cuanto más me acercaba, más lejos parecía estar. Toda esa noche había sido una versión disparatada de *Alicia en el País de las Maravillas*.

Me deslicé en el interior de la habitación y cerré la puerta detrás de mí sin hacer ruido. Miré a Jude en la cama. Si me lo proponía, podía fingir que estaba dormido en su propia cama. Pero entonces pitó el monitor cardíaco, y el olor a antiséptico del hospital me devolvió a la realidad.

A diferencia de la mayoría de la gente, yo no sentía ninguna aversión hacia los hospitales. Para mí eran lugares adonde llevaban a las personas a las que querías porque al menos tenían una esperanza de curarse. Cuando dispararon a mi hermano, la sala del forense fue el único lugar al que fue.

Jude estaba allí, y su corazón latía cada segundo. Eso significaba que estaba vivo y tenía una oportunidad de luchar. Había esperanza.

Rodeé los pies de la cama y lo observé desde allí. Si no hubiese sido por la bata de hospital y los cables y tubos que serpenteaban por encima de su cuerpo, no habría encajado allí. No tenía puntos, hematomas o escayolas en huesos rotos. En la superficie todo parecía perfecto, pero la verdadera amenaza radicaba en su cerebro.

Yo sabía más de conmociones cerebrales de lo que nadie que no fuese médico debería. Había visto cientos de partidos de fútbol en mi vida, y había visto

a una buena tanda de chicos que perdían el sentido. John había tenido bastante suerte de librarse de la conmoción cerebral como rito de iniciación. Pero algunos, cuyos nombres y rostros se destacaban entonces en mi mente, habían cambiado para siempre. Esos pobres chicos no volverían a pisar un campo de fútbol jamás, y un par de ellos ni siquiera podían llevarse una cuchara a la boca, por no hablar de sostener un balón de fútbol.

Cuando me di cuenta de que Jude podía enfrentarse a eso, me flaqueó todo el cuerpo. Arrastré los pies junto a su cama y luego me vine abajo al borde de esta, sujetando su mano entre las mías.

Eso era lo que ocurría cuando no prestabas atención a las advertencias que la vida lanzaba en tu camino o no escuchabas esa voz dentro de tu cabeza que te decía que alguien iba a salir herido si no dejabas de luchar contra la naturaleza.

Jude y yo habíamos estado conduciendo un tren fuera de control, y era él quien se había llevado el grueso del impacto cuando dicho tren se estrelló contra un muro. Yo sabía que, si Jude salía de esa, podríamos intentar arreglar las cosas, pero no tardaríamos en chocar contra otro muro. Y después de caer en pedazos una vez, nos haríamos añicos con el siguiente choque hasta que finalmente no quedase nada de lo que había sido tiempo atrás. No habría Jude. Ni Lucy. Ni nosotros. Nada del amor que compartimos. Solo un desastre que no podría arreglarse jamás.

Sabía que no podía irme, pero también sabía que no podía quedarme. Y esa cruel ironía era la base de nuestro tiempo juntos. Yo le quería, pero no debería. Confiaba en él, pero no confiaba en mí misma. Le deseaba, pero no podía tenerle.

Era como si sufriéramos las consecuencias de querer tener nuestro pastel y comérmolo al mismo tiempo; estábamos intentando sacar el mayor provecho de un plato de pastel vacío. No podías crear algo a partir de nada. Jude y yo teníamos el tipo de algo que la gente pasaba su vida buscando, pero la vida nos había dado una gran nada en lo que se refería al futuro. Si uno de nosotros no dejaba al otro, lo único que podíamos esperar era encontrarnos con la muerte.

Yo sabía que no podía ser él. Jude me había advertido incontables veces de que era incapaz de alejarse de mí. Así que tenía que ser yo. Yo tenía que ser la que se levantase, volviese la espalda a su chico y se alejase sin detenerse jamás.

Nunca me había enfrentado a nada con tanto miedo.

Maldita sea. Ya estaba estrujándole la mano de nuevo.

Me aclaré la garganta; traté de encontrar las palabras adecuadas. Nada. Algo que reconocería la permanencia de mis sentimientos frenaba las palabras en mi interior.

Adiós. Sería lo más duro que tendría que decir nunca. Jude no era solo mi primer amor. Era mi amor eterno. Pero todas las fuerzas de la naturaleza se alineaban contra la idea de que de verdad fuera capaz de pasar mi vida con él.

Todavía se me atragantaba la palabra cuando los dedos de Jude se doblaron en mi mano.

Me levanté de un salto. Observé su mano y vi que volvía a la vida, moviéndose sobre la mía y a su alrededor. Algo más se estaba quedando atascado en mi garganta: alivio.

Sus ojos se abrieron con un parpadeo al cabo de un instante y se posaron en el lugar en el que nuestras manos se entrelazaban. Seguí su mirada y no supe distinguir qué dedos eran los suyos y cuáles los míos. Otro momento de *Alicia en el País de las Maravillas*, puesto que los suyos eran dedos largos y ásperos de hombre y los míos eran delgados y suaves, de chica. Nuestras manos se habían fundido en una sola entidad, creando su propio Jude y Lucy. Un Jucy o un Lude. La idea me hizo sonreír.

Sentí que sus ojos se alzaban, esperando para encontrarse con los míos. Cuando levanté la vista, deseé prender fuego al mundo y contemplar cómo se quemaba por negarse a permitirme tener a ese hombre.

Sus ojos reflejaron confusión al echar un vistazo a la habitación.

—Te has llevado un golpe, Jude. Fuerte —le expliqué, sosteniéndole la mano como si unas fuerzas centrifugas trataran de separarnos. No aflojé, porque esa vez su mano devolvía la presión—. Te has quedado inconsciente y has sufrido una conmoción cerebral, así que los médicos te han inducido un coma para que tu cerebro tuviera tiempo de recuperarse. —Eso era manejar un coma. Aunque tampoco debería haberme sorprendido: Jude no se ajustaba a ninguna norma, así que un coma forzado no iba a ser la excepción.

Se aclaró la garganta. Y volvió a hacerlo, de forma más enérgica. Contrajo el rostro en una mueca de dolor. Yo cogí la jarra de agua del carrito y serví un poco en un vaso. Se lo llevé a los labios, y le sostuve la cabeza mientras daba unos sorbos.

—Recuerdo el golpe —declaró, tocándose la cabeza—. El resto no tanto.

—Dios, Jude. Lo siento —dije, pese a que necesitaba decir tantas cosas más.

—¿Que sientes qué? —replicó, inspeccionando la intravenosa de su brazo—. ¿Que fuera lo bastante idiota para mirar en la dirección opuesta a un tiarrón de ciento veinte kilos que tenía intención de reducirme a polvo en la hierba? Eso ha sido culpa mía, Luce.

—Sí, pero nuestra pelea... —Me acerqué a él cuando debería haber estado moviéndome en la dirección contraria—. No habrías estado tan distraído si no hubiésemos discutido justo antes de reiniciar el partido.

—Luce. Nosotros nos peleamos. Estoy acostumbrado a eso. Vale, esa pelea ha sido la más horripilante que hemos tenido, pero ahora estás aquí. Eso es lo único que importa. No importa cuántas veces nos peleamos, o cuánto afecten la escala de Richter, nada de eso importa mientras al final del día sigas conmigo.

Se removió en la cama, incorporándose sobre los codos todo lo que pudo.

—Y no estaba en absoluto distraído por la pelea. Estaba distraído por ese capullo al que estaba planeando torturar en cuanto terminase el partido.

Me sonrió, y su rostro empezó a recuperar el color.

—Vaya pedazo de lanzamiento de teléfono has hecho en el campo. Voy a empezar a llamarte Brazo Cohete Láser. Si lo ve el entrenador, me va a dar una patada en el culo para ponerte a ti en el puesto de quarterback

Le acaricié el antebrazo, trazando dibujos sobre las líneas del músculo y las venas.

—Si sigues recibiendo golpes como ese, está claro que vas a chupar banquillo, Ryder.

Resopló. No solo creía que era invencible, lo sabía. Se llevó la mano al cuello, y buscó algo debajo de su bata. Su gesto se ensombreció.

—¿Dónde demonios está mi collar? —preguntó, se sentó en la cama y miró por toda la habitación.

—No creo que vayas a encontrarlo pegado al techo —le dije, cuando inspeccionaba los azulejos blancos.

—¿Dónde está? —inquirió con la voz tensa.

—Jude —empecé, preocupada por que el golpe hubiese sido demasiado fuerte—, tranquilízate. Seguro que está por ahí. Probablemente te lo habrán quitado cuando estabas en urgencias y lo tienen guardado en algún cajón o algo. Lo encontraremos.

—Vale. —Resopló—. Tienes razón. Lo encontraremos. —Volvió a dejarse caer en la cama, parecía exhausto.

—¿Desde cuándo llevas tú collar? —le pregunté, esperando que no se tratase de una enorme cadena de oro con un águila del tamaño de un tapacubos colgando.

—Desde que empecé a arreglar mis cosas —dijo.

—¿Y eso cuándo ocurrió? —me burlé, entrecerrando los ojos.

Soltó una risotada, esa risa tan profunda y gutural suya que me atravesó, vibrando por todo mi cuerpo. A medida que se disipaba, su rostro se oscureció.

—¿Qué? —pregunté, lista para pulsar el botón rojo que había en la mesa junto a la cama.

—Estaba soñando —contestó, y sus ojos viajaron a ese lugar lejano—. Lo recuerdo. Eso es lo que me ha despertado. —Un lado de su rostro se elevó un poco—. Era el mismo sueño una y otra vez. Debo de haberlo tenido mil veces, y lo único que recuerdo es que quería escapar de ese sueño y despertar. Pero no podía. Algo me retenía. Algo me impedía despertar.

Eso probablemente tenía algo que ver con un equipo de médicos induciéndole un coma. Un coma que no había durado más que una hora.

—¿De qué iba? —le pregunté, deseando ver en su interior y extraer todo el veneno que lo estaba consumiendo.

Me miró y parpadeó.

—De ti.

Tragué saliva.

—¿De mí? —intenté sonar valiente, pero nunca había sonado tan asustada—.
¿Qué estaba haciendo yo?

Ya conocía su respuesta.

—Te ibas —susurró—. Me dejabas. Y no volvías nunca, sin importar cuánto corría detrás de ti o cuánto te suplicaba que volvieses. —Tal vez fueran las drogas, o la horrible iluminación de la habitación del hospital, pero por primera vez parecía que los ojos de Jude serían capaces de lágrimas—. Me dejabas.

Y entonces fue mi cara y todo el resto de mí lo que se contrajo al no encontrar las palabras. No fue mi cabeza lo que reaccionó a continuación; fue mi corazón. El corazón al que había estado privando durante tanto tiempo acababa de liberarse.

En un instante me senté a horcajadas sobre su regazo y cubrí su boca con la mía. Lo besé, Dios, como si no lo hubiese besado nunca. No podía besarlo con suficiente fuerza. Quería que su boca me hiciera olvidar todo. Necesitaba olvidar la realidad por un momento y fingir que la vida iba a resultar justo como yo quería.

Sus labios permanecieron quietos bajo los míos mientras procesaba lo que acababa de ocurrir, pero, cuando reaccionaron, se movieron contra los míos como si estuvieran tratando de consumirme ellos a mí.

El monitor cardíaco empezó a registrar los latidos al ritmo de nuestras bocas frenéticas, que retrocedían y avanzaban la una sobre la otra. Me quité la sudadera, y mi camiseta estaba volando por los aires antes de que la primera alcanzara el suelo.

Jude me cogió la cara con las manos y me atrajo hacia sí. Su boca se abrió paso con fuerza en la mía. Yo me estremecí al sentir que sus manos y su boca y el resto de su cuerpo me deseaban, me tomaban y me tenían.

Una mano descendió por mi espalda y me desabrochó el sujetador sin perder tiempo. Su respiración había pasado a ser casi tan irregular como la mía mientras nos besábamos. Darme cuenta de lo débil que se encontraba Jude me devolvió a la realidad. No deberíamos estar haciendo eso, por una docena de razones diferentes. Pero, en ese preciso momento, no me importaba una sola de ellas. La realidad no era el lugar donde yo quería estar.

Su boca, que se movía dentro y alrededor de la mía, no era suficiente para mantener la realidad a raya.

Tenía que tener a Jude por completo.

Me quité todo lo que aún me cubría, me lo saqué por las piernas y alrededor de los tobillos. Fuera.

La respiración de Jude se volvió irregular de nuevo cuando sus ojos me

inspeccionaron. Desnuda, torturada y muriendo de deseo por él.

—Soy un capullo con suerte —jadeó, y esbozó una sonrisa al tiempo que se incorporaba sobre los codos—. Y no hay nada que pueda impedir esto. —Sus manos se deslizaron por mis caderas y se aferraron a la carne de mi trasero—. Ayúdame a quitarme este vestido de hospital.

Sonreí, me incliné y dejé que mis dedos se afanaran sobre los nudos de la espalda de su bata mientras mi boca se centraba en los tendones y músculos de su cuello. El ritmo de su respiración pesada encajaba con el ritmo de la mía. Me alzaba con él, descendía con él, siempre juntos.

Solté el último lazo y le subí la bata por los brazos. La arrojé encima de mi ropa desechada.

Estaba funcionando. No sentía nada salvo ese momento y ese lugar. No sentía nada salvo Jude: su cuerpo, su amor y su deseo.

Sus manos volvieron a mi trasero, lo levantaron y lo deslizaron hacia atrás. Podía sentirle contra mí, esperando mi aceptación final, esperando para comprobar si era realmente el momento perfecto para que Jude y yo por fin diéramos el último paso en la intimidad.

Estaba tan preparada que cada uno de mis nervios palpitaba.

—¿Sabes que tu médico ha dicho que deberías permanecer relajado y descansar? —dije, sonriéndole desde arriba; su rostro reflejaba tanta excitación como tormento—. Yo diría que esto no se incluye entre el descanso y la relajación.

Sus manos ascendieron por mi cuerpo, rozando mis pechos y masajeándome por debajo del mentón. Mientras sostenía mi cara entre sus dulces manos, las líneas y músculos de su rostro se suavizaron.

—Luce, te quiero. Esto es exactamente lo que necesito ahora mismo. Las órdenes del médico me importan un pimiento.

El corazón me palpitaba con tanta fuerza en el pecho que estaba empezando a dolerme el esternón. Aquello era lo que esperaba. La luz verde. Y aun así también sabía que había una luz roja en el horizonte. No quería reconocer esa luz roja; quería fingir que todo saldría bien y que Jude y yo podríamos tener la vida que queríamos. Me encontraba en esa tierra de simulación cuando me alcé por encima de él.

—¿Esto? —repose, apoyando las manos en su pecho. Su corazón empujó contra ellas.

Jude asintió, y me acarició el mentón con los pulgares.

—Esto.

Y entonces descendí sobre él, dejando que me consumiera como pudiera.

Jude gimió por debajo de mí cuando sus manos cayeron de nuevo hasta mis caderas.

—¿Esto? —jadeé, incapaz de recuperar el aliento al volver a levantarme.

Ambos hicimos un gesto de dolor a causa de la separación.

Sus dedos se curvaron en mis caderas, empujándolas de nuevo hacia abajo. El monitor cardíaco ahora se había acelerado, apenas capaz de mantener el ritmo de Jude.

—Maldita sea esta cosa —jadeó, y su frente se arrugó cuando volví a alzarme por encima de él. Se arrancó los cables del pecho y los tiró al suelo. Lo siguiente fue la intravenosa.

» Ya —dijo, retorciéndose por debajo de mí hasta colocarme a su lado—. Nada va a interponerse entre nosotros —añadió, y me acarició el cuello con la nariz al acercarse a mí. Yo era vagamente consciente de que el monitor había empezado a emitir algún tipo de advertencia, pero cuando las caderas de Jude acunaron las mías y su gemido se perdió en mi interior al besarme al ritmo que estas creaban, no hubo nada más que él.

Deslizó su lengua en mi interior, y encajó su cuerpo entero con el mío. No solo me estaba haciendo el amor, me estaba poseyendo.

No había nada que desease más que a él, nada que no estuviera dispuesta a sacrificar. Nada de lo que mi vida pareciera depender más que ese hombre que se movía en mi interior.

Separó su boca de la mía, y la acercó a mi oído y empezó a jadear. Noté el velo de sudor que le cubría la cara y se mezclaba con el mío.

Se movió de nuevo dentro de mí, esa vez más profundamente. Estuve a punto de gritar. Estuve tan cerca que no creí que pudiese aguantar mucho tiempo sin hacerlo.

—No pienso dejarte ir, Luce —me susurró, con la voz cargada de tensión—. No dejaré que te vayas. Eres mía —jadeó, y hundió sus dientes en el lóbulo de mi oreja al tiempo que sus caderas se adelantaban contra las mías una vez más.

Y así fue. Mi cuerpo tembló contra el suyo, y mi mano alcanzó la barra de metal de la cama, a la que me aferré. Él continuó moviéndose en mi interior, su pulso se aceleraba y mi cuerpo se ceñía en torno a él. Su mano se unió a la mía cuando me siguió por el camino del olvido de la realidad, sus dedos se entrelazaron con los míos, estrujándolos antes de que su cuerpo se derrumbara sobre el mío.

—Joder, Luce —exclamó, levantó la cabeza y la dejó caer sobre mi pecho.

Yo estaba pensando justo lo mismo.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté, tratando de ralentizar mi ritmo cardíaco. Mi corazón no lo lograba—. ¿Cómo tienes la cabeza?

—Mi cabeza está perfectamente —respondió, pasándome los brazos por debajo de la espalda—. Es mi maldito corazón el que está a punto de reventar.

Me eché a reír, tan cerca de la euforia como podía estarlo una pesimista mordaz por naturaleza. Él se unió a mí, y su carcajada vibró contra mi cuerpo.

Y entonces la puerta se abrió de golpe y la enfermera de rostro amable de

antes entró corriendo, con el rostro contraído de preocupación.

Sus ojos aterrizaron primero en la máquina, luego en Jude, que descansaba sobre mí con el culo al aire. Las arrugas de inquietud desaparecieron de su rostro. Nos miró con una expresión maternal. Se dirigió al monitor, apagó aquella cosa chillona, se volvió y se encaminó hacia la puerta.

—Al menos has muerto y subido al cielo —dijo con un tono divertido antes de dejarnos solos.

—Sí —contestó Jude contra mi pecho, y su risa se atenuó—. Sin duda lo he hecho.

—Qué lástima que nuestra pequeña visita al cielo no haya durado un poco más. —Le acaricié la cabeza con los dedos.

Noté que su cuerpo se tensaba al tiempo que sentía la sonrisa que se formaba sobre mi pecho.

—¿Quién dice que no podemos hacer un viaje de regreso? —Y se alzó de nuevo por encima de mí.

No tuve oportunidad de pronunciar mi respuesta. —La realidad—. Su boca y su cuerpo se adentraban de nuevo en mí.

Capítulo

16

Jude estaba disfrutando a mi lado del sueño ligero de un hombre feliz. Su rostro aún mantenía la sonrisa ladeada, pero sus brazos me sujetaban con fuerza. Incluso tras un segundo revolcón en la cama de hospital, de nuevo las manos agarradas a la barra, el cuerpo tembloroso y los dientes apretados, yo no había sido capaz de conciliar el sueño.

Jude no tuvo ningún problema. De hecho, mi corazón no se había recuperado por completo cuando él ya se había quedado dormido. Había permanecido despierta seis horas, mirando al hombre acurrucado a mi lado, más confundida de lo que lo había estado nunca. ¿Cómo podíamos ser inadecuados el uno para el otro después de que hacer el amor demostrara lo absolutamente adecuados que éramos el uno para el otro? ¿Y por qué, independientemente de lo que hiciéramos, las cosas no funcionaban para nosotros?

Mi vuelo desde Siracusa salía en menos de dos horas. No llevaba mi maleta conmigo, y no había manera de que pudiera conducir hasta mi residencia para recogerla y volver antes de que mi avión ya hubiera aterrizado en el soleado sur de Arizona.

Por suerte, al reservar el billete el mes anterior, había imaginado que estaría en el partido del sábado de Jude antes de volar, y planeaba quedarme en su casa esa noche. Mis planes desde luego no habían incluido una cama de hospital, o dedos contraídos en torno a barras metálicas, pero si me marchaba en ese momento aún cogería mi vuelo.

No podía despertarle. No podía decirle que me iba, porque no me dejaría irme. O compraría un billete y vendría conmigo.

Una parte de mí deseaba con fuerza que eso ocurriera. Pero la parte confundida de mi interior, la que se rascaba la cabeza con asombro, considerando qué hacer a continuación, necesitaba algo de tiempo y espacio para solucionar esa nueva complicación en la que se estaba convirtiendo nuestra historia interminable.

Más tiempo y espacio.

Suspiré, y me moví para tratar de salir de debajo de él. El «tiempo y espacio» del último mes no solo habían conseguido confundirme y complicar las cosas entre nosotros aún más. Así que me prometí que me obligaría a mí misma

a tomar una decisión para cuando volviera a Nueva York después de Año Nuevo. Antes de que regresara a Siracusa, sería capaz de dar a Jude una respuesta firme y definitiva a la pregunta que constituía nuestra relación.

Le cubrí bien con la sábana, recogí mi ropa del suelo y me la puse de cualquier forma, aunque metiendo el cuello y las extremidades en las aberturas correctas. Cogí mi bolso de la mesa, me detuve a los pies de la cama y lo miré. Me veía incapaz de parar. Jude era mío. Eso lo sabía con todo mi corazón.

Pero ¿podía tenerlo?

No descansaría hasta que lograra responder a esa pregunta.

No me atreví a acariciarle las puntas de los dedos de los pies por miedo a despertarle y a que me convenciera de que volviera a la cama. Me apresuré a salir por la puerta y la cerré con cuidado de no hacer ruido.

Bajé por las escaleras, evitando los ascensores que había junto al puesto de enfermeras, porque no quería tener que dar explicaciones. En ese preciso momento no podía explicar nada. Aparte de que me sentía terriblemente confundida.

Una vez fuera del hospital, tenía una fila de taxis para elegir. Me metí en el que tenía más cerca y eché la vista atrás al hospital, desviando los ojos hacia la quinta planta.

—Al aeropuerto, por favor —dije, entrecerrando los ojos para enfocar mejor la habitación que estaba mirando. Una sombra se apartó de repente de la ventana —. Y dese prisa, por favor —añadí al tiempo que el nudo volvía a formarse en mi garganta.

El taxista siguió mi petición al pie de la letra, desafiando la velocidad. De hecho, desprestigiaba a los taxistas de Nueva York. Menos de media hora después de que hubiésemos abandonado el hospital, nos deteníamos en el Aeropuerto Internacional Siracusa Hancock.

Me dirigí a toda prisa hacia las taquillas de billete electrónico, pues deseaba despegar del suelo lo antes posible. No podía pensar con claridad en Nueva York.

Con el billete en la mano, me puse a la cola del control de seguridad. Al ser Nochebuena, esperaba ver a más gente con cara de mal humor y niños gritones. Antes de que tuviera tiempo de recuperar el aliento, me estaban guiando hacia el detector de metales.

Arrojé el bolso, el teléfono y las botas en la cinta transportadora y crucé el detector. Dejé escapar un suspiro de alivio cuando no pitó. La última vez que había volado, me había olvidado de quitarme el grueso collar de plata de ley y había tenido que soportar el intenso «cacheo» de un agente muy joven y entusiasta. Yo le había alegrado el día a él tanto como él me lo había arruinado a mí.

Cuando recogía mis pertenencias al final de la cinta transportadora, lo oí.

—¡Lucy!

Alcé la cabeza de golpe. Aún no podía verle, pero le oía como si se encontrase delante de mí. Los agentes y demás alrededor también dejaron lo que estaban haciendo para mirar.

—¡Lucy! —Esa vez su voz sonaba más cerca. Por supuesto, Jude surgió por una esquina, a la carrera, descalzo y con la bata de hospital ondeando a su alrededor. Sus ojos hallaron los míos como si estuviesen programados para no buscar nada más.

—¡Lucy! —repitió, mientras cruzaba las puertas de seguridad. Los agentes de seguridad del aeropuerto se lanzaron hacia él.

Sin dejar de correr, esquivó una fila, y luego dos filas más de individuos vestidos de nailon. No se detuvo hasta que un par de agentes grandes lo placaron.

—¡Paren! —grité—. ¡No le hagan daño! —Pese al pánico, sabía que no eran ellos los que le estaban haciendo daño en ese preciso momento. Me cubrí la boca con las manos cuando los guardias lo redujeron, cada uno cogiéndolo de un brazo y llevándoselo a la espalda.

Jude no opuso resistencia; se limitó a mirarme fijamente con esos ojos oscuros, suplicándome que me quedara.

—¡No te vayas, Lucy! —gritó. Solo se resistió cuando los guardias trataron de sacarle de la zona de seguridad.

—Solo me voy unos días —dije, aunque no estaba segura de que pudiera oírme, puesto que no me vi capaz de emitir más que un susurro—. Volveré. Te lo prometo.

—No puedes dejarme —replicó, con la voz quebrada; su rostro me siguió mientras los guardias tiraban de él. Esa vez consiguieron moverlo—. No puedes dejarme —repitió una última vez, derrotado.

—No te estoy dejando, Jude —contesté, más para mí misma que para él—. Te estoy liberando.

No sé qué fue peor: ver a Jude desistir y dejarse arrastrar o girarme y dirigirme a mi puerta de embarque.

Ambas cosas me atormentaron hasta que mi avión aterrizó en Arizona. Al bajar no sabía si quedaba algo de la antigua Lucy Larson.

Capítulo

17

El día de Navidad llegó y se fue sin apenas darme cuenta. Bueno, sí que me di cuenta. Era imposible no hacerlo cuando toda tu extensa familia hablaba al mismo tiempo como si se tratase de un deporte olímpico. Al cabo de una hora me zumbaban los oídos. Yo no era muda precisamente, pero en compañía de la familia Larson, se me podía definir como tal. No creo que llegase a pronunciar dos frases enteras antes de que todo el mundo se fuera.

La vida ya no tenía sentido. O quizá estaba a punto de intentar hallarle sentido para empezar.

Me acurruqué en el sillón reclinable del abuelo y contemplé los cactus que destellaban con las luces de Navidad, tratando de imaginar qué estaría haciendo Jude en ese minuto exacto. Experimentando un momento de debilidad, saqué mi teléfono y escribí: FELIZ NAVIDAD. BESOS y presioné «Enviar» antes de poder pensármelo dos veces. Esperé despierta la mayor parte de la noche, mirando la pantalla en busca de una respuesta.

Nada.

Más noches sin dormir.

Más días que pasaba en un estudio de danza cercano cuando necesitaba dejar de pensar en Jude por un momento.

La madrugada de Año Nuevo entré en la cocina como una zombi y fui directa a la cafetera.

—Y yo que pensaba que la insomne de la familia era yo.

Llevaba tanto tiempo sin dormir que ni siquiera me sobresalté. Mi madre se levantó de su silla y se dirigió al armario en el que la abuela guardaba las tazas. Echó café en una y le añadió leche sin preguntar.

—Gracias. —Bostecé cuando depositó la taza delante de mí.

—De nada —contestó, y volvió a sentarse para mirarme, como si estuviera esperando algo.

Con mi madre nada era nunca lo que parecía. Podía estar esperando que compartiera con ella todos mis objetivos y sueños o podía estar a punto de decirme que el peinado retirado de la cara que llevaba últimamente no favorecía mi rostro con forma de corazón.

Me había trincado media taza de café con leche antes de que se aclarase la

garganta.

—Bueno, he terminado oficialmente de esperar a que hables acerca de lo que quiera que te haya dejado tan alicaída —dijo—. ¿Qué te está pasando, Lucille? Sé que tiene que ver con Jude. Solo que no consigo imaginar qué es.

Primero me encogí porque había utilizado mi nombre de nacimiento y luego hice una mueca cuando pronunció el de Jude. Solo oírlo me dolía.

Suspiré, pegué un buen trago de café y dejé la taza encima de la mesa.

—No estoy segura de que podamos estar juntos —dije, sin ofrecer nada más. Esa era la mayor de mis preocupaciones.

Mi madre asintió con la cabeza, tomándose unos momentos para pensar antes de responder.

—¿No sabes si podéis estar juntos o no sabes si no deberíais estar juntos?

Mi cerebro no funcionaba lo suficientemente bien para mantener ese tipo de conversación.

—¿Hay alguna diferencia?

—Claro —repuso, mientras se ceñía el cinturón de su bata nueva un poco más—. «Poder» es asumir. «Deber» es una bestia completamente distinta. «Deber» implica obligación y compromiso. Es un período, mientras que «poder» es un signo de interrogación —explicó, mirándome desde el otro lado de la mesa—. Así que sí, hay diferencia.

Sí, debería haberme quedado dando vueltas en la cama. Habría sido mejor que mantener esa conversación con mi madre antes del amanecer.

—Imagino que no lo sé —contesté.

—¿Quieres saber lo que pienso yo? —me preguntó, y tanto su voz como su rostro reflejaban preocupación.

—Claro. —Necesitaba algún consejo materno sólido. En los meses posteriores al final del instituto, mi madre y yo habíamos conseguido reconstruir en buena parte la relación que habíamos perdido tras la muerte de mi hermano. Yo cedí un poco, ella cedió otro poco, y en algún punto del camino encontramos un término medio que funcionaba para nosotras. Ella no quería perder a su hija, su única hija, y yo no quería perder a mi madre. Fue un avance que nunca creí que se produciría, pero agradecía que lo hubiese hecho.

Últimamente, mi madre incluso introducía alguna nota en servilletas en los paquetes de provisiones que mi padre y ella me enviaban a la residencia.

—Desde fuera, Jude y tú probablemente parezca que no podáis estar juntos —comenzó lentamente, buscando una reacción en mi cara—. Pero, al mismo tiempo, vosotros dos deberíais estar juntos.

Sacudí la cabeza para intentar aclarar mis ideas. No la seguía. Toda esa conversación parecía un gigantesco oxímoron.

—Vale, mamá. Eso ha quedado tan claro como el barro. —Entrecerré los ojos cuando noté el comienzo de un dolor de cabeza—. ¿Estás diciendo que

deberíamos o que no deberíamos estar juntos?

—Que deberíais —respondió inmediatamente.

Me alegré de que hubiese quedado claro, y quería una mayor aclaración del entramado mental poder/deber, aunque no podía hacerme eso a mí misma sin exponerme a una migraña.

—¿Cómo puedes estar tan segura de eso cuando yo no lo estoy?

—Cariño —me dio unas palmaditas en la mano—, estás dejando que los cuentos de hadas con los que creciste te nublen la mente. El amor no es fácil. Especialmente uno bueno de verdad. Es difícil, y desearás arrancarte los pelos tantas veces como sentirás el viento en la espalda. —Hizo una pausa, sonriendo para sí—. Pero merece la pena. Merece la pena luchar por él. No dejes que lo que no es real te ciegue ante lo que lo es. La vida no es perfecta, nosotros no somos perfectos, así que ¿por qué esperar que el amor lo sea?

—Eso lo entiendo, de verdad. Pero venga, mamá —dije resiguiendo el borde de la taza con el dedo—, el amor a veces no es suficiente.

—Mi niña —dijo, y me miró como si hubiese dicho algo muy inmaduro—, firmaré con sangre que no lo es.

—Estoy tan confundida, mamá... Estoy tan confundida que no creo que haya nada que puedas decir o explicar que me lo aclare todo.

Ella permaneció un minuto en silencio, arrugando tanto la frente como las comisuras de los ojos.

—El amor es lo que os lleva a estar juntos, Lucy. Pero son la sangre, el sudor y las lágrimas lo que os mantiene unidos —comenzó, escogiendo sus palabras cuidadosamente—. El amor no es solo flores, velas y romanticismo, cariño. Es trabajo duro, y confianza, y lágrimas, y sufrimiento. Pero al final de cada día, si miras a la persona que tienes al lado y no te imaginas a nadie a quien preferirías tener en su lugar, es que el dolor, y la tristeza, y los altibajos del amor merecen la pena.

Y las nubes de confusión empezaron a disiparse.

—El amor es tanto sufrimiento como dulzura a un tiempo. Si fuese perfecto, lo definirían como tal. No lo calificarían de agrídulce.

—¿Estás diciendo que todas las relaciones experimentan los mismos altibajos que sufrimos Jude y yo? —le pregunté, y di otro sorbo de café—. Porque yo creo que habría más gente que escogería estar sola si ese fuera el caso.

—Lucy, tú eres una persona sensible y apasionada. Y Jude también. ¿Cuál esperas que sea el resultado cuando os juntáis? Vosotros dos no multiplicáis los picos y los valles; los afectáis exponencialmente —añadió, al tiempo que se levantaba y cogía la jarra del café.

» Y no cabe duda de que para algunas personas la vida sería mucho más fácil si no se enamorasen jamás. Si nunca tuviesen que sufrir por un hombre, como si él fuese su pasado, su presente y su futuro. —Llenó mi taza y luego la suya antes

de depositar la cafetera entre nosotras. A juzgar por el discurso de mi madre acerca del amor, no tardaríamos en acabárnosla—. La vida sería más tranquila y sabrías mejor qué esperar del día a día si mantuvieras el amor fuera de ella. —Hizo una pausa, mirando como empezaban a brillar los primeros rayos del amanecer por la ventana—. Pero estarías sola.

—Entonces ¿estás diciendo que debería escoger a Jude en lugar de la soledad de un ermitaño? —pregunté, alzando las cejas.

—Estoy diciendo que deberías escoger a Jude si, al cabo del día, cuando tienes el mundo en tu contra, puedes decir con absoluta certeza que le quieres a tu lado. Si puedes decir que los buenos momentos compensan los malos.

Mi cuerpo y mi mente estaban cada vez más alerta a medida que la cafeína latía por mis venas. Tras semanas de preocupación e incertidumbre, por fin podía decidirme.

Ya era hora.

—¿Cuándo te has convertido en la fan número uno de Jude? —le pregunté con una sonrisa. Mi madre había pasado de odiar a Jude cuando se conocieron, a tolerarle desde que estudiábamos juntos. No me había dado cuenta de que había cruzado la frontera de la tierra de la aprobación de Jude.

—Cuando ha demostrado una y otra vez que está de tu lado —respondió sencillamente—. Puedo perdonar los errores pasados de un hombre, sus defectos presentes y sus fracasos futuros si cada minuto de cada día me quiere como si se tratase de su religión —agregó, y cogió aire—. Jude te quiere así. Es solo que tardé un poco en darme cuenta. Así que, sí, ahora ya tiene el sello de aprobación de tu madre.

No contesté, mi mente trabajaba sin parar. No estaba tanto reconsiderando las cosas como reajustando mis expectativas y suposiciones, e incluso una parte de mi visión del mundo. Había estado tan concentrada en las razones por las que Jude y yo no debíamos estar juntos que no había visto las razones por las que sí debíamos estarlo. Pero una vez «vista la luz», cada vez tenía más claro que esas razones compensarían todos los momentos de dificultad que nos encontrásemos.

—¿Te vas aclarando, cariño? —preguntó mi madre, lo cual me sorprendió. Yo había seguido el rumbo de mis pensamientos durante tanto tiempo que todo se había difuminado.

Inspiré lentamente, y sentí como la seguridad disipaba todas las dudas.

—Todo aclarado, creo —repuse—. Gracias, mamá. Por el café, por escucharme y por la charla sobre Jude.

—De nada, Lucy —dijo ella, arqueando una ceja mientras me observaba detenidamente—. Pero ¿qué estás haciendo todavía en esa silla?

Entorné los ojos. ¿Estaba diciendo lo que creía que estaba diciendo?

Hizo un gesto con la mano hacia la puerta de atrás.

—Ve a por tu chico. Ve a ser felices y desdichados juntos.

Capítulo

18

Volar el día de Año Nuevo tenía sus ventajas. No viajaba prácticamente nadie más, así que no tuve ninguna dificultad en que me cambiaran el billete de vuelta para el primer vuelo de ese día, que salía al cabo de una hora. Cuando me puse a contarle mi vida a la pobre mujer que había detrás del mostrador de venta de billetes, esta me dirigió una sonrisa cómplice y me «ascendió» a primera clase.

Había un puesto de café justo al lado de mi puerta de embarque, así que, para cuando anunciaron mi vuelo, estaba como una moto.

A la gente le pirraba la primera clase. Los asientos eran el doble de grandes y al menos diez veces más cómodos que los de «turistas». Los asistentes de vuelo estaban ansiosos por atender cualquiera de tus peticiones. Era puro derroche suspendidos a treinta mil pies.

Lujos aparte, no creo que mis pies dejaran de dar golpecitos en el suelo en todo el vuelo.

Fui la primera en bajar del avión cuando esas puertas se abrieron en el Aeropuerto Internacional Siracusa Hancock, y para cuando llegué a la terminal ya corría a toda velocidad. Tenía que salir pitando, porque el partido empezaría en menos de una hora.

—Al Carrier Dome, por favor —pedí, respirando como si fuese a despegar—. Y si no fuese cuestión de amor y vida, ahora mismo no le suplicaría que se saltase todas las normas de tráfico para llegar allí de una pieza tan rápido como podamos. Preferiblemente de una pieza —añadí.

El taxista me miró por encima del hombro. Su rostro me resultaba familiar.

—¿Por qué siempre tienes tanta prisa para llegar a todas partes? —me preguntó mientras se ponía las gafas de sol—. ¿No te han dicho nunca que disfrutes del viaje?

—Disfrutaré una vez que llegue allí —contesté, y di gracias a los astros por haberme topado con ese taxi. Ese tío me había llevado la primera vez en un tiempo récord; era de esperar que volviera a hacerlo.

Sonrió al apartarse del bordillo.

—¿A qué vienen tantas prisas?

Le devolví la sonrisa.

—Tengo que disculparme, declararme y hacer el amor dulcemente al hombre al que quiero —respondí, al tiempo que me ponía el cinturón de seguridad—. Así que ¡haga que este trasto amarillo se mueva!

El taxista echó la cabeza atrás y se rió.

—Tienes suerte de que me gusten las mujeres mandonas —dijo, e hizo correr aquel trasto amarillo.

En esa ocasión, mientras los coches y el paisaje pasaban borrosos por mi lado, temí por mi vida. Supongo que decidiste al fin por la vida que querías vivir la hacía más valiosa.

Cuando nos detuvimos delante de las taquillas, dejé varios billetes en la mano del taxista y bajé del coche.

—Eres el dios de los taxistas, amigo —le dije.

Se rió como si encontrase gracioso que reconociera algo que él ya sabía.

—Buena suerte —contestó antes de que cerrara la puerta.

Sabía que esa sería mi última oportunidad de respirar hondo, así que lo hice y aguanté el aire, extrayendo de él todo el valor que pude antes de soltarlo. Me volví y corrí hacia las puertas, donde mi vendedor de entradas favorito esperaba tras la ventanilla.

—¡Señorita Lucy! —Se le iluminó el rostro—. No estaba seguro de que llegase a tiempo. Un poco justo, ¿no, pequeña? —Echó un vistazo al reloj por encima del hombro.

—¿Qué tal te encuentras hoy, Lou? —le pregunté, pues sabía que mi plan se vendría abajo sin su ayuda.

—Viejo, artrítico —comenzó—, y terco y lleno de vida como el día en que nací.

Suspiré aliviada.

—Bien —dije—. Necesito un favor.

El rostro de Lou reflejó sorpresa antes de mirar a un lado y al otro, a los demás empleados que tenía alrededor, e inclinarse sobre el mostrador con los ojos resplandecientes.

—Espero que sea bueno.

Me sudaban las manos. No las tenía húmedas ni pegajosas. Me sudaban.

Parecía que de cada parte de mi cuerpo de repente hubieran brotado nuevas glándulas sudoríparas que segregaban líquido como si estuviese pasando por algún tipo de ritual de purificación en una sauna.

Sin olvidar que mi corazón estaba a punto de saltar de mi pecho, y mis piernas parecían a punto de doblarse. Si mi mente no hubiese estado tan decidida, tan firme en su empeño, mi cuerpo se habría colapsado.

—No tendrás mucho tiempo, señorita Lucy —me susurró Lou, al tiempo que me tendía un micrófono inalámbrico.

—No me hará falta —respondí, y el golpeteo de mi pie reapareció cuando

eché un vistazo a las gradas.

Mientras los aeropuertos se hallaban prácticamente vacíos en Año Nuevo, las gradas de los estadios de fútbol universitario estaban hasta arriba. Y yo estaba a punto de exponerme delante de todo... eso.

«Mierda». Con suerte, sería más elocuente cuando saliese al campo y utilizase el micro.

—¿Sabes cómo hacer funcionar una de estas cosas? —me preguntó, con la vista puesta en el micro que yo sostenía.

Resultaba resbaladizo en mis manos sudorosas, así que, además de no tropezar, no desmayarme y no decir ninguna estupidez, tenía que añadir al guión «no dejar que se me resbale el micro de las manos».

—Pulsar para encender —recité. Y también me temblaba la voz—. Sostener delante de la boca. Intentar no balbucear como una idiota.

Lou me dirigió una cálida sonrisa.

—Resulta que yo tengo debilidad por las idiotas que balbucean —dijo, y apoyó una mano en mi hombro—. Mi mujer lo hacía; y te juro que con eso me tuvo en el bote. Ella tenía que decir todo lo que se le pasaba por la cabeza, sin filtros. —Aquellos ojos marrones brillaron levemente—. Cinco años después de su muerte, eso es lo que más echo de menos cuando estoy en la cama.

Rodeé a Lou con mis brazos y le di un largo y tembloroso abrazo con el que pareció derretirse. Cuando me separé de él, se secó los ojos.

—El señor Jude tiene mucha suerte —dijo, mientras retrocedía.

Sonreí tras él.

—No saqué la pajita más corta precisamente.

—No, cariño, eso seguro que no. —Asintió hacia el campo—. Ve a por él.

—Vale —respondí; me sentía como si estuviese a punto de vomitar.

—Cuando estés lista, solo hazme una señal con la cabeza y me aseguraré de que ese micro se oiga hasta en el aparcamiento.

Levanté el pulgar, porque los nervios me atenazaban la garganta.

Eché un vistazo a las gradas y me sobrevino otra oleada de náuseas. Los equipos estaban a punto de salir al campo. Lou me había asegurado que ya estuviera en el vestuario, o en el túnel, o en el campo, no habría forma de que Jude no oyera mi voz saliendo por los altavoces.

Junto con otras cincuenta mil personas.

Ya resultaba bastante difícil lidiar con la vulnerabilidad, para pensar en la burrada de desconocidos que serían testigos de mi gran confesión. Pero era lo que tenía que hacer. Le había hecho pasar por un infierno los últimos meses, y él había atravesado el fuego de buena gana, pese a saber que se quemaría. Había necesitado perderle, sentir que me perdía a mí misma y perderle de nuevo a él para averiguar qué quería. Y era a Jude. No importaba lo que surgiese en mi camino si Jude estaba a mi lado, la vida sería buena.

Sabía que lo que estaba a punto de hacer no compensaba todo lo que le había hecho pasar. Nada lo haría, pero esperaba que ese gesto grandilocuente apelase a la debilidad que siempre había tenido por mí. Jude se había expuesto tantas veces, sin importarle lo que otros pensarán de él y de lo que sentía por mí... Ahora me tocaba a mí. Era yo quien tenía mucho que expiar.

Y la expiación estaba a un corto paseo hasta la línea de cincuenta yardas.

Cerré los ojos y visualicé la cara de Jude. Todos sus rostros. El que rompía a reír cuando yo intentaba ponerme dura, el que esbozaba una sonrisa cuando le decía que le quería, el que se oscurecía cuando me había alejado de él demasiadas veces. Y finalmente el de aceptación que esperaba encontrar cuando le dijera lo que le tenía que decir.

Con resolución renovada, abrí los ojos y di mi primer paso en el campo. Contuve el aliento, esperando que nadie me placara o me disparase con una pistola eléctrica cuando los guardas advirtieran que no tenía un pase colgando del cuello, pero nadie pareció prestar demasiada atención a la chica que se avanzaba hacia la línea de cincuenta yardas con un micro en la mano.

Para cuando alcancé la de veinte me temblaban las manos, y el resto del cuerpo con la de treinta. Pero al dar los últimos pasos hasta la de cincuenta, entré en la zona zen. Había saltado —esa era la parte difícil—, así que lo único que tenía que hacer entonces era disfrutar de la caída libre.

Levanté el micro y observé a la multitud. La gente estaba empezando a desviar su atención hacia mí. Fingí que se fijaban en los chicos del agua en las bandas. Miré hacia el túnel oscuro y asentí con la cabeza.

El micro se encendió con un zumbido. Me estremecí, sorprendida. Era la primera vez que utilizaba una de esas cosas, y eso no lo había previsto. Para bailar no hacían falta micrófonos.

—¿Hola? —dije, consolidando mi puesto para el premio a idiota del año. ¿Acaso esperaba que alguien me devolviese el saludo? Mi voz se propagó por todo el estadio.

Entonces sí que obtuve la atención de todo el mundo. Incluidos los tíos altos y anchos de espaldas con corbata negra en cuyas espaldas se leía SEGURIDAD.

Lou tenía razón. Tendría que ser rápida.

—Me llamo Lucy —comencé. Me temblaba la voz. Me aclaré la garganta.

«Tú finge que no hablas con nadie más que con Jude».

—Y hace mucho tiempo me enamoré de un chico. —El estadio quedó en silencio mientras todo el mundo tomaba asiento para el Horripilante Show de Lucy Larson—. Él no era un príncipe de cuento de hadas precisamente. —Hice una pausa, y me recordé a mí misma que debía respirar. Todo aquello no serviría de nada si me desmayaba por falta de oxígeno—. Él no cabalgaba en un caballo blanco ni decía lo que tenía que decir en el momento justo. Pero era mi príncipe. Habría sido el príncipe azul sobre el que yo escribiría si escribiese cuentos de

hadas.

Advertí que un par de guardias de seguridad cogían sus walkie-talkies y murmuraban algo por ellos con gesto severo. « Date prisa, Lucy » .

—Ese hombre me hizo sentir cosas que nunca imaginé que podrían sentirse. Me hizo querer cosas que no estaba segura de poder tener. Me hizo necesitar cosas que no sabía que necesitase.

Mi voz iba cobrando fuerza a medida que me salían las palabras. Por fin había llegado el momento de decir todo lo que llevaba tanto tiempo necesitando expresar.

—Me hizo feliz. Me volvió loca. Me hizo dar las gracias al cielo por el día que lo conocí. Me hizo maldecir el mismo cielo por el día que lo conocí. —Sonreí, un montón de recuerdos se agolpaban en mi mente.

—Yo la fastidié. Él la fastidió. Estaba segura de que no podría vivir sin él. Estaba igual de segura de que él significaría mi muerte. Estaba confundida. — Había completado un círculo caminando por la línea de cincuenta mientras esperaba que el número diecisiete acudiera corriendo por el campo hasta mí.

No había rostros sonrientes.

—Estábamos subidos en una montaña rusa. Arriba, abajo, una y otra vuelta, y justo cuando estaba segura de que iba a detenerse para que pudiéramos bajarnos para siempre, repetíamos el mismo viaje desde el principio. Creí que no quería seguir siendo una pasajera, así que me bajé y dejé que viajara él solo.

Un par de guardias asintieron hacia sus walkies antes de guardárselos y salir al campo a por mí. Volví a inspeccionar el campo.

¿Dónde estaba?

—Entonces pasamos una noche increíble juntos. Creí que todo iría bien. Y luego el miedo volvió a colarse en mi mente, y supe que nada iría bien. Así que le dejé. Otra vez. Le hice daño. —Una sola lágrima fantasma resbaló por mi mejilla.

Hice caso omiso de los guardias, que ya se abrían camino hacia mí. Miré a las gradas. Vi más caras compasivas que críticas.

Resulta que no era la única que la había fastidiado en el amor.

—Pero entonces, esta mañana, tras otra noche sin dormir y una cafetera, alguien me ha hecho abrir los ojos. Gracias, mamá. —Saludé a la cámara que seguía mis movimientos—. Me he dado cuenta de que nunca llegué a bajarme de esa montaña rusa, solo íbamos en vagones distintos. Mi vida es una montaña rusa tanto si estoy sentada junto a ese chico como si no, y prefiero hacer este viaje disparatado por la vida con él a mi lado.

Respiré hondo y me dispuse a acabar, porque contaba con tal vez diez segundos antes de que me escoltaran fuera del campo. Con suerte sin esposas.

—Estoy cansada de irme. Estoy cansada de preguntarme si podemos hacer esto, Jude.

Los vítores se alzaron de las gradas cuando los hinchas advirtieron que era de su quarterbackestrella de quien estaba hablando aquella completa pirada.

—Estoy cansada de fingir que alguna vez querré a alguien como te quiero a ti. Sé que he tardado, pero ahora lo sé. Estoy hecha para quererte a ti. Estoy hecha para compartir mi vida contigo. Estoy reescribiendo el cuento de hadas para que tú y yo podamos montar juntos. —Hice una pausa de nuevo y eché una ojeadita al campo.

No iba a venir. Aunque hubiese estado metido en el rincón más recóndito del estadio, ya podría haber llegado hasta mí si hubiese querido hacerlo. Nada mantenía a Jude lejos de lo que quería. La posibilidad de que yo y ya no fuese lo que él quería me destruyó.

Lidié con el miedo. Estaba harta de vivir en un estado de miedo.

—Te quiero, Jude Ryder. Estoy harta de dejar que eso me asuste. No pienso ir a ninguna parte.

Uno de los guardias de seguridad se detuvo delante de mí y se aclaró la garganta.

—Sí, señora. Me temo que sí.

Aquello no tenía nada que ver con cómo había imaginado que iría todo. Le hice un gesto obscuro con el dedo, animando a esa cara de sabelotodo que me sonreía con suficiencia.

—Vale —dijo el hombre al tiempo que me quitaba el micro de las manos—. Después de usted. —Me hizo un gesto hacia fuera del campo.

El otro guardia se enderezó a mi lado, esperándome también. Al menos ninguno de ellos blandía un par de esposas. Eché un vistazo más alrededor del campo y sentí que mi ya maltrecho corazón se rompía una vez más.

Ya estaba, no podía romperse más de lo que acababa de hacerlo. Si Jude no lo quería, yo y ya no lo necesitaba.

Me obligué a mantener la cabeza alta y seguí a uno de los guardias, mientras el otro caminaba junto a mí. El estadio volvía a estar en silencio, y yo sentía los ojos de cada persona que veía escoltándome desde el campo en el que acababa de desnudar mi alma.

Donde la había dejado morir.

Mientras atravesábamos el túnel oscuro, mi futuro se me pasó fugazmente por la cabeza. Parecía deprimente y vacío. Mi futuro, sin Jude, no era algo a lo que estuviese deseando despertar cada mañana.

Cuando llevábamos medio camino recorrido, en el punto en el que el túnel se volvía más oscuro, algo emitió un zumbido en el estadio. Me sorprendió tanto como lo había hecho la primera vez. Los dos guardias se detuvieron al mismo tiempo que yo, pero sus bocas no se curvaron para esbozar una sonrisa como la mía.

—¿Lucy Larson? —Esa voz que era imposible que adorase más sin que me

declarasen mentalmente inestable se alzó en el estadio—. ¿Podrías volver a salir? Tengo que preguntarte algo.

Los guardias gruñeron. Estaba tan atolondrada que casi solté un chillido, y a Lucy Larson normalmente no le iban los chillidos.

—¿Listos para la vuelta, chicos? —les dije.

Me apresuré a salir del túnel y la luz del estadio me cegó por un momento, pero entonces el destello de naranja y blanco que decoraba la línea de cincuenta yardas me despejó la vista. Jude se encontraba allí de pie, con el casco a sus pies, y sin apartar sus ojos de mí.

Su rostro no delataba nada, pero me daba igual si estaba allí fuera para castigarme delante de todo el mundo o si planeaba hacerme el amor ahí mismo, en el campo. No pensaba volver a darle la espalda.

Me dije a mí misma que debía caminar, poner un pie delante del otro, pero no podía. Eché a correr. Cincuenta yardas nunca habían estado tan lejos, y yo nunca había querido nada tanto como lo que había al final de esas cincuenta yardas.

La multitud había roto el silencio. La gente aplaudía. Pero lo único que veía yo era al hombre que me miraba con tal intensidad que podía sentir cómo emanaba de él en oleadas.

Reduje la velocidad y me detuve antes de arrojarme en sus brazos. Porque, pese a ser raro, los brazos de Jude no me esperaban abiertos.

—Vaya tela de discurso, Luce —dijo, y finalmente una sonrisa se abrió paso en su rostro. Casi idéntica a la que me había dirigido aquel día en la playa cuando cayó encima de mí.

—Me preguntaba hasta dónde tendría que llegar antes de que me dieras tu número de teléfono —repuse, devolviéndole las palabras que me había dicho ese mismo día en la playa.

Cuando me había enamorado perdidamente de un chico destrozado que había conseguido arreglarme a mí en algún punto del camino.

—¿Dónde crees que queda el fin del mundo? —replicó él, y su sonrisa se ensanchó.

—Diría que caí por él hace tiempo —respondí, consciente de que había caído hacia tanto tiempo que no recordaba cuándo había pisado suelo firme.

Jude se acercó a mí y me apoyó una mano en la cadera.

—Joder, entonces me alegro de que te agarrases a esa cuerda que te dije que necesitaríamos cuando el suelo se desplomase.

Sonreí al ver que su expresión se suavizaba.

—Yo también me alegro —dije, y sentí que el calor de su mano deshacía cualquier confusión, o incertidumbre, o duda que quedase—. ¿No has dicho que tenías algo que preguntarme? —Alcé una ceja, mirando a la multitud y las cámaras que apuntaban hacia nosotros—. Porque diría que tenemos cinco

minutos más antes de que llamen a los Geos.

Jude suspiró, y ese brillo extraño en sus ojos le hacía parecer... ¿nervioso?

—No tenía planeado hacerlo así —dijo al micro, curvando una de las comisuras de la boca hacia arriba—, pero supongo que tampoco es de extrañar, Luce.

—¿Esa conmoción te ha dejado algo suelto? —me burlé, divertida ante su acceso de turbación.

—No, sigo viéndolo todo tan claro como antes —respondió, y tiró de la cadena que llevaba al cuello—. Y ya iba siendo hora de que tú también lo vieras.

Dejó caer el micrófono a un lado y retrocedió. La multitud estalló en un coro parejo de vítores y abucheos.

Luego Jude cogió aire y se agachó. Para apoyar una rodilla en la hierba.

Maldita sea. Mis rodillas estaban a punto de reunirse con la suya.

Se quitó la cadena por encima de la cabeza. Un anillo se balanceaba en el extremo.

—Sé que soy un completo desastre, y sé que no hay nada que pudiera hacer jamás para merecerte —comenzó, y me cogió de la mano tras sacar el anillo de la cadena.

No me llegaba aire a los pulmones, no sentía las piernas, pero sentía su mano en la mía. Y me proporcionaba equilibrio.

—Pero te quiero, Lucy Larson. Desesperadamente. Te quiero para siempre. Con la clase de desesperación que no se va. —Arrugó la frente, y sus ojos tenían destellos plateados—. Alivia mi sufrimiento. Hazme el hombre más feliz y atormentado del mundo. ¿Te quieres casar conmigo?

Jude Ryder. El hombre al que amaba. El hombre sin el cual no podía vivir. Mi marido.

Sí, funcionó.

—Por qué diantres no —respondí, y nunca había estado más segura de nada.

Su rostro reflejaba alivio. Y una dicha pura y desenfundada.

—¿Eso ha sido un sí? —preguntó, cuando ya estaba deslizando el anillo en mi dedo.

Yo no había mirado el anillo una sola vez. Podía sentirlo ahí, el aro de metal frío contra mi piel, pero no necesitaba verlo para sentir su promesa. Podría haber sido de cien kilates; podría haber salido de una máquina de bolas. Me daba igual.

Porque tenía a Jude.

Para siempre.

—No —le respondí tirando de su mano para que se pusiera en pie—. Eso ha sido un « cómo has tardado tanto, Ryder ». Ha sido un sí al cien millones por cien. Ahora levanta y bésame. —Le guiñé el ojo y me sonrió como un tonto.

Se puso en pie, me cogió en brazos y me estrechó fuertemente contra sí.

—Sí, señora.

Yo le rodeé con las piernas al tiempo que me levantaba un poco más, entrelazando sus dedos en mi pelo.

—Mi nombre completo es Jude Ryder, ya que en breve vas a ser mi esposa. Y no solía tener novias, ni flores, ni citas. Y entonces te conocí a ti, y eso no iba contigo. Así que cambié por ti. Y tú también cambiaste por mí —dijo, lo que me hizo retroceder en el tiempo y me mantuvo en el presente a la vez. Y al mirarle a los ojos y sentir sus labios en los míos, también sentí el futuro. Era surrealista. Como lo experimentaba poca gente. Y ahí estaba yo, viviéndolo. Despegó sus labios de los míos y me acarició el rostro con los nudillos—. Y conseguimos algo especial.

—No conseguimos algo especial sin más —repuse, y deposité un beso suave en la comisura de su boca—. Oramos un milagro.



NICOLE WILLIAMS, reside en Spokane, Washington, y ésta es su primera incursión en el mundo de la literatura juvenil. De pequeña creció leyendo clásicos como Mujercitas y Orgullo y Prejuicio y hoy sus autores favoritos son Suzanne Collins, Stephenie Meyer y Sarah Dessen, entre otros.